

LA POLEMICA DEL INDIGENISMO

JOSE CARLOS
LOS MARI
ATEGUI
LUI ALBER
RTO SANCH
EZ MOSCIZULEDI
TORES LIMA
PERU DE 1975...



la polémica del indigenismo

de José Luis Durand sobre trabajos de José Sáiz

©
MONTA ALEJ. EDITORIAL S.R.L.
LA PAZ 851, ALBARRADIN
TEL. 470822

LA POLEMICA del INDIGENISMO

TEXTOS Y DOCUMENTOS RECOPIADOS

POR

MANUEL AQUÉZOLO CASTRO

PRÓLOGO Y NOTAS

DE

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ



MOSCA AZUL EDITORES

I N D I C E

<i>Advertencia del compilador</i>	7
<i>La polémica sobre el indigenismo</i>	9

I PRELIMINARES DE LA POLÉMICA

<i>Sobre la psicología del indio, Enrique López Albújar</i>	15	<i>Amante N°4</i>
<i>El problema indígena, Luis E. Valcárcel</i>	22	<i>Amante N°5</i>
<i>El indigenismo en la literatura nacional I,</i> <i>José Carlos Mariátegui</i>	31	<i>Mundial 345, 21 ene 1927</i>
<i>El indigenismo en la literatura nacional II,</i> <i>José Carlos Mariátegui</i>	34	<i>Mundial 346, 28 ene 1927</i>
<i>El indigenismo en la literatura nacional III,</i> <i>José Carlos Mariátegui</i>	36	<i>Mundial 347, 4 feb 1927</i>
<i>Nosotros los indios... , José Angel Escalante</i>	39	<i>La Prensa, 3 Feb 1927</i>
<i>La nueva cruzada pro-indígena, José Carlos Mariátegui</i>	52	<i>Amante N°5</i>
<i>Estatutos del Grupo Resurgimiento</i>	55	<i>Amante N°5</i>
<i>Literatura indigenista, José Angel Escalante</i>	57	<i>Mundial 351, 4 mar 1927</i>
<i>Un insensato anhelo de demolición, Luis Alberto Sánchez</i>	59	<i>Mundial 348, 11 feb 1927</i>
<i>Un loable esfuerzo por el arte incaico,</i> <i>Ventura García Calderón</i>	62	<i>Mundial 352, 11 marzo 1927</i>

II LA POLÉMICA

<i>Batiburrillo indigenista, Luis Alberto Sánchez</i>	69	<i>Mundial 349, 18 feb 1927</i>
<i>Intermezzo polémico, José Carlos Mariátegui</i>	73	<i>Mundial 350, 25 feb 1927</i>

Munchal 351
4 marzo 1927

Respuesta a José Carlos Mariátegui, <i>Luis Alberto Sánchez</i>	77
Réplica a Luis Alberto Sánchez, <i>José Carlos Mariátegui</i>	81
Punto final con José Carlos Mariátegui, <i>Luis Alberto Sánchez</i>	86
Polémica finita, <i>José Carlos Mariátegui</i>	91
Más sobre lo mismo, <i>Luis Alberto Sánchez</i>	94
"Isomos" contra "Isomos", <i>Luis Alberto Sánchez</i>	97

III INTERVENCIONES EN LA POLÉMICA

El indio está de moda, <i>Maquiavelo</i>	103	Munchal 352, 11 marzo 1927
El indio y otra cosa más, <i>Pitucha</i>	104	
Una polémica interesante, <i>Manuel M. González</i>	107	
Carta al Grupo Resurgimiento, <i>Manuel A. Seoane</i>	111	

IV RESONANCIA DE LA POLÉMICA

El problema de la tierra I, <i>José Carlos Mariátegui</i>	123
El problema de la tierra II, <i>José Carlos Mariátegui</i>	126
Se han sublevado los indios, <i>Luis Alberto Sánchez</i>	128
Prólogo a <i>Tempestad en los Andes</i> , <i>José Carlos Mariátegui</i>	134
Colofón a <i>Tempestad en los Andes</i> , <i>Luis Alberto Sánchez</i>	140
La literatura peruana por <i>Luis Alberto Sánchez</i> , <i>José Carlos Mariátegui</i>	146
Carta de Mariátegui	150
Datos para una semblanza de <i>José Carlos Mariátegui</i> , <i>Luis Alberto Sánchez</i>	151

ADVERTENCIA DEL COMPILADOR

A principios de 1927 la revista *Mundial de Lima* publicó una serie de artículos de José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez sobre el tema indigenista en las letras y en la vida social del Perú: es lo que se ha llamado "la polémica indigenista". De ella sólo se han reproducido algunos de los artículos de Mariátegui, tanto por sus herederos como por otras personas. No se han reimpresso los de Sánchez, ni éste ha manifestado interés en hacerlo. No obstante ello, consideramos que la polémica suscitada entre estos dos personajes no puede convertirse en monólogo por la omisión, voluntaria o involuntaria, de los textos de uno de ellos, tal como hasta ahora ha sucedido.

Además, no sólo Mariátegui y Sánchez intervinieron en aquel debate memorable, aunque hoy desconocido. Uno de los mayores contribuyentes a la discusión fue José Angel Escalante —escritor cuzqueño— y en él participaron directamente: Enrique López Albújar, el ilustre Luis E. Valcárcel, Antenor Orrego —el gran maestro trujillano— Darío Eguren Larrea —pintor y periodista del Cuzco— Manuel Seoane —desterrado en Buenos Aires— el "Grupo Resurgimiento", etc. Nuestro propósito ha sido reunir todo ese material en las páginas que siguen para dar una idea exacta del carácter de la controversia en torno a la cuestión indígena.

Mariátegui escribió "El problema de la tierra" (1928), primero de los siete ensayos, como fruto inmediato de la polémica, por lo que recogemos los primeros artículos, cuya vinculación estrecha con la cuestión es evidente. Sánchez continuó

su parte en el ensayo "Se han sublevado los indios", también, de 1928. Los dos polemistas aparecen juntos, complementándose, en La casa de cartón de Martín Adán y en Tempestad en los Andes de Luis E. Valcárcel, como prologuistas o colofonistas, alternativamente. Por último, Mariátegui hizo una presentación elogiosa del primer tomo de La literatura peruana (1928) y Sánchez dedicó un emotivo ensayo a Mariátegui al ocurrir la muerte de éste, publicándolo en el primer número de la revista Presente (1930.) Consideramos que para conocer a fondo el sentido de esa polémica, debemos agregar que Sánchez, colaborador de Amauta y Mundial, vivía ajeno a la política militante, y que Mariátegui trataba de fundar el partido socialista peruano en los días del debate.

Finalmente, expreso mi gratitud al Dr. Luis Alberto Sánchez por su invaluable guía y ayuda para reunir los materiales de este libro.

MANUEL AQUÉZOLO CASTRO

LA POLEMICA SOBRE EL INDIGENISMO

En los primeros meses de 1927, mi amigo José Carlos Mariátegui y yo cambiamos públicamente opiniones sobre el indigenismo, en especial el literario. En la polémica participaron otras personas. Sin embargo, cada vez que se ha hablado de ella sólo se han reproducido cuatro de los artículos de Mariátegui: jamás los míos ni los otros. Presentación unilateral, no parece lo más conveniente ni justo. Con la eficaz cooperación de mi amigo, colaborador y discípulo Manuel Aquézolo Castro, hemos reunido el material disperso y omiso, con lo cual se ha formado el presente volumen. Hasta donde ha sido posible reconstruir aquel episodio, sólo faltaría, entre las piezas principales, un valioso artículo de Antenor Orrego publicado en *El Norte* de Trujillo entre marzo y abril de dicho año. No ha sido posible manejar una colección completa de aquel magnífico diario norteño. Hasta donde sé, una de las pocas existentes, en que aparece también una docena de artículos de César Vallejo, ha sido “expropiada” por un potencial editor de estos últimos: el secuestro tiene ya varios años, privando así a la comunidad de un importante instrumento de investigación y esclarecimiento.

La polémica empezó por motivos literarios y folklóricos. Desde 1924, respondiendo a modalidades nacidas de la Primera Guerra (un regionalismo agresivo y diminuto) se inició entre nosotros el auge del quechuismo y el aimaraísmo estéticos. El *Boletín Titikaka*, *La Sierra*, inclusive *Amauta* son tes-

?

timonios flagrantes de esa tendencia de origen foráneo como casi siempre. Yo acuñé, entonces, desde la revista *Perricholi*, que dirigía Ezequiel Balarezo Pinillos (Gastón Roger) entre 1926-27, el término "perricholismo" para designar la tendencia hispano-criollo-virreinalista, adversa al indigenismo: Mariátegui la recogería en su ensayo sobre "el proceso de nuestra literatura". Fatigado por el exceso de "airampos", "kantutas", "amautas", "urpis", "allcas", "haynas", "emillas" y "wifalas", en la poesía y el cuento, publiqué algo contra aquel "batiburrillo".

La polémica, según se comprueba en las páginas siguientes, se inicia a raíz de tres artículos de José Carlos sobre el indigenismo leguista en nuestra literatura. José Angel Escalante (1884-1966), entonces diputado por Acomayo, salió al encuentro del indigenismo costeño con su agresivo, bello y belicoso artículo "Nosotros los indios" aparecido en *La Prensa* del 3 de febrero de 1927, cuando ya habían aparecido los dos primeros artículos de la trilogía de Mariátegui. El punto de vista de Escalante era que los costeños no deben o no pueden tratar del indio.

Publicado el tercero, el 4 de febrero en *Mundial*, yo me lancé a comentar la "indolatría" reinante, el 11 de febrero. José Carlos se sintió aludido y contestó por primera vez, en un "intermezzo polémico", el 18 de febrero; con él se oficializa la breve polémica.

Tal polémica empieza y concluye en *Mundial*. No había llegado la sangre al río. Pero José Carlos, co-propietario y director de *Amauta* (a cuya fundación contribuí como muchos otros) creyó necesario dejar constancia del debate en su propia revista, y escribió "Polémica Finita". Yo pensé que era un error sacar el debate de su campo (*Mundial*) y llevarlo a un mensual de control unipersonal. De allí mi malhumorada contraréplica "Más sobre lo mismo": corría abril de 1927.

Dos meses después, en junio, la policía apresaba a los miembros de la Universidad Popular González Prada, de la Confederación de Trabajadores de Amauta, etc. acusándolos de estar implicados en la conjura comunista desvelada por la policía londinense a raíz del allanamiento del consulado soviético en la capital británica: el incidente de House. A la isla de San Lorenzo los unos, al destierro los otros fueron a parar

Jorge Basadre, Armando Bazán, Arturo Sabroso, Manuel Vázquez Díaz, Carlos Manuel Cox, Samuel Vázquez y muchos más: el naciente aprismo recibió duro golpe. Mariátegui fue recluido en el Hospital Militar a causa de su delicado estado físico. Fue entonces cuando, a solicitud de unos y otros, José Angel Escalante interpuso su influencia política y cooperó a lograr la libertad de algunos (entre ellos Basadre, Mariátegui y el periodista Lucas Oyague) ¹. Sin duda intervinieron además otros hombres y otros factores para obtener ese resultado. Señalo tan solamente aquello que yo mismo pude estimular y comprobar.

La polémica no había causado rencores ni abierto abismos.

El criollísimo "Arco's House" limeño (Tigre's House, debía llamarse, pues el golpe policial cayó sobre la Calle del Tigre) nos reunió de nuevo a los polemistas y robusteció nuestra amistad. Poco después, juntos presentamos *Tempestad en los Andes* del egregio Luis E. Valcárcel (impreso por Minerva, es decir *Amauta*), *La casa de cartón* de Martín Adán (impreso por Ediciones Perú, cuyos propietarios éramos Ismael Bielich Flores y yo). Con Mariátegui organizamos la visita a Waldo Frank, a Lima, encabezando el grupo de "Amigos de W. F.", del que fue secretario ejecutivo José Diez Canseco, y juntos lanzamos un llamado a suscribir acciones para una cooperativa editorial que no llegó a funcionar ni a reunir dinero alguno.

El resto aparece de suyo en los documentos que constituyen la tercera parte de este volumen. Considero que son piezas útiles sobre todo porque enseñan a discutir sin ira, a disentir sin odio, mantener la inteligencia y la amistad por encima de las divergencias y pasiones. De ahí el artículo de José Carlos, en octubre de 1928, sobre el primer tomo de mi *Literatura Peruana*; mi reiterada colaboración en *Amauta*; su adhesión a un agasajo de despedida cuando yo presidía la Asociación Nacional de Periodistas, mi primer homenaje oral, en la velada en honor de J. C. M. (junio de 1930, en el Teatro Municipal) y el artículo en el primer número de *Presente* (julio) en el cual expresé mi primera reacción conceptual y emotiva ante la prematura y desoladora muerte de mi gran amigo e in-

1 Cfr.: *La Prensa y El Comercio*. Lima, 8-14 de julio de 1927.

signe compañero. Ojalá la publicación completa de aquella ponencia contribuya a esclarecer aquel episodio, el tema que lo provocó y la actitud que asumieron sus protagonistas. Es todo lo que pretendo al concluir este obligado preámbulo.

Creo que aquel debate, aparte de su contenido intrínseco, fue y es un ejemplo de cómo se puede discrepar en puntos de vista y teorías sin alterar las relaciones personales ni menoscabar el afecto y el respeto mutuos. Cuando se publique mi archivo epistolar se podrá comprobar que esa norma ha sido constante en toda mi vida de escritor, cualquiera que fuese la posición ideológica y política de mis corresponsales, entre los cuales están algunas de las más importantes figuras de las letras, la política y la docencia del mundo actual. Mariátegui, a Dios gracias, practicó ese mismo credo: fue hombre de partido, pero comprensivo, creyente pero no dogmático: era demasiado sensible, inteligente, irónico y humano para caer en los aberrantes y totalitarios axiomatismos con que lo ha querido cubrir el pernicioso fervor de (como él hubiera dicho, repitiendo mi término consagrado entonces) "Monsieur qui ne comprend pas".

Lima, mayo 23 de 1975

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

PRELIMINARES DE LA POLEMICA

Como se verá enseguida los artículos preliminares de la polémica fueron tres de Mariátegui sobre el indigenismo en la literatura peruana y un comentario sobre la proclividad de los escritores costeños hacia el indigenismo, escrito por José Angel Escalante, bajo el título de "Nosotros, los indios", en La Prensa de Lima.

José Angel Escalante (Acomayo, 1883/Lima, 1965) era en ese momento diputado por su provincia natal y propietario de El Comercio del Cuzco. Había sido director propietario del diario El Sol también del Cuzco y desempeñaba un papel destacado en la masonería peruana. Más tarde fue Ministro de Justicia, Instrucción y Culto y nuevamente diputado al Congreso. Colaboraba en los diarios de su propiedad y en La Prensa de Lima. A él nos referimos en el prólogo.

Hemos creído conveniente incluir como parte preliminar de la polémica la presentación que hace José Carlos Mariátegui del Grupo Resurgimiento, así como sus estatutos, y los artículos que sobre el problema indígena publicaron en Amauta, en diciembre de 1926 y enero del 27, respectivamente, Enrique López Albújar y Luis E. Valcárcel.

Se incluye un artículo de Ventura García Calderón (París 1886-1959), escritor peruano residente en París, por ser una muestra del interés que el tema indigenista despertaba en los escritores de la época.

SOBRE LA PSICOLOGIA DEL INDIO

ENRIQUE LOPEZ ALBUJAR *

El indio es una esfinge de dos caras: con la una mira al pasado y con la otra, al presente, sin cuidarse del provenir. La primera le sirve para vivir entre los suyos; la segunda, para tratar con los extraños. Ante los primeros se manifiesta como es; ante los segundos, como no querría ser. Bajo el primer aspecto es franco en el trato, solemne en el rito, intransigente en sus prerrogativas, orgulloso en la función de sus cargos, déspota en el mando, celoso en sus fueros, recto e incorruptible en la justicia, transigente en el honor, despiadado en la venganza, breve y altisonante en la oratoria, terriblemente lógico en la controversia, amo y señor en el hogar... Bajo el segundo, hipócrita, taimado, receloso, falso, interesado, venal, negligente, sórdido. Esta dualidad es la que norma su vida, la que lo exhibe bajo esta doble personalidad, que unas veces desorienta e induce al error y otras, hace renunciar a la observación por creerle impenetrable.

Una cosa es, pues, el indio en su *ayllu*, en su comunidad, en su vida íntima y otra en la urbe del *misti*, en sus relaciones con él, como criado suyo o como hombre libre. Es así como debe ser apreciado este ideario, algunos de cuyos juicios podrían parecer falsos o contradictorios.

* Enrique López Albújar (Chiclayo, 1872 - Lima, 1966). Escritor, magistrado y periodista. Perteneció a la Unión Nacional de González Prada. Autor de **Cuentos andinos**, **Matalaché**, **De mi casona**, **El hechizo de Tomayquichua**, etc.

1—El indio campesino no sabe mendigar, tal vez si porque su moral le dice que mejor que pedir es robar, o coger lo que encuentra al alcance de su mano.

2—Como cualquier cosa le basta para la vida, no conoce el lujo de lo superfluo.

3—Jamás confía en el *misti* aunque viva con él cien años, a no ser que se le identifique, pues el indio es pronto a la desconfianza y por cualquier motivo.

4—Como es hermético con el *misti*, le oculta a todo trance sus hechicerías y supersticiones y preferiría dejarse matar a descubrirle las sombrías ritualidades de sus creencias religiosas.

5—Ignora el consuelo de la intimidad y la fruición de la confidencia. Quizás por esto es tan propenso a la melancolía y al silencio.

6—Es solícito en los negocios propios y descuidado con los ajenos.

7—Estima a su yunta más que a su mujer y a sus carneros más que a sus hijos.

8—Es exacto y duro en el cobro y tardo y socarrón en el pago.

9—Su culto es superstición y sólo lo aprecia por el número y calidad de las fiestas que motiva y por los placeres materiales que le procura.

10—De los diez artículos del decálogo los únicos que comprende son el 5º y el 8º, pero desprecia el primero y se ríe del segundo.

11—No sabe dar, pero sí pedir, y cuando da, da poco y en cambio pide mucho.

12—Siempre que tiene ocasión roba y si no la tiene la crea o la aguarda. Para eso tiene dos armas poderosas e irresistibles: la paciencia y el disimulo.

13—No se casa por amor sino por cálculo. Más que el alma o el cuerpo de su compañera lo que le interesa es su salud, su fuerza y su dote.

14—Cuando mira arriba u oblicuamente hay que desconfiar de sus manos y de sus pies.

15—Como caminante prefiere la línea recta, pero en la vida todo lo hace tortuosamente. Por eso es difícil saber qué quiere y dónde va.

16—En la mayoría de los casos pospone la mujer legítima a la manceba y sabe obrar el milagro de hacerlas comer en el mismo plato y que la primera sirva solícita a la segunda.

17—Desprecia a la concubina del cura, a la que llama mula despectivamente, pero más desprecia a un cura sin manceba.

18—Cuando besa una mano es cuando más cerca está de morderla.

19—Al observar parece que dormita, pero lo que hace en realidad es ver crecer la yerba.

20—Cuando roba sonríe y se torna zorro para despistar; cuando le roban ruge y se torna perro para descubrir.

21—Al regalar vende; al vender escatima.

22—Es sobrio en su mesa y voraz en la ajena.

23—Cuando comete un crimen lo niega en el juzgado no tanto por pudor sino por atavismo; pero una vez libre de la cárcel, lo confiesa, lo grita y se jacta de él orgullosamente, olvidando que en ese hecho puso más traición que valentía.

24—Se hace repetir siempre la pregunta del juez para darse tiempo en la respuesta, y al darla miente con la boca y se desmiente con los ojos.

25—No conoce la miseria porque todo le sobra.

26—La muerte de un hijo la festeja una semana, riendo y bebiendo, *chacchando* y bailando; la de su vaca lo exaspera, lo entenebrece y lo hace llorar un mes y lamentarse un año.

27—Una vez que ha aprendido a leer y escribir menosprecia y explota a su raza. Indio letrado, indio renegado.

28—El mayor enemigo del indio es el indio mismo.

29—Cuando González Prada dijo que la trinidad embrutecedora del indio la componían el cura, el gobernador y el juez de paz se le olvidó el indio tinterillo.

30—Como desdeña la honra, pues le basta su propia estimación, no tiene escrúpulo en negociar con el agravio.

31—Cuando cobra, dos y dos son tres; cuando paga, dos y dos son cinco.

32—Si viaja por su cuenta todo es cuesta abajo; si por la ajena todo es cuesta arriba. En el primer caso se olvida hasta del tiempo y del estómago; en el segundo, las horas le parecen días y a lo mejor se detiene, atisba y huye.

33—Su impasibilidad ante el peligro asombra. Podría creerse temeridad y sólo es indolencia. Por eso antes que mejorar la senda que trafica prefiere rodear por un abismo cincuenta años.

34—Es un gran actor. Frente al hombre de otras razas simula, solemne e insuperable, la comedia de la humildad y la tragedia de la servidumbre.

35—Recibe con hipócrita complacencia lo que le dan, aunque en el fondo lo desprecia por sentirse mancillado, y codicia hasta el crimen lo que le niegan o no puede conseguir honradamente.

36—Tiene una idea mezquina del bien y una muy exagerada del mal.

37—La amabilidad lo alarma y solivianta; el rigor lo aquieta y disciplina.

38—El indio es schopenhauerista, pues tiene con Schopenhauer un punto de contacto: el pesimismo, con la diferencia que en éste es teoría y vanidad y en el indio, experiencia y desdén.

39—La vida no es para él ni bien ni mal: es una triste realidad.

40—Su mejor libro de sabiduría es la coca. La coca es su biblia, es guía de su alma y salud de su cuerpo.

41—Ama la rutina y desdeña la comodidad. Por eso odia el automóvil y ama a la bestia de carga.

42—Solo, es tímido; acompañado, audaz. Necesita del contacto de la banda para vibrar y de la voz del jefe para embestir. Y cuando embiste es feroz, vandálico, incontenible. Su valor colectivo es mastodóntico. Por eso fue ayer conquistador y hoy un gran soldado. Con cien mil hombres de estos, bien dirigidos y militarizados, tiene el Perú para reírse de las hegemonías suramericanas.

43—Como es atávicamente guerrero, aprende fácilmente a tascar el freno de la disciplina, y una vez militarizado supera al costeño y sabe pelear solo y hacerse matar por su bandera. Ejemplo de ello: Aparicio Pomares.

44—Su gran amor es la tierra. Por defender el más ínfimo pedazo gasta imperturbable su fortuna; pero no en obsequio a su derecho, sino por odio a su contrincante, y antes que ver su propiedad en manos de éste prefiere verla en las de su defensor.

45—Cuando gana el pleito se siente feliz y lo festeja ruidosamente, aunque lo ganado se le haya escurrido por entre la criba de la defensa.

46—Todo indio tiene en el alma un leguleyo y en la conciencia una resma de papel sellado.

47—Estima la defensa más que por las razones que contiene, por el número y extensión de los recursos.

48—Como testigo es poco o nada fehaciente, aun sin quererlo. Ve de golpe el cuadro o el asunto, pero no los detalles. Puede dar razón del delincuente, pero no describirlo. Al declarar libran en su conciencia una batalla la verdad y la mentira, y cuando aquella vence nunca la dice toda entera.

49—Como delincuente es insuperable en la coartada y abrumador en las citas. En la confesión impenetrable como un erizo, y simula diestramente el papel de víctima.

50—En la instrucción se exhibe aparatosamente. Usa de una “mise en scene” llamativa, impresionante. Como víctima, explota el espectáculo conmovedor de la sangre, retarda su restañamiento y curación y no se despoja de su traje desgarrado y nauseabundo mientras el juez no le interroga y lo zarandeo el tinterillo veinte veces entre la escribanía y el juzgado. Como culpable, se anticipa a querellarse contra su víctima y va hasta inferirse pequeñas heridas para imputárselas a ésta.

51—Es combativo. Su vida es un combate desde que nace hasta que muere. Lucha a brazo partido con la naturaleza, con su vecino, con la autoridad, con el gamonal, con el enganchador, con el juez de paz, con el cura, con el gendarme y hasta con la mujer que desea, pues para él amor es pleito y la posesión, acto de violencia.

52—Es un gran amoroso de la tierra y un gran adorador del terruño. Es, pues, un patriota, aunque su patriotismo es de radio tan pequeño que no pasa del círculo de su comunidad o de su pueblo. Pero ensanchadle el círculo hasta el mar y el indio bajará hasta él a defender todo lo que hay dentro heroicamente.

53—Parece débil y quebradizo y tiene la flexibilidad del junco, la elasticidad del puma, la resistencia y sobriedad del camello y la fuerza nerviosa del cóndor. Bien llamada de bronce su raza.

54—Como no ha leído más libro que el de la Naturaleza su potencia visual abarca las cumbres y sondea los abismos. Cada uno lleva latentes en los ojos los prodigios de puntería de Guillermo Tell.

55—Como juez de paz desdeña nuestra justicia y está pronto a dársela a quien mejor le pague. Como *yaya* su justicia es ciega, incorruptible, de una austeridad feroz.

56—Como simple miembro de la comunidad roba si puede; como *yaya* no perdona al ladrón. Le aplica inflexiblemente el *ushanan-jampi*.

57—Trabaja con amor por cuenta propia y con odio por la ajena.

52—En religión es ecléctico; en política, aristotélico. Está convencido de que unos nacen para gobernar y otros para obedecer.

59—En el matrimonio comienza casi siempre por el fin y acaba por el principio. Primero posee y después conviene. La posesión es una prueba; la bendición del cura una ratificación. Y es que el indio no se obliga a nada apriorísticamente sino por convencimiento.

60—Si la mujer le sale buena siente la satisfacción de haber hecho un buen negocio; si mala, rumia a solas la vergüenza de su desacierto y se limita a pedirle a la brutalidad de sus puños lo que la sabiduría de la coca no quiso darle.

61—El indio, como el hombre de todos los tiempos y de todas las civilizaciones, padece también el yugo de la superstición: la del cocaísmo, a la que somete todo y todo lo pospone.

62—La *chaccha* es para él un goce; la *catipa*, una oración.

En la *chaccha* el indio es una bestia que rumia; en la *catipa*, un alma que cree.

63—La filosofía del indio está en su *huallqui*. El *huallqui* es para él arca de la alianza y caja de Pandora.

64—La coca es una biblia, una biblia verde de millares de hojas, en cada una de las cuales duerme un salmo de paz. Es el sello de todos sus pactos, el auto sacramental de todas sus fiestas, el manjar de todas sus bodas, el consuelo de todos sus duelo y tristezas, la salva de todas sus alegrías, el incienso en el altar de sus supersticiones, el tributo de todos sus fetichismos, el remedio de todas sus enfermedades, la hostia de todos sus cultos.

65—La mayor afrenta para el indio es el *jitarishum*, la expulsión de la comunidad. El *jitarishum* lo segrega, lo borra del *maranshay* para apuntarlo luego en el índice de los réprobos.

66—El *jitarishum* significa para el indio no solo perpetuidad sino muerte civil y expropiación, es decir, su conversión en mostrenco, que es el mayor agravio que puede inferírsele.

67—El indio es una concreción andina. Adherido a su terruño es férreo y dinámico; tiene en alto grado la virtud de An-teo; lejos de él, lo corroe el cáncer de la nostalgia.

68—Como todos los seres secularmente perseguidos y hostilizados, es simulador y mimetista frente al peligro. Sus danzas son en gran parte trasunto de esta característica. Pero en el fondo el indio es pacífico, más pastoril y agricultor que guerrero y vandálico.

69—Tiene en alto grado el sentimiento de la independencia, no solo por obra del medio, sino por obra de la misma servidumbre en que ha vivido tantos siglos.

70—Es inhospitalario, pero esto no es culpa suya sino de la tradición, de la que el indio es un esclavo. La hospitalidad es fruto de pueblos en que el peregrinaje y la mendicación fueron una virtud. Por eso cuando el indio viaja, lleva siempre lo indispensable, acampa en cualquier sitio y tiene el orgullo de no necesitar de los demás. Mirada así su inhospitalidad, deja de ser un defecto para convertirse en una cualidad de su raza.

Amauta, Lima, diciembre de 1926, N° 4.

Conferencia leída en la Universidad de Arequipa el 22 de enero último

Tras de las cuchillas del Ande, en pleno desierto, crearon los inkas este oasis. Ved la campiña: todo es macetería, andenes, campos de cultivo que el hombre formó. Aquí, como al otro lado de las montañas, se contempla la obra titánica de los Hijos del Sol. Y desde los nombres de sus montes nevados, Misti, Pichupichu, Chachani, hasta los de sus ríos y lugares de recreación, Chili, Uchumayo, Yanaguara, Tingo, Paucarpata, el keswa dejó en su voces la huella que los siglos no borran.

Arequipa es una avanzada del espíritu andino sobre el mar. El inka insufló su aliento a la tierra, fecundáronla los Andes con el cristalino caudal de sus aguas, y, mientras llegan hasta aquí las quemantes arenas de la oceánica playa, bajan de las cumbres las frescas brisas.

Arequipa es el eslabón de costa y sierra. El Misti escruta por igual los riscos y las dunas.

El mestizo arequipeño es un tipo racial de excelencia. En esta región del país dio la sangre mezclada de conquistadores e indios el fruto escogido, aquí, en este espacio privilegiado que la montaña disputa al desierto.

El hombre de la Pampa posee cualidades primarias: une a su fortaleza física grande sanidad espiritual.

Sobrio y resistente como el inka, enérgico trotamundos como el aventurero español, su inquietud le lleva a todas las latitudes; se adapta a los medios hostiles y, por su disciplina en el trabajo, por su ánimo optimista, por su firme resolución, triunfa y domina en las rudas labores manuales, en el comercio y la industria. La estrecha campiña le enseñó a ser pragmático. Le grabó también indeleblemente su inkaísmo.

* Luis E. Valcárcel (Moquegua, 1891). Profesor, escritor e historiador. Desarrolló sus actividades en las universidades de San Antonio Abad de Cuzco y San Marcos de Lima. Autor de *De la vida inkaika*, *Tempestad en los Andes*, *Ruta cultural del Perú*, *Historia Antigua del Perú* y *Del ayllu al Imperio*.

En el humilde rancho —igual en todo a la *chujlla* cordillerina— el mestizo arequipeño, después del yantar tradicional —el *uchu* y el *ajka* de los viejos peruanos— expresa en su música la “saudade” inefable, la dulce ansia nostálgica por los vallecitos serranegos, de los que salieron sus antepasados, los primeros pobladores tan remotos.

Las cuerdas de la guitarra vibran quedamente: es el mensaje milenario del *mitmak* (el mitimae), el doliente eco de los ayllus transportados del paisaje materno a las tierras nuevas.

No sacrifica su modo de ser, este mestizo, ante las exigencias del medio extraño: en la pampa salitrera, en la mina glacial, en el “puesto amazónico”, lo impondrá enérgicamente. Desde el detalle culinario del *rokoto* hasta el yaraví de las veladas íntimas.

Y llegó el impulso asociativo, el sinequismo que es ejemplar en las colectividades arequipeñas fuera del terruño. ¿No lo identifican con el hombre de comunidad que es el hombre del inkanato?

En la fabla popular tan sabrosa, cuántos términos keswas involucrados, kechuismos ahora con título propio en el léxico español. Supersticiones, magia (hechicería, brujería), medicina casera, leyendas y consejos, cantos y cuentos, arte de guisar, todo lo que Keyserling halla intransferible, es de raíz india. Por encima de la mixtificación, bajo la cáscara europea, civilizada, el *genius loci*, genio de la montaña, es todopoderoso en los vastos dominios de la subconciencia.

El mestizo arequipeño ha heredado las sobresalientes cualidades indígenas y las conserva mejor en mucha parte, porque ignora su procedencia (¡Oh el prejuicio, oh la repugnancia indiófobas!). Vida vernácula, pegada a la tierra, con matrices originales, la de la sociedad arequipeña. Sus llamados defectos resultan virtudes.

A los ojos del europeizante, la resistencia misoneísta, los hábitos y las costumbres inmemoriales de este pueblo, aparecen reprensibles. Para quienes queremos un Perú muy peruano, ese apego a lo propio que es alta moralidad en la vida privada, amor de la familia, práctica de los usos inveterados, poseen un valor excepcional: es la legítima defensa de la personalidad contra el avasallamiento progresista, civilizado, eu-

ropeo. Defendamos nuestra vitalidad de la inoculación del virus de decadencia que se importa de occidente. (Ya lo dijo Ortega y Gasset, toda civilización recibida es fácilmente moral para quien la recibe, porque la civilización —a diferencia de la cultura— es un conjunto de técnicas mecanizadas, de excitaciones artificiales, de lujos o *luxuria* que se va formando por decantación en la vida de un pueblo).

Partícipe Arequipa de la grandeza andina —ahí tenéis sus cumbres nevadas, los Apus y los Aukis centinelas— vive con los caminos abiertos al mar. Interfiere, recibe y transmite el clamor del océano y de la montaña, la voz de las tierras lejanas, la voz de las tierras nuestras. Arequipa tiende los brazos al firme apoyo de la cordillera, porque sabe que es inseguro el desierto.

El papel ambivalente que tocará a Arequipa en el futuro debe hacerse conciencia profunda en la juventud que escucha. En Sud-Perú, a esta hora de compulsación de fuerzas, correspóndele una acción principal. Bajo la égida del Misti simbólico, a plena luz, hará posible, con su intervención conciliadora, un entendimiento entre los hombres de la costa y de la sierra. En Arequipa se firmará el "Covenant" que consolide la unidad política, la convivencia de armonía de los elementos disímiles de estas dos grandes regiones del país.

Arequipa deberá ser un oasis espiritual, un remanso de las encontradas corrientes indianista y europeizante, y un refugio a donde vengamos a buscar quietud y paz. Posee atractivos físicos insuperables —oh sortilegio de belleza y salud. Dotadla, jóvenes maestros y estudiantes, del ambiente cultural que a su carácter corresponde.

Mientras en las ciudades vivimos entregados a las pequeñas luchas por el interés y el predominio individuales, en la sierra del Perú se incuba un nuevo estado social.

En Puno y Cuzco la masa indígena, antropopiteca, readquiere espíritu. Un vivo anhelo de educación parte de los ayllus. Los padres llevan a sus hijos a la escuela, y los huidizos pastorzuelos se han transformado en puntuales alumnos. De largas distancias, no importa los cerros que hay que trepar ni los ríos y obstáculos que vencer, vienen a instruirse los jóvenes indios. Hay avidez. ¿Obedece al plan de hacer

también suyos los instrumentos de esclavización que hoy monopolizan blancos y mestizos? Sí, quieren ellos libertarse de la ignorancia que los mantiene en inferioridad.

La avalancha ha comenzado. Rebasan las casas escuelas de discípulos y el preceptor se malhumora acostumbrado como estaba a llenar el expediente con media docena de mestizillos, sus alumnos.

Los latifundios se arruinan. Atraviesa por grave crisis el feudalismo cusqueño. A la gesta trágica de las mutuas violencias, masacres y vendetas horribles ha seguido una sorda y tenaz lucha. El indio no ataca. Se cruza de brazos.

Adoptó la táctica hindú de la no cooperación. Ghandi transmite su mensaje desde el Himalaya y en las cresterías andinas halla su receptor altoparlante.

Las tierras yermas, sin cultivo; los rebaños dispersos, abandonados; los acueductos, sin agua, destruyéndose; derribadas las cercas. Sobre planicies y laderas amarillentas, las que ayer verdeaban sonreídas por el agua y el buen padre Sol, pasa una sombra densa de muerte y de misterio.

El indio se remontó a las punas: herboriza ascéticamente. No trabaja. Prefiere el hambre a la explotación de que piensa librarse.

La hacienda no produce.

Es la huelga general del proletariado andino.

¿Qué hacer? Se exaspera el opresor vesánico. Carece ahora del pretexto del levantamiento, de la sublevación indígena. Nadie asoma por el caserío. El ulular de las multitudes enfurecidas se pierde en la lejanía confusa.

Es entonces que el cacique busca al indio en su hogar sosegado y distante. La fuerza puesta a su servicio invade los ayllus con ímpetu de Gengis Khan. Saqueo de las pobres moradas, violación de las mujeres indefensas, maltrato cruel de los niños, apresamiento y vejación de los ancianos, deportación en masa de los adultos al infierno de las selvas, triste sepultura del cuitado.

El despertar de millares de conciencias indias implica el más grave problema que se haya presentado jamás en el Perú.

¿Cuáles son los propósitos que abriga el nuevo indio? Porque no se trata ya de la involucración aislada de indivi-

duos aborígenes en el compacto mestizo-europeo: es la masa infrahumana, diez millones de indios en Perú, Bolivia y Argentina, que torna a constituir grupos sociales conexos, que busca la luz y descubre en la caverna interior el fuego perdido de la conciencia racial.

¿Qué programa tiene formulado la vanguardia nativa del movimiento pan-indianista? ¿Alguien lo sabe?

Nosotros —que sin ser indios predicamos un quinto evangelio inkaísta— tampoco lo sabemos.

Algo se puede intuir.

Ante todo, los nuevos indios readquirirán rotundamente su calidad de seres humanos; proclamarán sus derechos; anudarán el hilo roto de su historia para restablecer las instituciones cardinales del Inkario.

Hay algo. Sí, es esa fuerza extensa, penetrante, de la que sale el desorden de los cataclismos y el curso ordenado y titánico de la vida. Es esa fuerza —de que nos habla Barbusse— que dirige nuestro átomo y maneja nuestros brazos, sin que lo sepamos nosotros. Encarna ya en el agregado humano de los Andes y ella los hace vibrar como una tempestad que se avecina.

¿Qué resistencia oponerle?

El bloc de mestizo-europeos es minúsculo e inerme. Las gentes de color significan el décuplo y han monopolizado el arma. Ya lo dije otra vez: el fusil es indio.

El automáta que hoy dispara contra sus hermanos de raza, dejará de serlo. ¿Y entonces?

Quién sabe de qué grupo de labriegos silenciosos, de torvos pastores, surgirá el Espartaco andino. Quién sabe si ya vive, perdido aún en el páramo puneño, en los roquedales del Cusco.

La dictadura del proletariado indígena busca su Lenin.

Los que vivimos en el corazón de la sierra poseemos el privilegio de asistir al acto cosmogónico del nacimiento de un mundo, como el viajero que contempla el sublime espectáculo de la tempestad en medio de la llanura azotada por el rayo. Privilegio en el peligro.

En el Cusco, centro de la indianidad, los núcleos de la inteligencia están en guardia. La Escuela Cusqueña —así la ha bautizado Francisco García Calderón —hace bastante tiempo que se organiza y disciplina. Sus actividades indianizantes e indiófilas han transpuesto las fronteras para extenderse por la América que busca en los Andes una justificación de su existencia, como el hidalgo en su solar. Artistas y escritores cusqueños son acogidos con simpatía por los núcleos americanistas y en las grandes publicaciones de Indo-América, no sólo con curiosidad, sino con interés profundo, son leídas sus producciones, comentadas sus obras.

Los cusqueños nos hemos dado cuenta con oportunidad de la inminencia de un próximo nuevo ciclo de cultura andina. Y por qué no decirlo, nos asiste la fe viva en cierto papel providencial deparado al viejo solio de los inkas. Puede ser para muchos censurable este orgullo cusqueño de sentirse pueblo escogido, pero tal sentimiento es tan fuerte que nos compele a marchar juntos hacia un solo rumbo, como impelidos por un soplo místico. De aquí la sensación de fuerza y unidad que produce el Cusco a quienes observan los movimientos espirituales del país en esta hora crítica.

¿Será presunción nuestra el intento de encauzar las formidables energías desplazadas por el mundo que nace detrás de las montañas?

Cuando la voz de la sensatez civilista, Francisco García Calderón, aseguraba, no hace mucho, que en el Perú el elemento indígena adquirirá lentamente predominio (aunque ese predominio lo explique nuestro pensador por la aplicación de la Ley de Gresham a la etnología) los ánades del capitolio anunciaban un peligro que sólo se podría conjurar —según la receta del mismo cuerdo publicista— por la constitución de una oligarquía desinteresada y enérgica.

Había que preguntar: ¿una oligarquía formada por quiénes?

Si ha de ser la que en el Perú tanto hemos conocido, el remedio que señala es inocuo, totalmente ineficaz.

La única *élite* posible, capaz de dirigir el movimiento andinista, será integrada por elementos racial o espiritualmente afines al indio, identificados con él, pero con preparación am-

plísima, de vastos horizontes y ánimo sereno y sonrisa estoica para afrontar todos los reveses, sin perder la ruta en el laberinto de las ideologías.

Ese grupo selecto se incautará de la técnica europea para resistir a la europeización y defender la indianidad. El vendrá a ser el bautista de ideas que dé nombre a las cosas y luz a los ojos del monstruo ciego.

La indiada resurgente, informe como una nebulosa, contorneará su personalidad, bajo el cincel de verdaderos escultores de pueblos. Admiraremos la genialidad del artista que llega, el nuevo Miguel Angel de este Moisés de la montaña.

Sólo dos alternativas tiene el advenimiento de la raza resurrecta; significará o la ciega destrucción, demoníaca lucha de razas, o la evolución creadora con término en el Pacto o Contractus, estabilizador vital de todas las variedades étnicas asentadas en el "habitat" peruano.

Los obreros intelectuales estamos obligados a buscar la segunda solución.

¡Cuántos peligros trae consigo el deslumbramiento para quien emerge "de la negrura mística de los estadios primitivos" en la que por quinientos años ha vivido la raza de los Andes!

De quienes la guíen depende el futuro.

Esta "alma grande que despierta" (la terminología spengleriana es imprescindible), esta alma dotada de una demiúrgica voluntad de cultura, ha menester del grupo de escogidos que vive, siente, obra y sabe morir en nombre del pueblo.

Aspiramos a constituir ese grupo.

Nuestro evangelio se sintetiza en una sola palabra:

ANDINISMO

Es una expresión geográfica, toda vez que la raza existe en tanto se arraiga en un trozo de planeta. ("Raza y paisaje van juntos, y donde se halle el solar permanece también la raza").

Andinismo, expresión deportiva. Supera a alpinismo como superan al Mt. Blanc el Waskaran y el Koropuna.

Andinismo, deporte de dioses. Anhelos de infinito, de exaltación constante.

Andinismo, agua purificadora, creadora, sangre de los antepasados, aspiración vertical de la tierra. La vida y la cultura germinaron en la planicie y en el valle andinos. ¡Ex-Oriente Lux! (Absurdo enuncian cuantos dogmáticamente sostienen que la cultura trepó a la meseta. Basta abrir los ojos para pensar lo contrario. Hombres y formas culturales se desparramaron —copa colmada— de la hoya del Titikaka, costa y sierra abajo).

La doctrina andinista pretende ser un ensayo de ideología aborígen. Se forma lentamente y a la larga indios e indiófilos nos entenderemos.

Se percibe ya la inquietud prolífica que va a crear el apostolado. La suma de inauditas iniquidades contra el indio colma toda medida. Ha llegado el turno de indignarse a los indiferentes, a los timoratos, a los endurecidos.

La raza crucificada se transfigura. ¿Cuándo la resurrección no fue precedida del martirio y la muerte?

Y de este dolor de las lacerías, de las injusticias, brota, como flor de cactus, el anhelo primaveral, el amor de la vida nueva, del Resurgimiento, de la elevación a la luz y al goce inefable de los horizontes ignorados. El que vivió una vez vivirá siempre.

Como un vino añejo enardece esta savia y templará el alma para el sacrificio.

Por Puno y Cusco se desparraman los misioneros del andinismo, con la fe mística de los perseguidos que buscan un reino de justicia. En torno a ellos, reúnense labradores y pastores: inquietan el anuncio profético. La esperanza anida en sus corazones quebrantados por la opresión sin tregua.

Los portadores de la buena nueva, como los discípulos del Cristo, pasan por la prueba del dolor. Llenas están las cárceles de estos que la justicia romana ha calificado delincuentes por no conformistas con la sociedad y sus leyes. Y en el Valle de la Muerte, en las posesiones insalubres del Madre de Dios, blanquean los huesos de las innúmeras víctimas.

En esta situación de extrema violencia, en que el caciquismo juega su última carta, prevalido de todos los elementos necesarios para aplastar al indio y sus defensores, es que se establece en el Cusco el "Grupo Resurgimiento", comunidad fraterna de trabajadores manuales e intelectuales, maestros y estudiantes, artistas y escritores, indios y mestizos, en pie de absoluta igualdad, unimismados por el ardor combativo, por el impulso mesiánico, por el valor sereno de quienes no temen las represalias sino que las esperan. Nada conturba su ánimo, porque al ingresar a esta hermandad, renunciaron a todo escrúpulo cobarde.

Voluntariamente nos hemos impuesto misión tan ardua, como para purgar la culpa de las generaciones cómplices en la extrangulación de la raza.

La juventud y la intelectualidad del Cusco están en su puesto. La gran cruzada pan-indianista deberá extenderse, con idéntico fervor, por el circuito Sud-Perú, Bolivia, Argentina: "todo lo que los Andes abarcan".

Por ineluctable destino, imposición de la tierra, voluntad de los dioses— Sud-Perú mira hacia el Atlántico, nuestra aguja de marcar señala el Plata. Del Cusco, por encima del Alto Perú, alzamos los brazos listos a estrecharse con los que se nos ofrecen cordiales desde la cosmópolis austral. La disputa de las comunicaciones rápidas para la República del Altiplano beneficiará enormemente a Sud-Perú, aproximándonos a Bolivia, Brasil, Argentina, Uruguay y Chile.

Sud-Perú está llamado a la supremacía por múltiples causas. Tiene sobre las otras regiones la ventaja del espíritu solidario que está creando una verdadera conciencia colectiva.

El gran bloque de los pueblos meridionales del Perú, espiritualmente unificado, inclinará la balanza en un futuro que todos presentimos.

Otra vez, pasados dos mil años, el Lago de las Teogonías, el Titikaka venerable, demiurgo animador de cielos y tierra, reocupa su centricidad. Emergerán de sus orillas los fundadores, los Waris gigantescos que llevarán el germen de la cultura por todo el continente.

Como un imperativo recuerda el exégeta el apotegma pin-dárico: "Llega a ser lo que eres". Y Spinoza, filósofo de filósofo-

fos, dicta: "Persiste en ti mismo". El nuevo indio se ha descubierto a sí propio. ¿Quién si no él resolverá su problema? ¿Quién si no él hallará el camino que lo conduzca al mundo tenebroso de su conciencia milenaria? El problema indígena lo solucionará el indio. El kolla y el mujik ruso, en opuestas zonas del planeta, no sólo coinciden en su símbolo primario, la planicie.

Lugones, no el fascista sino el poeta, escribió, no hace mucho, estas palabras que dejo a vuestra meditación: "Todos los focos de la antigua iniciación han vuelto a encenderse. La Palabra, a la vez divina y fatal, ha cruzado esta vez los mares; y desde los demonios siberianos que el "shaman" evoca con su epiléptico tamboril, hasta la piedra misteriosamente sonreída de la Esfinge; desde la montaña hindú donde impera el Gran Asesino, hasta los Señores de Piedra de Tiawanaku, del Yucatán, la inquietud de los días iniciales se eriza como una crin sobre el lomo de la tierra".

Wirakocha, el dios de las cumbres y las aguas, desciende otra vez desde la altitud del Olimpo andino, y a su paso los Hombres de Piedra abandonan su enclavamiento milenario y caminan, como el Lázaro bíblico. Su voz resuena en las cavidades graníticas como el trueno. Y la tierra tiembla.

Hombres de Piedra de este tiempo, despertemos.

No haya conciencia que no se estremezca de gozo y espanto cuando un mundo nace detrás de las montañas...

Amauta, Lima, enero de 1927, Nº 5.

EL INDIGENISMO EN LA LITERATURA NACIONAL I

JOSE CARLOS MARIATEGUI

La corriente "indigenista" que caracteriza a la nueva literatura peruana, no debe su propagación presente ni su exageración posible a las causas eventuales o contingentes que determinan comúnmente una moda literaria. Tiene una signifi-

cación mucho más profunda. Basta observar su coincidencia visible y su consanguinidad íntima con una corriente ideológica y social que recluta cada día más adhesiones en la juventud, para comprender que el indigenismo literario traduce un estado de ánimo, casi una estado de conciencia del Perú nuevo.

Este indigenismo, que está sólo en un periodo de germinación —falta aún un poco para que dé sus flores y sus frutos— podría ser comparado, salvadas todas las diferencias de tiempo y de espacio, al “mujikismo” de la literatura rusa pre-revolucionaria. El “mujikismo” tuvo parentesco estrecho con la primera fase de la agitación social en la cual se preparó e incubó la revolución rusa. La literatura “mujikista” llenó una misión histórica. Constituyó un verdadero proceso del feudalismo ruso, del cual salió éste inapelablemente condenado. La socialización de la tierra, actuada por la revolución bolchevique, reconoce entre sus gérmenes espirituales la novela y la poesía “mujikista”. Nada importa que al retratar al mujik —tampoco importa si deformándolo o idealizándolo— el poeta o el novelista ruso estaban muy lejos de pensar en la socialización.

De igual modo el “constructivismo” y el “futurismo” rusos, que se complacen en la representación de máquinas, rascacielos, usinas, etc., corresponden a una época en que el proletariado urbano, después de haber creado un régimen cuyos usufructuarios son hasta ahora los campesinos, trabaja por occidentalizar a Rusia, llevándola a un gran máximo de industrialización y electrificación.

El indigenismo de nuestra literatura actual no está desconectado de los demás elementos de esta hora. Por el contrario, se encuentra articulado con ellos. El problema indígena tan presente en la política, la economía y la sociología no puede estar ausente de la literatura y del arte. Se equivocan gravemente quienes juzgándolo por la incipiencia o el oportunismo de unos pocos o muchos de sus corifeos, lo consideran, en conjunto, artificioso.

Tampoco cabe dudar de su vitalidad por el hecho de que hasta ahora no ha producido una obra maestra. La obra maestra no florece sino en un terreno abonado por una anónima u

obscura multitud de obras mediocres. El artista genial de una estirpe no es, ordinariamente, un principio, sino una conclusión. Aparece, normalmente, como el resultado de una vasta experiencia.

Menos aún cabe alarmarse de esporádicas exageraciones ni de anecdóticas exasperaciones. Ni unas ni otras encierran el secreto ni conducen la savia del hecho histórico. Toda afirmación necesita tocar sus límites extremos. Detenerse a especular sobre la anécdota es exponerse a quedar fuera de la historia.

Esta corriente indigenista, de otro lado, encuentra un estímulo en la asimilación por nuestra literatura de elementos de cosmopolitismo. Ya he señalado la tendencia autonomista o nativista del vanguardismo en América. (En la nueva literatura argentina nadie se siente más "porteño" que Gironde y Borges, ni mas "gaucho" que Güiraldes. En cambio, quienes como Larreta permanecen enfeudados al clasicismo español se revelan radical y orgánicamente incapaces de interpretar a su pueblo).

Otro acicate, en fin, en algunos, es el exotismo que a medida que se acentúan los síntomas de decadencia de la civilización occidental, invade la literatura europea. A César Moro, a Jorge Seoane y a los demás artistas que últimamente han emigrado a París, se les pide allá temas nativos, motivos indígenas. Nuestra escultora Carmen Saco ha llevado en sus estatuas y dibujos de indios el más válido pasaporte de su arte.

Este último factor exterior es el que decide a cultivar el indigenismo —aunque sea a su manera y solo episódicamente—, a literatos que podríamos llamar "emigrados", como Ventura García Calderón, a quien no se puede atribuir la misma moda vanguardista artificiosa ni el mismo contagio de los ideales de la nueva generación que se supone en los literatos jóvenes que trabajan en el país.

En otro artículo estudiaré por qué una corriente, nacionalista y revolucionaria al mismo tiempo, en la literatura peruana, tenía que ser definidamente indigenista y no genérica o integralmente criollista.

Mundial, Lima, 21 de enero de 1927, N° 345.

EL INDIGENISMO EN LA LITERATURA NACIONAL II

JOSE CARLOS MARIATEGUI

El criollismo no ha podido prosperar en nuestra literatura como una corriente de espíritu nacionalista, ante todo por que el criollo no representa todavía la nacionalidad. Se constata, casi uniformemente, desde hace tiempo, que somos una nacionalidad en formación. Se percibe ahora, precisando ese concepto, la subsistencia de una dualidad de raza y de espíritu. En todo caso, se conviene, unánimemente, en que no hemos alcanzado aún un grado elemental siquiera de fusión de los elementos raciales que conviven en nuestro suelo y que componen nuestra población. El criollo no está netamente definido. Hasta ahora la palabra "criollo" no es casi más que un término que nos sirve para designar genéricamente una pluralidad, muy matizada, de mestizos. Nuestro criollo carece del carácter que encontramos, por ejemplo, en el criollo argentino. El argentino es identificable fácilmente en cualquier parte del mundo: el peruano, no. Esta confrontación es precisamente la que nos evidencia que existe ya una nacionalidad argentina, mientras no existe todavía, con peculiares rasgos, una nacionalidad peruana. El criollo presenta aquí una serie de variedades. El costeño se diferencia fuertemente del serrano. En tanto que en la sierra la influencia telúrica indigeniza al mestizo, casi hasta su absorción por el espíritu indígena, en la costa el predominio colonial mantiene el espíritu heredado de España.

En el Uruguay, la literatura nativista, nacida como en la Argentina de la experiencia cosmopolita, ha sido criollista, porque ahí la población tiene la unidad que a la nuestra le falta. El nativismo, en el Uruguay, por otra parte, aparece como un fenómeno esencialmente literario. No tiene, como el indigenismo en el Perú, una subconsciente inspiración política y económica. Zum Felde, uno de sus suscitadores como crítico, declara que ha llegado ya la hora de su liquidación. "A la devoción imitativa de lo extranjero —escribe— había que oponer el sentimiento autonómico de lo nativo. Era un movimiento de emancipación literaria. La reacción se operó; la emancipación,

fue, luego, un hecho. Los tiempos estaban maduros para ello. Los poetas jóvenes volvieron sus ojos a la realidad nacional. Y, al volver a ella sus ojos, vieron aquello que, por contraste con lo europeo, era más genuinamente americano: lo gauchesco. Mas, cumplida ya su misión, el tradicionalismo debe a su vez pasar. Hora es ya de que pase, para dar lugar a un americanismo lírico más acorde con el imperativo de la vida. La sensibilidad de nuestros días se nutre ya de realidades, y de realidades distintas. El ambiente platense ha dejado definitivamente de ser gauchó; y todo lo gauchesco —después de arrinconarse en los más huraños pagos— va pasando al culto silencioso de los museos. La vida rural del Uruguay está toda transformada, en sus costumbres y en sus caracteres, por el avance del cosmopolitismo urbano”.

En el Perú, el criollismo, aparte de haber sido demasiado esporádico y superficial, ha estado nutrido de sentimiento colonial. No ha constituido una afirmación de autonomía. Se ha contentado con ser el sector costumbrista de la literatura colonial sobreviviente hasta hace muy poco. Abelardo Gamarra es, tal vez, la única excepción en este criollismo domesticado, sin orgullo nativo.

Nuestro “nativismo” —necesario también literariamente como revolución y como emancipación— no puede ser simple “criollismo”. El criollo peruano no ha acabado aún de emanciparse espiritualmente de España. Su europeización —a través de la cual debe encontrar, por reacción, su personalidad— no se ha cumplido sino en parte. Una vez europeizado, el criollo de hoy difícilmente deja de darse cuenta del drama del Perú. Es él precisamente el que, reconociéndose a sí mismo como un español bastardeado, siente que el indio debe ser el cimiento de la nacionalidad. (Valdelomar, criollo costeño, de regreso de Italia, impregnado de d’annunzianismo y de snobismo, experimenta su máximo deslumbramiento cuando descubre o, más bien, imagina la belleza del Inkario). Mientras el criollo puro conserva generalmente su espíritu colonial, el criollo europeizado se rebela, en nuestro tiempo, contra ese espíritu, aunque sea solo como protesta contra su limitación y su arcaísmo.

Claro que el criollo, diverso y múltiple, puede abastecer abundantemente a nuestra literatura —narrativa, descriptiva, costumbrista, folklorista, etc.— de tipos y motivos. Pero lo que

subconscientemente busca la genuina corriente indigenista en el indio no es solo el tipo o el motivo ~~pintoresco~~. Menos aún el tipo o el motivo pintoresco. El "indigenismo" no es aquí un fenómeno esencialmente literario como el "nativismo" en el Uruguay. Sus raíces se alimentan de otro humus histórico. Los, "indigenistas" auténticos —que no deben ser confundidos con los que explotan temas indígenas por mero "exotismo"— colaboran, conscientemente o no, en una obra política y económica de reivindicación, no de restauración ni resurrección.

El indio no representa únicamente un tipo, un tema, un motivo, un personaje. Representa un pueblo, una raza, una tradición, un espíritu. No es posible, pues, valorarlo y considerarlo, desde puntos de vista exclusivamente literarios, como un color o un aspecto nacional, colocándolo en el mismo plano que otros elementos etnográficos del Perú.

A medida que se le estudia, se averigua que la corriente indigenista no depende de simples factores sociales y económicos. Lo que da derecho al indio a prevalecer en la visión del peruano de hoy es, sobretudo, el conflicto y el contraste entre su predominio demográfico y su servidumbre —no solo inferioridad— social y económica. La presencia de tres millones de hombres de la raza autóctona en el panorama mental de un pueblo de cinco millones, no debe sorprender a nadie en una época en que este pueblo siente la necesidad de encontrar un equilibrio que hasta ahora le ha faltado en su historia.

Mundial, Lima, 28 de enero de 1927. N° 346

EL INDIGENISMO EN LA LITERATURA NACIONAL III

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Terminan aquí los apuntes sobre el indigenismo en la literatura nacional con que pretendo contribuir al esclarecimiento de un fenómeno que, por la tendencia a considerar aislada-mente algunos de sus factores o sus síntomas, se presta a falaces interpretaciones.

El indigenismo, como se desprende de mis anteriores proposiciones, tiene fundamentalmente el sentido de una reivindicación de lo autóctono. No llena la función puramente sentimental que llenaría, por ejemplo, el criollismo. Habría error, por consiguiente, en apreciar el indigenismo como equivalente del criollismo, al cual no reemplaza ni subroga.

Si el indio ocupa el primer plano en la literatura y el arte peruano, no será seguramente por su interés literario o plástico, sino porque las fuerzas nuevas y el impulso vital de la nación tienden a reivindicarlo. El fenómeno es más instintivo y biológico que intelectual y teórico. Repito que lo que subconscientemente busca la genuina corriente indigenista en el indio no es solo el tipo o el motivo y menos aún el tipo o el motivo "pintoresco". Si esto no fuese cierto, es evidente que el "zambo", verbigratia, interesaría al literato o al artista criollo —en especial al criollo— tanto como el indio. Y esto no ocurre por varias razones. Porque el carácter de esta corriente no es naturalista o costumbrista sino, más bien, lírico, como lo prueban los intentos o esbozos de poesía andina. Y porque una reivindicación de lo autóctono no puede confundir al "zambo" o al mulato con el indio. El negro, el mulato, el "zambo" representan en nuestro pasado, elementos coloniales. El español importó al negro cuando sintió su imposibilidad de sustituir al indio y su incapacidad de asimilarlo. El esclavo vino al Perú a servir los fines colonizadores de España. La raza negra constituye uno de los aluviones humanos depositados en la costa por el coloniaje. Es uno de los estratos, poco densos y fuertes del Perú, sedimentado en la tierra baja durante el virreinato y la primera etapa de la república. Y, en este ciclo, todas las circunstancias han concurrido a mantener su solidaridad con la colonia. El negro ha mirado siempre con hostilidad y con desconfianza la sierra, donde no ha podido aclimatarse física ni espiritualmente. Cuando se ha mezclado al indio ha sido para bastardearlo comunicándole su domesticidad zalamera y su psicología exteriorizante y mórbida. Para su antiguo amo blanco ha guardado, después de su manumisión, un sentimiento de liberto adicto. La sociedad colonial, que hizo del negro un doméstico —muy pocas veces un artesano, un obrero— absorbió y asimiló a la raza negra, hasta intoxicarse con su sangre tropical y caliente. Tanto como impene-

en
negrita
(A. E. S.)

?

los mulatos

Ensayo
redime
enclaus
trable y hurao el indio, le fue asequible y doméstico el negro. Y nació así una subordinación cuya primera razón está en el origen mismo de la importación de esclavos y de la que solo redimirá al negro y al mulato la evolución social y económica que, convirtiéndolo en obrero, cancela y extirpa poco a poco la herencia espiritual del siervo. El mulato, colonial aún en sus gustos, inconscientemente está por el hispanismo, contra el autoctonismo. Se siente espontáneamente más próximo de España que del Inkario. Solo el socialismo, despertando en él conciencia clasista, es capaz de conducirlo a la ruptura definitiva con los últimos rezagos de espíritu colonial.

El desarrollo de la corriente indigenista no amenaza ni paraliza el de otros elementos vitales de nuestra literatura. El "indigenismo" no aspira indudablemente a acaparar la escena literaria. No excluye ni estorba otros impulsos ni otras manifestaciones. Pero representa el color y la tendencia más característicos de una época, por su afinidad y coherencia con la orientación espiritual de las nuevas generaciones, condicionada, a su vez, por imperiosas necesidades de nuestro desarrollo económico y social.

Y la mayor injusticia en que podría incurrir un crítico, sería cualquier apresurada condena de la literatura indigenista por su falta de autoctonismo integral o la presencia, más o menos acusada en sus obras, de elementos de artificio en la interpretación y en la expresión. La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia voz, su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se le llama indigenismo y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla.

No se puede equiparar, en fin, la actual corriente indigenista a la vieja corriente colonialista. El colonialismo, reflejo del sufrimiento de la casta feudal, se entretenía en la idealización nostálgica del pasado. El indigenismo en cambio tiene raíces vivas en el presente. Extrae su inspiración de la protesta de tres millones de hombres. El Virreinato era; el indio es. Y mientras la liquidación de los residuos de feudalidad colonial se impone como una condición elemental de pro-

greso, la reivindicación del indio y por ende de su historia y de su tradición, nos viene insertada en el programa de las c^ulⁱares circunstancias.

Mundial, Lima, 4 de febrero de 1927. Nº 347.

*una
Revolución.
(+ Encargos)*

NOSOTROS, LOS INDIOS...

JOSE ANGEL ESCALANTE *

Nosotros, los indios, estamos sorprendidos del interés que demuestran los señores de la costa, los blancos y los mistes que hasta ayer nos menospreciaban, por nuestra regeneración y nuestro porvenir. Y si no tuviéramos ahora conciencia de nuestra fuerza y convencimiento profundo de que han cambiado los tiempos y ha sonado nuestra hora, temeríamos fundadamente que, tras ese interés sospechoso e inesperado, se oculta una nueva acechanza.

Está de moda el "indianismo". A tanto llega nuestra desgracia, que somos causa y objeto de un "ismo" más.

Literatos y periodistas hacen del tema indígena plataforma novedosa para atribuirse nobles apostolados y adoptar solemnes actitudes de redentores clarividentes.

Mientras nosotros atisbamos, en la serranía nativa, sonriendo beatíficamente, la oportunidad de rehabilitarnos ante la Historia y asumir la responsabilidad de nuestros destinos, está de moda hablar del indio y compadecerlo, con insultante piedad, sin tomarse el trabajo de conocernos, ni menos estudiarnos en nuestro propio medio y a través de nuestras pe^l avanzadas del porvenir.

Es una literatura especial y pintoresca esta literatura indigenista del escritor costeño. Es una literatura de frases

* José Angel Escalante (Acomayo, 1883-Lima, 1965). Diputado por su provincia natal y propietario de *El Comercio* del Cuzco. Había sido director-propietario del diario *El Sol*, también del Cuzco, y desempeñaba un papel destacado en la masonería peruana. Más tarde fue Ministro de Justicia, Instrucción y Culto y nuevamente diputado al Congreso. Colaboraba en los diarios de su propiedad y en *La Prensa*, de Lima.

hechas y lugares comunes que solo tienen cotizaci3n en el mercado de Lima, porque en la Sierra apenas provoca sonrisas despectivas o comentarios humorísticos.

“La esclavitud de la raza”, “la secular servidumbre de los descendientes de Manco”, “la explotaci3n despiadada de los gamonales”, “la crueldad del sanguinario latifundista”, “el martirio inenarrable del aborigen”, etc, etc. son frases de clisé, con las cuales se adoba una literatura jeremiaca que desvía la cuesti3n indígena de su cauce verdadero y perturba la visi3n, en el detalle y en el conjunto, del gran problema.

El desconocimiento del indio y de todas las cuestiones que le atañen es casi absoluto en la costa, por culpa de quienes han convertido los problemas de la raza en tema socorrido de la literatura barata y en arma siempre manejable de las oposiciones políticas.

No alcanzo a comprender qué se proponen estos teóricos redentores del indio. No creo que su ingenuidad llegue al extremo de imaginarse que sus actitudes declamatorias y sus alaridos lacrimosos van a solucionar complejos problemas que no conocen ni est3n capacitados para conocer.

Los supongo, por lo general, sinceros y bien intencionados; pero son audaces e irritantes por su intromisi3n en cuestiones que no sospechan y sus aires de suficiencia.

Del conquistador europeo, ávido de riquezas, que nos esclavizó y nos explotó durante el coloniaje, y del mestizo que usufructuó en nuestro daño, hasta hace poco, los trastornos de la república, tenemos los indios demasiados ultrajes recibidos *para tolerarles este último* de creerse llamados a redimirnos y regenerarnos. Es decir, que mientras hubimos de soportar, en la pasividad torturante de la impotencia, sus desmanes y sus explicaciones, industrializaron nuestra sangre, nuestro esfuerzo y nuestro dolor; y ahora que, al influjo de nuevas ideas y al conjuro de otros hombres de gobierno, requerimos nuestras energías todas para reivindicar nuestro *rango* en la vida nacional, los mismos que ayer nos explotaron y nos vejaron, pretenden convertirse en los empresarios de nuestra rehabilitaci3n... (ya no hay conquistados). Y no hay derecho para que quienes ayer nos apartaron de la civilizaci3n, convirtiéndonos en bestias de carga y sumiéndonos en los abismos sin

fondo de la ignorancia y la servidumbre, pretendan ahora erigirse en nuestros regeneradores. Parece que quisieran conquistarnos nuevamente: o mejor, reconquistarnos, para que sigamos uncidos al carro de su predominio.

“El indio está embrutecido por el alcohol”. “El indio vive idiotizado por la coca”. “La degeneración de la raza es irremediable”. “La secular servidumbre del indio que principió en la avasalladora teocracia del Inca y no termina con la mentida democracia republicana, lo ha incapacitado para la libertad y para la civilización”. “El indio es ladrón, rencoroso, falso y vengativo”. “El indio ama más a su ganado que a su mujer y a sus hijos”. “El indio es supersticioso y hechicero”. “El indio es traidor y cobarde”.

Estas y peores cosas se dicen del indio en la costa, y nadie lo pone en duda: son axiomas que nadie discute y todos aceptan.

Y ello es falso, falso de ignominiosa falsedad. Lo proclamo a grito herido.

El indio no es alcohólico. Bebe menos que el blanco y el miste. En las cantinas de la capital se bebe, en una mañana de invierno, entre once y una del día, más alcohol que en una festividad de pueblo serrano o en una “*thinca*” de ganado, en las estancias de la puna, donde se reúnen cientos de indígenas. ¿Quién será capaz de sostener lo contrario?

El blanco y el miste beben todos los días, por hábito, por necesidad orgánica o por exigencia social; el indio solo bebe de tarde en tarde; los domingos, cuando descansa de las faenas rurales; en las festividades religiosas, provocadas por la sordidez del cura y las asociaciones pías; en las faenas agrícolas que se festejan tradicionalmente desde los tiempos incaicos; al partir a un largo viaje, en las efusiones del “*cacharpari*”, que son como los banquetes de despedida que estimulan los hombres civilizados, o a la vuelta de sus largas peregrinaciones, celebrando el regreso al humilde hogar. En cambio, no hay tradición de que el indio haya sufrido trastornos orgánicos por falta de alcohol, como suele ocurrir con el blanco, ni que haya sido preciso administrarle bebidas espirituosas como régimen curativo.

Días, semanas, meses, años está el indio sin beber, y no se sabe que haya enfermado por eso. Bebe, le gusta beber, por contagio, por imitación, por costumbre, por tendencia humana a los excitantes y los tóxicos, pero no por necesidad incontestable. No es, pues, un vicioso del alcohol ni un dipsómano. Prueba de ello es que la raza no exhibe estigmas degenerativos de origen alcohólico. Claro, quienes llegan a una aldea serrana en día de fiesta se alarman de ver decenas de indios “durmiendo la mona”, tirados por las calles; pero esto solo prueba que el indio no tiene alojamiento en el pueblo, o no conoce amables posadas donde reposar la borrachera en dulce compañía.

¿Osará alguien sostener que el indio borracho es más borracho que el inglés, el ruso, el alemán o el americano borracho? A igualdad de culturas, el indígena es el más sobrio y el más abstinente de los pobladores del mundo. Testigos de mayor excepción son los jefes y oficiales del ejército que pueden informarnos sobre si los días de salida franca de las tropas, son los conscriptos mistes o los reclutas indios los que vuelven ebrios al cuartel, o los que faltan a las listas, conscientes del castigo que les espera.

Pero “los indigenistas de la costa han resuelto” —magister dixit— que los indios somos alcohólicos, y no hay remedio.

“Que la coca los idiotiza”... puede ser, pero entre miles de indios apenas se encuentran dos o tres imbéciles y todos, o casi todos “picchan” (no “chacchan”) coca. Además, no está averiguado que el uso de la coca hace daño. ¿Cuántas arrobas de coca serán necesarias para que, simplemente masticadas, ni siquiera tragadas, se resuelvan en un gramo de cocaína?

¿La masticación de la coca es suficiente para convertirla en cocaína? En cambio ¡qué dentífrico maravilloso, qué vigorizante de milagro es la coca! No hay noticia de que ningún indio haya sufrido de dispepsia, haya perdido la dentadura o enfermado de ella, antes de los cien años.

“El indio es rencoroso y vengativo”. Felizmente, porque, a no serlo, carecería de una de las más recias características de su personalidad. El rencor es el homenaje de la memoria o la dignidad ofendida, y la venganza es la justicia que se

cumple, a base de energía y de amor propio, quien recibió daños o ultrajes inmerecidos. Para olvidar y perdonar se precisa una imbecilidad irremediable que haya insensibilizado el alma, pero no le pidáis olvido y perdón a quien viene sufriendo, durante cuatro siglos, todas las humillaciones y todos los agravios.

“El indio es ladrón”...

Sí, roba; pero le roba al miste, nunca o casi nunca a su prójimo, es decir a otro indio; le roba por necesidad, por venganza, por hacerle daño, por restituirse o repararse de pillerías consuetudinarias y sistemadas. Además... “quien roba a un ladrón...” Por otra parte, ignoro qué pueblo, qué raza puede “estar sin mancha para tirar la primera piedra”. Dentro del concepto de la Moral pura todas las actividades industriales y comerciales de la vida moderna, todas las tendencias económicas del siglo que nos arrastran, en un loco vértigo de pasiones y apetitos, a improvisar una fortuna y acometer empresas dudosas en pos de ella, infringen incuestionable y cínicamente la honesta prohibición del sétimo mandamiento de la Ley de Dios.

“La degeneración de la raza”. Habrá que examinar si en el indio se acusan estigmas degenerativos. Habrá que ver si ha perdido sus modalidades espirituales o sus condiciones físicas. Como en todos los pueblos y en todas las razas, entre los indios se observa ciertos casos aislados, remotos, de una dispersión reveladora de desmejoramiento, debidos más bien a taras hereditarias o agentes externos, pero que de ninguna manera autorizan a generalizaciones absurdas.

Pues bien; el indio conserva todas, absolutamente todas, sus características raciales. Continúa siendo buen agricultor, como en los tiempos gloriosos de Huayna Ccapacc, colonizador magnífico, admirable guerrero, trabajador infatigable, artista delicado y sentimental, bracero sobrio y fuerte, andinista veloz y resistente, hombre astuto, inteligente, sereno, prolífico, sano, discreto, lleno de fervor panteísta y animoso y alegre para afrontar la vida.

¿De dónde han sacado los corifeos del indianismo costeño ese tipo grotesco y falso del indio gemebundo y humilde, servil y melancólico, que se arrastra, lleno de taras morales y de incapacidades físicas, bajo el látigo oprobioso del gamonal?

La longevidad del indio es proverbial. Joven, muere sólo por accidente o víctima de epidemias. Su sobriedad no tiene rival en el mundo. Puede trabajar, sin alimentarse, durante muchos días, sin otra ayuda que unas cuantas hojas de coca. Su resistencia como andinista (¿por qué vamos a decir "alpinista" como si estuviéramos en Europa?) es maravillosa. Asciende a las más altas cumbres, sin sentir la menor fatiga. No conoce el cansancio ni el soroche. Su rusticidad es una coraza que le defiende de todas las inclemencias. Apenas tiene cama. Duerme a la intemperie, bajo el dombo estrellado de los cielos, soportando los tremendos hielos invernales, sin sentir frío ni dolor. Su mentalidad algo pesada cuando, de pronto, se le obliga a asimilar conocimientos o a comprender razones complicadas, se despierta y se agiliza con los primeros escarceos gimnásticos del intelecto. Es prolífico y rijoso. Todos sus órganos son robustos y reaccionan rápidamente a las dolencias y a las enfermedades. Es insensible al halago y altivo y mudo ante el martirio. El indio calla, con una majestad imponente, cuando quiere callar, sin que le arranquen una confesión o un grito de dolor ni las torturas más horripilantes ni la muerte misma. Tiene un humorismo exquisito y depurado. Posee la visión caricaturesca de las cosas, los hechos y los hombres. Sus comentarios son sintéticos y precisos, netos, tajantes, definitivos...

¿Dónde están, pues, los signos de su degeneración?

No hay tal degeneración. El hermetismo del indio, su repugnancia a todo contacto espiritual con el blanco; su silencio despectivo, su socarronería habitual que le permite pasar, a los ojos del enemigo, según le conviene, como víctima o como idiota; su reconcentración y su desconfianza —¡tantas se las han hecho a lo largo de los siglos!— han sido erróneamente interpretadas por observadores superficiales y ahítos de prejuicios.

Pero el indio está entero. Se ha conservado puro, en la integridad de sus máximas cualidades étnicas. No ha faltado —¡oh imperdonable herejía!— quien aconseje desviar las corrientes inmigratorias hacia la Sierra para procurar cruzamientos con el aborigen. Tal política constituiría el más grande crimen de leso-peruanismo. ¡Cómo! Si la raza indígena es la raza más grande, más fuerte, más sana, más llena de vir-

tualidades morales y de potencias físicas que hay en el mundo. Si el porvenir del Perú, si la salvación de la Patria, si el predominio de América están precisamente vinculados al papel histórico que va a jugar esa raza en los destinos de la humanidad, conservándose pura e incontaminada. Si este país es el país predilecto de la Providencia porque, además de las fabulosas riquezas naturales, cuya metódica explotación podría mantener con holgura, durante muchos años, a la humanidad entera, tiene todavía al indio, al hombre de piedra, que descansa, somnoliento y tranquilo, al abrigo de sus ciclópeas fortalezas y de sus miríficos palacios, esperando la hora de intervenir, con función directiva incontrastable, en los destinos de la Patria, para redimirla de todas sus humillaciones, para purificarla de todas sus máculas y para imponerla ante todos los pueblos del Continente, como se impusieron las águilas del Tahuantinsuyo en los tiempos legendarios del Imperio.

¡Se habla tantas herejías del indio!

Se habla de unidad nacional, y se afirma que ella se alcanzará cuando el indígena sea absorbido por los demás componentes étnicos del pueblo peruano. Esto se llama entender las cosas al revés y atribuir ausencia de lógica a los fenómenos sociales. Si en cuatrocientos años transcurridos desde la Conquista, y pese a los sombríos y espeluznantes métodos puestos en juego, con una obsesión dantesca del terror y del suplicio para sojuzgarlo y exterminarlo, el indio permanece invulnerable, y se mantiene en la estupenda integridad de todas sus cualidades étnicas, ¿cómo puede sostenerse el absurdo de un próximo aniquilamiento de la raza madre?

La unidad nacional tiene que venir, claro está, pero ha de venir por un fenómeno inverso.

Es en el amplio, fecundo y acogedor seno de la Gran Raza donde han de ir a refundirse y purificarse todos los hibridismos y todos los mestizajes que han maculado la contextura racial del Perú. Es el indio quien va a absorber al mestizo, al cuarterón, al chino-cholo, al mulato, a todas las variedades de injertos que en la Costa se han dado, excluyendo después, por acto de fuerza o por selección natural, a las demás razas claudicantes y degeneradas que encontraron ambiente hospitalario tan sólo en la Costa, nunca en la serranía hermética e impropicia a toda bastardía y a toda contaminación.

“Que el indio no es apto para la civilización ni para la libertad”...

¿Y la civilización incaica?

¿Y los indios civilizados que en la era republicana han llegado a las más altas cumbres de la vida pública y de la figuración social?

¿Será necesario citar nombres?

¿Habrá razas en el mundo orgánicamente incapaces de la libertad?

¿La libertad acaso no es, en suma, más que una forma, la más hermosa y la más humana, de la civilización y la cultura?

* * *

“Falso, traidor, cobarde”... A cualquier pueblo se le puede decir lo mismo; pero me parece absurdo atribuir a toda una raza fallas morales o defectos que, aun considerados individualmente, son circunstanciales, y constituyen materia de apreciaciones diferentes, según el plano desde el cual se les contemple.

* * *

“El indio es supersticioso y hechicero”. Toda alma poética y sentimental es supersticiosa. La superstición es únicamente la sed de misterio que agita a los espíritus sencillos y soñadores.

La hechicería es el culto de lo trágico desconocido que practican, en todos los pueblos y todas las razas, las almas empavorecidas e ignaras.

No sé yo de latitud terrestre ni de raza humana en que no florezca la adormidera de la superstición y el cardo de brujo.

* * *

“El indio ama más su ganado que a su mujer y a sus hijos”.

No los ama más; los ama lo mismo. Es que sus vacas y sus ovejas constituyen también su familia, tanto como su gato, su perro y su cuye. Y las mujeres y los hijos del indio aman también su ganado.

Es que no crían animales con fines lucrativos, ni los engordan para enviarlos al matadero. Es que también reciben amor y comprensión, dulce y cariñosa comprensión, del ganado de sus rebaños. Y por eso los festejan, en un día fijo del año. En carnavales a las vacas, en San Juan a las ovejas, por San Roque a los perros, hacia fines de julio a las llamas. . .

¡Oh, fiestas sencillas y sugerentes, fiestas de una calí-da paganía, cuando al rayar la aurora, al son monocorde y evocador de la “tinya”, con los sombreros adornados de flores, de las flores nuevas de la estación, el “huaccanqui”, violeta silvestre, la “phalicha”, alhelí del campo y el “phata-mutti”, campánula cordillerina, nos dirigíamos a la lejana estancia a “tincar” el manso y coposo rebaño de las extremas añeras y los borregos “calentados”!

Junto al cerco de piedras y “huaraccos”, cerca de la “chucc-lla”, humeante y adornada de las estalactitas del carámbano invernal, qué picante fetar del establo, qué vaho campesino y terruñero de la boñiga fresca nos zahumaba, mientras las cholas, caderudas y robustas, cogían a los corderillos de la última parición para adornarlos con flores y pasarles aretes de hilos verdes y azules por las peladas orejas.

Y después de comer queso fresco, recién aprensado, y “hyatta” de papas nuevas, y beber chicha de maíz en sendos “qqueros” y “chuas” simbólicas, la “ccashua”, al compás de la “tinya” y de las cristalinas voces de las cholas solteras. En seguida, la “cunya”, es decir el zahumerio de untos frescos, yerbas medicinales, coca y “llypta”, a todo el rebaño, para que le preserve de la enfermedad y del dolor, y luego el “qquintu”, la ofrenda de hojas trenzadas de coca, en el puquial cercano, para tener propicios a los “Auquis” y a los “Machus”, los antepasados muertos. .

Así son las fiestas del ganado. De esto se ríen “los caballeros” y luego dicen que los indios aman más que a su familia a sus vacas y sus ovejas. . .

Es que no quieren comprendernos, tal vez porque carecen de sentido cordial para percibir ciertas manifestaciones del amor y la ternura, tal vez porque están habituados a menospreciarnos y a encontrar malo y ridículo todo lo que hacemos.

ver artículos
de 7 Buzos

Se habla aquí de "Cuestión Indígena" y "Problema Indígena", como si se tratara de una sola cuestión o de un problema único. Queremos creer que no ignoran los "indigenistas" costenos que existen muchas "cuestiones" y varios y arduos "problemas" en torno a la raza.

Aparte de la diversidad de aspectos que precisa estudiar, en estos asuntos atañedores a la raza, para abarcarlos en toda su extensión conviene tener siempre presente que el problema indígena del indio cuzqueño no es el mismo problema indígena del indio de Cajamarca, ni éste es igual al de Ancash, ni el de Ayacucho al de Puno. Tampoco la cuestión agraria es la misma en la Costa, en la Sierra y en la Montaña; así como son distintas y variadas hasta lo infinito las formas de la servidumbre del aborígen y los métodos empleados para su explotación y sojuzgamiento, en las diferentes secciones territoriales de la República.

* * *

Esclavista
anticomunista

Si mi olfato no me engaña, creo yo que en este "amoroso interés" que les ha nacido a ciertos círculos de intelectuales y periodistas costenos por redimir a la "raza madre" de su "cruel servidumbre" e "integrarla a la civilización y la cultura", palpita una tendencia revolucionaria que quiere aprovecharse de la gran masa indígena, de su exasperación y de su fuerza, para el entronizamiento de ideales bolcheviques y formas de gobierno soviéticas y comunistas en el Perú.

¿He acertado?

Bueno, pues; si es así convengamos en que no hay tal "amoroso interés" de proselitismo, inspirado en convicciones e ideas acerca del porvenir de la Humanidad, seguramente respetable, pero que todos cuantos comulgamos todavía en el altar de la Patria y colocamos la nacionalidad y el nacionalismo por encima de todo, tenemos que rechazar y combatir.

Pero, en esta misma tendencia, en esta ilusoria expectativa de usufructar los rencores del Indio para destruir viejos moldes y fundar en el país un régimen maximalista, se está revelando el profundo desconocimiento que los "indigenistas de vanguardia" tienen de la sicología del indio.

En el indio, por reacción lógica a los muchos siglos de ré-

gimen comunista que tuvo que soportar en el Imperio; por hambre y sed de recuperar lo suyo, después de cuatrocientos años en los que fue sistemáticamente desposeído por los blancos del coloniaje y los mistes de la república, el sentimiento más hondamente arraigado en su alma, es el sentimiento de la propiedad.

Todas sus energías, todos sus desvelos, todos sus ensueños tienden a la propiedad. Ser propietario, poseer real, efectiva y tranquilamente, cualquier cosa, cuatro palmos de tierra o una yunta de bueyes, sin temores y sin recelos, es su ideal, su sueño, su ambición. De aquí, de este profundo y arraigado sentido del derecho de propiedad, se han derivado sus luchas seculares con el absorbente e insaciable latifundista miste, y el heroísmo con que defiende los linderos del "Ayllu" y las tierras de la "Comunidad".

¿Cuántos siglos de propaganda y de ardua labor educativa necesitarán nuestros maximalistas criollos para modificar esta sicología del indio y convertirlo en soldado sanguinario y fervoroso del ideal comunista? Aparte de que es muy difícil convencer con razones puramente literarias y desde el templado confort de una sala de redacción, a millares de individuos que... no saben leer y que viven en remotísimos lugares, bajo la inclemencia inenarrable y grandiosa de las tempestades andinas, soñando en ser libres y poseer algo.

* * *

Otro fenómeno del que parece no se han dado cuenta los indigenistas limeños, es éste que nos permite ahora hablar y escribir libremente sobre el indio. Tampoco confiesan que la situación del indio ha cambiado notablemente, desde el punto de vista de las garantías individuales y sociales a que tiene derecho como peruano, desde hace pocos años.

Por lo mismo, debo declarar que antes, apenas hará diez años, no tenía ambiente la cuestión indígena en Lima. Los esfuerzos de Capelo y de Zulén en favor de la raza tropezaban con la indiferencia despectiva de los prohombres de Lima, gamonales ellos mismos, o parientes de gamonales, o vinculados políticamente a gamonales, o encumbrados a las alturas de la figuración por el esfuerzo, el voto o el dinero de los gamonales.

El advenimiento de Leguía al poder, en 1919, marca una época en la historia del indio peruano. Podrán hacer todos los gestos que quieran los señores del viejo régimen y nuestros jóvenes maximalistas, pero esta es la gran verdad.

Y veamos cómo.

Antes de Leguía, del Leguía del 19¹, en todo conflicto entre blancos e indígenas, la cuestión estaba de antemano resuelta contra el indio. Perduraba la ideología colonial, el prejuicio de raza, el convencimiento feudalista de que el blanco es el señor, el amo, y el indio el vasallo, el esclavo. Así, pues, ministros, prefectos, cortes de justicia, jueces, gobernadores, sub-prefectos, obispos, curas, recaudadores de contribuciones, gendarmes, ejército (el recluta indio era el fámulo para los cuarteles), abogados, médicos, parteras, barchilones, maestros de escuela, telegrafistas, todos los que visten de casimir o percalina, usan corbata, saben firmar y se creen "decentes", hacían causa común contra el indio, en un tácito y tradicional pacto para oprimir y para exprimir al pueblo conquistado. Además, en toda la costa, en Lima sobre todo, el desprecio, el asco, la repugnancia, la risa compasiva y humillante para todo lo indio, para el indio mismo, para el cholo, para el serrano...

Cualquier injerto de callejón, con el pelo ensortijado, la nariz chata y las piernas torcidas, se creía superior, por derecho divino, al "indígena" y al "cholo".

Eso ha terminado con Leguía.

Hoy, en cualquier rincón de la República, las autoridades se ponen de lado del indio. En los conflictos entre los comuneros regnícolas y los terratenientes mistes, no sólo la autoridad política sino también la judicial, amparan al indio y le conceden algo así como una "beligerancia jurídica" de que antes carecía, y le acuerdan garantías efectivas.

Los funcionarios departamentales y provinciales de la administración pública, saben que el gobierno trata de redimir y defender al indio, y, poniéndose a tono con esa tendencia manifiesta del régimen, protegen y favorecen sistemáticamente al indígena. No importa que se extralimiten y se pasen a

1 Escalante pertenecía al parlamento de Leguía. Este asumió la Presidencia, por segunda vez, el 4 de julio de 1919, como un populista. Se convirtió en dictador desde 1923; se hizo reelegir en 1924 y en 1929. Cayó en Agosto de 1930.

la otra alforja, ya que es consustantivo a toda reacción al extremismo inverso.

Además de esto, con Leguía los dineros fiscales, que antes apenas alcanzaban para los derroches y las malversaciones de la capital, ahora llegan a los más apartados villorios del territorio patrio en forma de carreteras, acueductos, edificios escolares, etc., etc., lo cual, como es lógico suponer, contribuye enormemente a mejorar la suerte del indígena.

Los gamonales provincianos, los caciquillos de aldea no salen de su asombro e invocan a sus viejos protectores de la costa para acabar con este régimen odioso que ataca las costumbres y la tradición y vulnera sacrílegamente los sagrados derechos de los "señores". Ya sabemos qué costumbres, tradiciones y derechos reclaman... La costumbre de vejar y humillar al indio; la tradición de explotarlo, usufructuando su martirio y su esclavitud; el "derecho" a sus privilegios y preeminencias de "amo" y "señor".

Aquí en Lima mismo, ¡cómo han cambiado las cosas! Cuando el alma pía y luminosa de Zulén emprendió la primera cruzada en favor del aborigen, ¡qué de resistencias, de odios y de dificultades no se echó encima! Fue excluido, pospuesto y rechazado como un pestoso.

Hoy no. Nuestra voz se alza altiva y confiada, porque estamos amparados por una ideología gubernamental distinta, por una concepción nueva de los problemas nacionales.

Es con Leguía que ha sobrevenido esta nueva era y se ha abierto una época en la historia del indio. Conste que yo no me impresiono ni con el Patronato Indígena, que es una carabina de Ambrosio más de nuestra complicación administrativa, ni con la Sección Pro-Indígena del Ministerio de Fomento, que es, hasta ahora al menos, una fábrica de decretos, expedientes y papeleos.

Nada de eso. Lo que siento es que Leguía instruye, ve, percibe, comprende y abarca el problema indígena con criterio, no de señor y blanco, sino de serrano y regnícola; con sentido nacionalista y de posibilidades reales, lejos de literaturas simplonas y de sugerencias interesadas.

Además, me consta que Leguía va a enfrentar la solución del problema; en cuanto terminen nuestros conflictos interna-

cionales de la hora, inspirándose en su propio sentido y en el conocimiento que de él tienen los indios que le rodean. Porque este régimen es un régimen en el que actúan muchos indios que conocen de primera mano los problemas de la raza, que los han vivido en toda su crudeza, que los han palpado materialmente, y que están capacitados para solucionarlos en el terreno práctico de los hechos. Para eso están junto a Leguía, Mariano H. Cornejo, Alejandrino Maguiña, Benjamín Huamán de los Heros, Pío Max Medina, José Frisancho, Glicerio Fernández, Luis Ernesto Denegri, Celestino Manchego Muñoz, Manuel S. Frisancho, Guillermo Luna Carlund, Gerardo Alvarez, Mariano N. García, Julio C. Tello, Luis Felipe Aguilar, José Rafael Pareja, Manuel Jesús Urbina, Enrique Torres Belón y otros muchos que sin entonar loas ni decir conferencias manidas, ni menos perpetrar literaturas dulzonas, tenemos un derecho indiscutible a resolver nuestros propios asuntos y estamos en el poder bajo la dirección de un gobernante que los comprende y los siente con anhelo patriótico y humano.

¿Cómo, por qué métodos, con qué recursos vamos a emprender la gran reforma? Todo eso lo tiene pensado el leguismo: pero de ello me ocuparé en otra oportunidad.

Mientras tanto, quede constancia de que los indios nos hemos dado cuenta cabal de las tendencias de nuestros espontáneos y voluntarios redentores (!) y que por lo demás, les negamos el derecho de intervenir en la solución de nuestros conflictos, tanto porque no aciertan ni pueden acertar, puesto que no los conocen, cuanto porque nosotros, los indios, nos bastamos y nos sobramos, dentro de la actual ideología gubernamental, para buscar remedio a nuestros males.

La Prensa, 3 de febrero de 1927.

LA NUEVA CRUZADA PRO INDIGENA

enero 1927

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Acaba de nacer en el Cuzco una asociación de trabajadores intelectuales y manuales —profesores, escritores, artistas, profesionales, obreros, campesinos— que se propone realizar

una gran cruzada por el indio. Se llama Grupo Resurgimiento. Figuran en el elenco de sus fundadores los hombres representativos del indigenismo cuzqueño: Luis E. Valcárcel, J. Uriel García, Luis F. Paredes, Casimiro Rado, Roberto La Torre, etc. Y en las primeras sesiones del grupo han quedado incorporados otros fundadores del renacimiento indígena: Francisco Choquehuanca Ayulo, Dora Mayer de Zulén, Manuel Quiroga, Julio C. Tello, Rebeca Carrión, Francisco Mostajo y nuestro gran pintor José Sabogal. Faltan aún varios más, entre otros César Vallejo, Antenor Orrego, Enrique López Albújar, Víctor R. Haya de la Torre, Julián Palacios, Gamaliel Churata, Alejandro Peralta, Jorge Basadre, J. Eulogio Garrido. Pero lo que ha quedado formado es sólo el núcleo inicial que, poco a poco, reforzará sus rangos con las demás personas que, en el actual periodo histórico, representan la causa del indio en sus diversos aspectos. Yo me siento particularmente honrado por mi incorporación.

El Grupo Resurgimiento no aparece intempestivamente. Su constitución tiene su origen inmediato en la protesta provocada en el Cuzco por recientes denuncias de desmanes y crueldades del gamonalismo. Pero esta es únicamente la causa epistódica accidental. El proceso de gestación del grupo viene de más lejos. Se confunde con el del movimiento espiritual e ideológico suscitado por los que, partiendo de afines principios o comunes sentimientos, piensan, como ya una vez he dicho, que "el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no represente el bienestar de la masa peruana, que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina".

Este movimiento anuncia y prepara una profunda transformación nacional. Quienes lo consideren una artificial corriente literaria que se agotará en una declamación pasajera, no perciben lo hondo de sus raíces ni lo universal de su savia. La literatura y la ideología, el arte y el pensamiento nuevos, tienen en el Perú, dentro de la natural y conveniente variedad de temperamentos y personalidades, el mismo íntimo acento sentimental.

Se cumple un complejo fenómeno espiritual, que expresan distinta pero coherentemente la pintura de Sabogal y la poesía de Vallejo, la interpretación histórica de Valcárcel y la espe-

culación filosófica de Orrego, en todos los cuales se advierte un espíritu purgado del colonialismo intelectual y estético. Por los cuadros de Sabogal y Camilo Blas y los poemas de Vallejo y Peralta, circula la misma sangre. En los apóstrofes de Valcárcel, de Haya de la Torre y de Gamaliel Churata se encuentra idéntico sentimiento. Los identifica hasta cierta entonación mesiánica.

Y el fenómeno nacional no se diferencia ni se desconecta, en su espíritu, del fenómeno mundial. Por el contrario, de él recibe su fermento y su impulso. La levadura de las nuevas reivindicaciones indigenistas es la idea socialista, no como la hemos heredado instintivamente del extinto inkario sino como la hemos aprendido de la civilización occidental, en cuya ciencia y en cuya técnica sólo romanticismos utopistas pueden dejar de ver adquisiciones irrenunciables y magníficas del hombre moderno.

De la presencia de un espíritu renovador, palingenésico, que se nutre a la vez de sentimiento autóctono y de pensamiento universal, tenemos presente muchas señales. Más o menos simultáneamente, han aparecido las revistas *Amauta* y *La Sierra* en Lima, *La Puna* en Ayaviri, *Pacha* en Arequipa (todas no traen el mismo verbo, pero quieren expresar la misma verdad); nos ha dado Alejandro Peralta su libro *Ande* que lo señala como el poeta occidental moderno de los Andes "orientales" primitivos; y se ha fundado en el Cuzco el Grupo Resurgimiento que motiva este comentario.

Hace tres semanas —justamente cuando se constituía este grupo— escribía yo en *Mundial* que, terminado y liquidado el experimento de la Asociación Pro-Indígena, cuyo balance ha hecho con tanta lealtad su generosa animadora Dora Mayer de Zulén, las reivindicaciones de la raza habrán entrado en una nueva fase y habrán adquirido más amplio alcance, de modo que el antiguo método "pro-indígena", de fondo humanitario y filantrópico no era ya, absolutamente, válido.

Conforme a esta convicción, me parece evidente que el Grupo Resurgimiento, que llega a su debido tiempo, inicia una nueva experiencia, propia de la nueva situación histórica. Hasta en el hecho de que la voz reivindicatriz parta esta vez del Cuzco creo ver un símbolo. La sede lógica de la Asociación

Pro-Indígena era Lima. La sede natural del Grupo Resurgimiento es el Cuzco.

Este Grupo, con muy buen acuerdo, en su estatuto, que por lo demás hay que considerar solo como un boceto o un esquema, incompleto todavía, no nos presenta un cuerpo de proposiciones definitivas sobre el problema indígena. Se limita a declarar su solidaridad espiritual y práctica con el indio. Y declara que "mientras se concrete y defina la ideología del nuevo indio, que debe operar su transformación espiritual, enunciándolo y resolviendo el problema del resurgimiento indígena", se ocupará en la realización de fines inmediatos de defensa, educación y confraternidad.

Amauta, Lima, enero de 1927, N° 5.

ESTATUTOS DEL GRUPO RESURGIMIENTO

Cruzada por el Indio

1.—Amparárá material y moralmente a los indígenas a quienes considera como hermanos menores en desgracia.

2.—Al promover un hondo sentimiento de fraternidad y de amistosa consideración con el indio, el grupo se inspira en principios de ABNEGACIÓN, VERACIDAD, HONRADEZ Y SOLIDARIDAD.

3.—Con abnegación se lanza en esta campaña que despertará la resistencia y el encono de los intereses creados. No importa el sacrificio en tan noble causa.

4.—Es con absoluta veracidad que el Grupo hablará al indio y por él predicará a las conciencias inertes.

5.—Con honradez y veracidad lo defenderá dentro y fuera del campo jurídico, para llevar al convencimiento público la pureza de intenciones del Grupo.

6.—Entenderá como el fundamento esencial de la nueva Era Nacional y Humana la estrecha solidaridad con el indio.

7.—Hará, por tanto, extensivo a él todos los privilegios y garantías de la vida en el seno de una sociedad culta.

8.—Mientras se define y se concreta la ideología del Nuevo Indio que debe operar su transformación espiritual, enunciándolo y resolviendo el problema del Resurgimiento Indígena, el Grupo tenderá por los medios más eficaces a la realización de los siguientes fines inmediatos:

a.—Organizar activa y gratuita defensa del indio ante los Tribunales y Administración Pública.

b.—Extender al indio los beneficios de la Asistencia Social, sistemando su hospitalización y auxilios médicos.

c.—Fundar en el Cuzco la Casa del Indio en la que reciba educación, alojamiento y comida.

d.—Hacerle partícipe de las fiestas y espectáculos públicos, facilitando su acceso a los teatros y salas generales.

e.—Defenderlo de los diarios abusos y vejámenes que con él se cometen en la ciudad por los propios custodios del orden.

f.—Implantar un régimen de igualdad en el trato entre mistis e indios.

g.—Celebrar conferencias y conversaciones en Quechua y Castellano con indios y mestizos.

h.—Ofrecer audiciones periódicas de música y cantos vernáculos, mezclando instrumentistas indios y mestizos.

i.—Tender al renacimiento de las artes populares, organizando certámenes y competencias.

j.—Incorporar al indio a las actividades deportivas.

k.—Impulsar una gran cruzada contra el alcoholismo.

l.—Sistematizar una campaña eficaz para desterrar los hábitos antihigiénicos.

m.—Movilizar maestros misioneros que desanalfabetizen al mayor número de indios.

n.—Publicar un periódico que sirva de órgano al Grupo, el cual tendrá dos ediciones distintas: una, que sirva de propaganda general para formar la conciencia nueva; otra, que se dedique a los indios ya alfabetizados y sea un monitor de la cultura que queremos crear.

ñ.—Vincularse dentro y fuera del país con los grupos similares anti-esclavistas e igualitarios, a fin de que los votos del Grupo adquieran resonancia continental y humana.

o.—Declarar el Día del Indio.

p.—Patrocinar el establecimiento de un internado indígena para niños.

q.—Favorecer la fundación de escuelas rurales.

r.—Propugnar la creación de una Escuela Normal de Preceptores Indígenas.

Cusco, diciembre 15 de 1926

Casimiro Rado
Secretario General.

Amauta, Lima, enero de 1927, N° 5.

LITERATURA INDIGENISTA

JOSE ANGEL ESCALANTE

El señor José Carlos Mariátegui cree que el Grupo Resurgimiento del Cuzco, con su primer manifiesto, ha dado una respuesta, es decir, según debemos entenderlo, una refutación un desmentido contundente a mi artículo "*Nosotros, los indios...*"

He releído, con este motivo, el citado manifiesto, y lo cierto es que no percibo con claridad la intención, seguramente muy interlineada, del señor Mariátegui.

Tal vez el director de *Amauta* contrapone las denuncias sobre atentados a la vida y a la propiedad de los aborígenes que contiene el manifiesto del Grupo Resurgimiento, y mis afirmaciones sobre las garantías individuales y sociales que el régimen leguista acuerda a los indios.

Pero estoy seguro que el señor Mariátegui rectificará un poco su juicio, siquiera sea en el fuero íntimo de su conciencia —nunca he pretendido que los catequistas de ritos nuevos digan toda la verdad por lo mismo que solo deben hablar y conceder de acuerdo y a la medida de las necesidades de su propaganda— en cuanto precise yo algunos de mis conceptos acerca del problema indígena, y le diga rotundamente mi opinión sobre el Grupo Resurgimiento.

Afirmo y sostengo que la situación política y judicial de los indios ha mejorado notablemente debido a la nueva comprensión de los problemas nacionales que caracteriza al régimen leguista. En ningún momento he sostenido que el aborigen peruano vive ya una vida plena de civilización y amparo democráticos. Claro que hay todavía mucho prejuicio que combatir, demasiadas prácticas inveteradas que destruir, fuertes e inhumanos hábitos que desarraigar. Pero es también evidente que con Leguía se ha dado el primer paso en el camino de las reivindicaciones raciales. Entre la tendencia actual de las autoridades leguistas de amparar al indio, y la consuetudinaria solución adversa que se daba antes de ahora a toda queja de los regnícolas, media una enorme diferencia en beneficio de éstos. Soy enemigo de las generalizaciones. He dicho que, hoy en día, merced al esfuerzo y a la tendencia manifiesta del gobierno en favor del indio, subprefectos y jueces le dan "cierta beligerancia jurídica de que antes carecía", pero no he sostenido que ya lo hemos hecho todo ni que los descendientes de Manco viven en el mejor de los mundos posibles.

Forman parte del Grupo Resurgimiento los periodistas, profesores e intelectuales con quienes, a lo largo de veinte años, hice, desde las columnas de *El Sol* y *El Comercio* del Cuzco, la defensa sistemática del indio. Faltan algunos que tal vez se han retraído por razón de las funciones administrativas o de los cargos oficiales que desempeñan. Hay otros elementos jóvenes a quienes no conozco, porque seguramente hacen sus primeras armas. Son ellos, creo yo, los autores del "manifiesto". Los demás, los que ya hicieron gallardas y ásperas campañas en favor del indio, claro que no se han negado a autorizar el "manifiesto", y lo han autorizado, con un gesto de amabilidad para sus jóvenes compañeros, sonriendo un poco amargamente.

Esos "manifiestos" tienen su importancia como documentos para hacer el proceso de los verdugos del indio y de las cruzadas que se emprendieron para defenderlo; pero, por lo demás, y sobre todo en el Cuzco, son piezas literarias sin valor ni eficacia alguna. Para los jóvenes, para los universitarios, para los muchachos que hacen sus primeras armas en la vida periodística, el indio es irremediamente tema literario. Es una desgracia, pero, tratándose de la cuestión indígena, todo

el mundo es arrastrado a recargar los tonos y ensombrecer el fondo para pintar horrores (horrores literarios) en los primeros planos. Así se explica el "manifiesto" del Grupo Resurgimiento que no tiene siquiera el prestigio de estar suscrito individualmente por todos sus miembros, sino que aparece tan sólo con la "firma social" o de conjunto, y que, además, solo se ha publicado en Lima. En el Cuzco no lo ha insertado ningún periódico ni se ha distribuido en volantes. Únicamente se le conoce, pues, aquí en Lima, en las páginas de Amauta. Y no digo más. ¿Para qué?

Mundial, Lima, 4 de marzo de 1929, Nº 351

UN INSENSATO ANHELO DE DEMOLICION...

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Así tituló, en todo tiempo, el espíritu conservador ultranquista a quienes querían libertarse de la tradición, juzgar por su propio criterio, amoldar sus pasos por sí mismos al ritmo de la vida. Y por esa resistencia desesperada a la revisión, por ese odio al análisis, por ese horror a la crítica independiente, se condena a priori cualquier esfuerzo por pensar por cuenta propia y cualquier severo juicio sobre algún ídolo del pasado.

"Un insensato anhelo de demolición...". La frase vertida entre otras muchas, en una pieza oratoria, no tendría eco, sino fuera por que ya va siendo estado espiritual permanente de un sector, el condenar porque sí a todo el que revisa, y rendir pleitesía, sin meditación ni examen, a todo valor o desvalor, con tal que esté ungido con la pátina del tiempo. Son, sin quererlo, quizás, quienes así piensan, unos repetidores a la inversa del adagio, según el cual "el diablo sabe más por viejo que por diablo". Representan, dentro del ambiente intelectual y social, una adaptación del escalafón militar, en la parte que asevera "que la antigüedad es clase". Tachan de iconoclastas a los que, en puridad de verdades, no son tales, puesto que empiezan por no conocer a los ídolos, y ponen en un

mismo nivel a todos los valores y desvalores, a fin de darles la interpretación que les sugiere su corazón y su cerebro...

Existe, pues, aunque se le tilde de “insensato” —habría que ver quién lo es, si el que se opone a las revisiones y se espanta de un intento justiciero, o el que prefiere ver con sus propios ojos, oír con sus oídos, palpar con sus manos, entender con su caletre, sin fiarse de ojos, oídos, manos y caletre ajenos—; existe, pues, el “anhelo de revisión”, no de demolición, y aunque haya por ahí jóvenes apegados a lo arcaico y al criterio de autoridad, y respetables estantiguas que se defienden invocando el prestigio del tiempo, no sería lógico ni humano suponer que el afán de revisión sintetice nada más que unos pininos de pose. Algo de más hondo oculta todo ello. Algo que no es rareza porque suceda en el Perú, puesto que no hubo generación, con ciertos caracteres originales, que no haya tratado de emanciparse del criterio del *magister dixit*, ni se haya dejado de rebelar contra el insoportable criterio de autoridad.

Y es natural que, dentro del concepto de renovación, las revisiones y los “insensatos anhelos de demolición” se presenten llenando de pavor a los retrasados. Es natural, también, que el que llegó a saturarse totalmente su espíritu, sienta horror a dar un paso más hacia adelante. Todo ello es natural y humano; el afán proselitista, conservador, y el anhelo renovador. Tienen tanta razón dentro de su criterio, el que se opone a la evolución, porque para él la vida llegó a su apogeo, como el que, insatisfecho de la existencia, pretende renovarla para mejorarla.

No importa dentro de este último concepto, tener éxito o no. Lo esencial es el esfuerzo. Si el conservador, contagiado de Panglos, trata de detener la marcha de las ideas, nada más fecundo que el gesto de quien siente que la vida es más amplia y el horizonte repleto de promesas, y por consiguiente, urge desalojar de sitiales inmerecidos a idolillos deleznales, merecedores, del más piadoso olvido.

A primera vista, en esa frase, salta la censura a la generación actual. No a la de treinta años, como exageradamente dijo algún valiente amparado tras de iniciales indescifrables, sino a la de veinticinco. Pero olvidan, al suponer que tal mun-

mi uno m otro

do terminó anteayer, que hemos llegado a hoy y que la renovación, a pesar de sus evidentes exageraciones, es más provechosa y útil que —perdón oh retórico si usufructúo una de tus imágenes predilectas— la estatua de la mujer de Lot.

Lo vemos en el movimiento indigenista que ya va dando demasiado que decir, y sobre todo, gastando tinta retórica, y no aquella otra bienamada de Nietzsche. Unos tratan de resolverlo, al desgaire, como problema secundario, conformándose a soluciones tradicionales, más bien con cierto criterio caritativo que justiciero. Los otros hacen de él bandera, pero tremolada en la Costa; bandera que siembra divisiones de zonas geográficas, cuando hay tanta desemejanza entre Norte, Sur y Centro; bandera que no ahonda las cuestiones raciales, sino repite viejos planteos, bandera orlada de frases campanudas, aunque haya desterrado las metáforas, bandera, así, en la que el indio va siempre de niño, de menor, de incapaz, a formar las huestes de una nueva grey. Esa no es bandera que a mi juicio llevará a obra práctica alguna.

Pero, si el movimiento de los llamados “revisionistas” tiene fallas, nunca llegan al extremo de calificar de insensato el afán demoledor. No deben asustarse los que tienen materia prima y están seguros de llegar al porvenir. Es justo que se alarme la parvada. Es laudable que proteste el gallinero. Pero, por sobre toda demolición, por sobre toda revisión, se yerquen los valores sustantivos.

El temor a la revisión, el odio a la demolición, revela un pavor evidente. Denuncia la falta de confianza en sí mismo. Quien prorrumpe sin alaridos contra los revisores, está diciendo a gritos que no está seguro de su obra, y que tiene fundadas sospechas de que su nombre irá a rodar al montón en donde se debaten tantos Pérez...

Y como la conservadora es una fuerza respetable, como conviene que, pasado el furor destructor, la tradición contribuya a ordenar las nuevas teorías, bueno me parece esclarecer que no solo de Pérez están formadas las filas de quienes se llenan la boca con el resobado anatema, que tiene algo de jeremiaco: “Un insensato anhelo de demolición...”

Mundial, Lima, 11 de febrero de 1927, N° 348

*también
de escalantes*

Prólogo

El álbum de dibujos peruanos que un gran filántropo de mi tierra, Don Rafael Larco Herrera, publica hoy en París, alcanzará a buen seguro en la América Latina un éxito casi escandaloso. Porque, sin duda por vez primera, se buscan en el pasado de los cementerios, en la gran tradición sepultada, los elementos de un renacimiento del arte popular y una preciosa enseñanza para las escuelas.

* * *

Por una curiosa anomalía de la historia, dos razas tan opuestas, como la española y la india, viven juntas desde hace siglos, en la inmensa extensión de la América Latina, sin llegar a fusionarse por entero. En todas partes, en los Estados Unidos, en Australia, el conquistador extirpó a la raza autóctona, sin dejar más testigos del pasado que algunos indios con plumas para las tarjetas postales. Pero en nuestra América española, salvo en la Argentina, en donde es necesario recorrer varios kilómetros para topár con un gaucho auténtico, hay millones de indios que conviven con el hombre blanco, ignorando su lengua y guardando como un secreto melancólico su arte enterrado en las necrópolis. La independencia política de las veinte repúblicas americanas fue, hacia 1824, el primer hervor de esta savia subterránea. Hoy, transcurrido un siglo de vida independiente, vemos cómo, poco a poco, la raza sometida va adquiriendo conciencia de sí misma, evoca su pasado formidable y se enorgullece de haber encarnado, como los egipcios, una de las civilizaciones más perfectas del mundo. En el Perú, singularmente, el gusto de estas antiguallas indias parécenos bastante reciente. Durante largos años el estudio de los vasos admirables que se encuentran en derredor de la momias, en las tumbas de arena, fue mirado un tanto despreciativamente, como una diversión de coleccionistas. A cualquier extraordinario cacharro de las mejores épocas, se

prefería un vaso de Sévres, y no habría sido muy decente llevar puesto en las grandes ciudades uno de esos ponchos multicolores y extravagantes que indias viejísimas tejen todavía en las sierras nevadas con la lana de las vicuñas. Como Europa era nuestra obsesión, despreciábamos un poco, en tono de conquistadores, estos rezagos del tiempo viejo.

Pero, desde hace algunos años, todo ha cambiado. A fuerza de recibir hermosas obras documentales, impresas en los Estados Unidos, en París o en Berlín, el arte de los Incas se nos ha revelado como una cosa viva, como una tradición sólo interrumpida, pero no muerta. De todos estos sombríos cenotafios, de estas huacas colgadas de las montañas o sepultadas en la arena, comienza a salir una lección. Las momias dormían ahí, rodeadas, por una piadosa costumbre, de los objetos que el muerto quisiera encontrar un día en el paraíso del Padre Sol: juguetes de metal, corseletes de colores espléndidos, y, sobre todo, vasos, vasos de todas clases, en los que los escultores geniales reprodujeron la más extraña serie de expresiones humanas. Veinte imágenes de la cólera, de la felicidad, de la más desgarradora melancolía, se encuentran allí copiadas por estos artistas extraordinarios que hacen pensar en los etruscos y en los asirios. Pero, al lado de las cabezas inolvidables, admiramos los atributos de la naturaleza, estilizados por un pueblo que poseía, al mismo tiempo, el sentido decorativo y el gusto de los colores armoniosos. Vemos ahí los animales familiares y sagrados reducidos a sus líneas esenciales: el puma, el cóndor y las vicuñas montaces, de cuya fina pelambre se tejían antiguamente para el Inca del cuádruple imperio los atributos regios. He aquí, pues, una escuela de arte enteramente creada y bien local, que sólo exigía ser aplicada a la vida actual, renovando la tradición casi extinguida.

Una artista peruana de gran talento, la señorita Elena Izcue, ha llevado a cabo, con felices resultados que pueden apreciarse en estas páginas la obra de inspirarse en temas indios para fundar próximamente en Lima y en otras ciudades del Perú, bajo el patronato del señor Rafael Larco Herrera, admirable animador, escuelas de arte popular indígena.

* * *

Es menester que os diga enseguida por qué motivo puede interesar esta obra a las escuelas de todas partes. Sin los testimonios de los cementerios, nunca habríase creído que esta raza india, adormecida y plañidera, hubiera podido encontrar fórmulas artísticas tan cabales para su alegría y para su dolor. A tal estado de sopor doloroso la han llevado algunos siglos de alcohol y servidumbre.

Acostumbrados a vivir en las soledades glaciales, bajo el látigo y la perpetua amenaza, en condiciones de higiene inverosímiles, el indio se ha encogido, guardando un mutismo obstinado del que apenas si sale para expresar su desesperación musical en la queja nocturna de la quena. . . Ha debido adoptar dioses que no inventara, códigos que fueron establecidos por los reyes de Castilla o por Napoleón y un lenguaje que comprende mal o del que no entiende nada. Para consolarse, para evadirse, masca hojas de coca y bebe alcohol de caña, los dos venenos de la raza.

Se impone, pues, una reeducación completa, que solo puede alcanzarse por la escuela, por los pequeñitos, favoreciendo las cualidades adormecidas de los indios, y principalmente su genio artístico. El pueblo que fabricó estas obras maestras y que teje hoy mismo telas con un sentido innato del color puede sorprender todavía al mundo. Debe sorprenderlo por la fineza irónica de su interpretación, por el don de evocar en algunas líneas caricaturescas el resumen de una cosa viva, por ese gusto geométrico aplicado a los contornos flexibles de la naturaleza, como si el artista peruano hubiese buscado en todas partes los ángulos y las líneas quebradas de los Andes. Tapices de un arte inédito y vasos de formas rebuscadas y airosas pueden salir de la nueva escuela que realizará, además, la obra incomparable de interesar al niño en las cosas de su propio país. Este niño no sufrirá, sin duda, la influencia de la última moda de pintura parisiense, y me lo imagino dibujando atrevidamente, con algunos trazos, una llama que ramonea la hierba amarilla de la puna o un cóndor que acecha, en pie, sobre un calvario de los Andes, a la mula que se ha rodado al abismo.

Imaginad el esplendor de la naturaleza tropical, vista nuevamente y recalcada por artistas de ocho años que han encon-

trado en su cerebro —si la memoria de las razas no es una mentira de los psicólogos— la emoción ingenua e inteligente de sus abuelos de la gran época, cuyas momias están ahí recubiertas con un capuchón de lana gris. Preparémonos a sorprendentes aciertos. Todo comienza por el arte en los pueblos latinos, y nuestros maestros nos enseñaron a menudo que la belleza es la ruta y como el primer escalón de la más amplia bondad humana.

Mundial, Lima, 11 de marzo de 1927, N° 352.

II

LA POLEMICA

Se inicia con el artículo de Sánchez Batiburrillo Indigenista. En realidad, podría decirse que Sánchez provocó el debate con ese artículo francamente polémico, pero no dirigido personalmente a nadie, o que Mariátegui fue quien lo hizo al apersonarse a responder a los comentarios de Sánchez. Lo cierto es que más de una susceptibilidad fue tocada a raíz del artículo que sigue.

La polémica en sí se compone del ya mencionado artículo de LAS y otros dos de éste directamente sobre el tema, todos ellos publicados en la revista Mundial, y tres de Mariátegui: dos en Mundial y uno en Amauta. Al último replicó Sánchez con un artículo publicado en Mundial con el título de Más sobre lo mismo, con lo que se cierra formalmente la discusión, que continuará luego en forma indirecta y, aunque parezca raro, en muchos aspectos complementaria como se verá más adelante.

BATIBURRILLO INDIGENISTA

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Nosotros los costeños, mejor dicho los escritores costeños, la hemos dado en sostener una vigorosa campaña en favor del indio, para lo cual, entre otros socorridos medios, no hemos encontrado nada más oportuno que proclamar a pulmón lleno, la urgencia de vestir de indígena a cuanto quisque transita por el Perú, hundir la costa bajo el aluvión serrano, lo cual no obsta para que —¡veleidades!— al mismo tiempo aplaudamos las exaltaciones líricas de Valcárcel en pro del Incanato, y las crueles y demoledoras apostillas de López Albújar en contra del mismo indio. Como por ahí dizque dicen que entrambos han monopolizado la ciencia indigenista —aunque yo bien sé que ni uno ni otro gastan tales ínfulas y son, por el contrario, dos espíritus modestos, estudiosos y sinceros— es en vano añadir palabra a lo por ellos escrito, pues que al punto surgen pidiendo silencio los clamoreos de la caterva pseudo indigenista.

Y digo caterva, porque no son muchos los que entre ella conocen la sierra y al indio, ni se han preocupado de estudiar los problemas incluso, con la calma y hondura precisas; porque hay excesiva improvisación y alarde retórico entre no pocos de los defensores del indio, que así le traicionan, y porque no es posible oír sin impaciencia a tanto “redentor”, cuyos sospechosos aires de propagandistas sectarios, hacen dudar de que su meta sea el provecho del indio, antes que el provecho de ellos mismos. No era así, está claro, como procedía Pedro

Zulén, hombre abnegado, desinteresado, fervoroso y tenaz como pocos, y en cuyo nombre se calumnia mucho empeño sincero. No es así como debemos proceder los jóvenes, contradiciéndonos a cada paso, ya entonando laudes a los devotos acentos del "Ars Inka" de Valcárcel o tejiendo alabanzas para la "Psicología del Indio" que en Amauta —revista vanguardista y de "polémica"— ha publicado mi amigo López Albújar. De lo primero surge la necesidad inaplazable de ir a la raza sometida y enaltecerla; de lo segundo, surge la necesidad también de ir a ella, pero para exterminarla. Es decir que no hay lógica entre ambos fervores, y o bien se acepta las palabras de Valcárcel, y más gráfico que ellas, de Escalante, o se sigue tras López Albújar. Por eso, sin duda, me ha llamado tanto la atención la severa reprimenda encerrada en un artículo titulado: "Nosotros los indios" por José Angel Escalante, hombre que conoce la sierra de veras, indio ardoroso, a quien vamos a deber, según creo, algunas sorpresas rotundas en lo referente a los problemas indígenas. Aparte las consideraciones de orden político militante, hay en dicho artículo afirmaciones y observaciones que el más escéptico habrá de tomar en cuenta, y que yo recojo tardíamente, porque esperé que, antes que yo, las refutara o aplaudiera alguno de los colegas indigenistas de hace dos minutos...

¿Qué va a ser, por ejemplo, indigenismo, ni anhelo constructivo, afán redentor, ni cosa que se le parezca, esa resurrección de la vieja costumbre de oponer "gallo a gallo", hombre a hombre, región a región, que vuelve a propósito de la discusión de los problemas indígenas? ¿Qué novedad ni qué franqueza habrá en los resurrectores del arcaico dilema "sierra o costa", con que hoy pretenden deslumbrarnos algunos? Sierra y costa: barato casillero en que no caben los problemas nacionales. Serranos y costeños: así no se divide un país, y mucho menos cuando la sierra misma ofrece diferencias tan marcadas, en sí misma, entre el norte, el sur y el centro y cuando la costa tampoco es la misma, juzgándola por el factor hombre, en Mollendo, Callao o Paita.

No, eso es muy sencillo y... muy viejo. Echar a los vientos la hermosa frase de la "redención del indio", oponer como si se tratara de toros, pugilistas, gallos o trenes, el colonialismo y el indigenismo, como lo hace José Carlos Mariátegui; dog-

matizar y estampar frases lapidarias sobre sierra y costa, colonia e incario...; todo ello es simplísimo, retrotrae anticuados hábitos intelectuales, reemplaza las viejas figuras retóricas por otras no menos huecas, pasea por la superficie de las cosas y reduce a choque de pasiones y palabras lo que necesita una intensa intervención humana. Y si el anhelo de nuestra época es ser todo vida, verdad, renovación, bien haríamos en juzgar estas hermosas palabras, de pretenso sentido humano, aunque en realidad a menudo tienen la sonora oquedad del bombo.

Estamos, de consiguiente, en vías de tergiversar el problema, si es que no está tergiversado desde ya. No es que me tenga por infalible, ni que dogmatice por gusto de dogmatizar en cada página; es que dejar que se escriba así, que se diga todo lo que se dice, antojadizamente, sin constataciones, sin fundamento muchas veces, va contribuyendo a que las inexactitudes pasen por axiomas y a que el ardor nacionalista de la hora undécima, que demuestran no pocos colegas, perdure en algunas, para mí funestas, desviaciones, debido al afán de calcar nacionalismos exóticos. Eso hay que terminarlo. Hay que seguir honradamente el propio criterio y tratar de que, al cabo de algunas escaramuzas, se rectifiquen un tanto las exageraciones y equivocaciones, voluntarias o no, en que se viene incurriendo desde hace tiempo.

Mas no deseo, por hoy, desviarme de lo relativo al indio y sus problemas. Llamo la atención hacia la incoherencia que Escalante señala en su artículo y que radica en el amparo que los propios indigenistas han dado a las aseveraciones de López Albújar y algunas otras más, destinadas a probar, según me parece, que el indio es el más despreciable ser que habita sobre la tierra, que su salvación está en llevar grandes corrientes inmigratorias a la sierra, lo cual equivale, lisa y llanamente, a negar las cualidades de hombre a quien se pretende "redimir" y a colocar las excelencias de la sierra, del indio, en sólo las virtudes de la naturaleza.

Encuentro, pues, una incoherencia increíble entre el lema de los colegas indigenistas y las sugerencias que amparan y defienden; es decir, que entre lo sustantivo y lo adjetivo reina una oposición radical.

De un lado se levanta la bandera del indigenismo; por tanto se lanza a los vientos la necesidad inaplazable de ir hacia el indio, de arrancarle de sus cordilleras y darle civilización, para convertirle en soldado de una nueva causa. De otro lado, se acepta y se defiende a los que echan sobre el indio las taras más dolorosas e irremediables del mundo. Ni más ni menos que en la Colonia maldecida: de un lado la ley que amparaba, del otro, el conquistador que oprimía: ambos bajo la égida del mismo régimen.

Si son ciertas las acusaciones fundamentales hechas al indio en varios artículos recientes, la conclusión lógica sería el exterminio de la raza. Mas, si por el contrario, convenimos con sus defensores, con la descripción admirable de Escalante, los arrebatos de Valcárcel, y los d'Harcourt, que el indio encierra en su cuerpo y en su espíritu, los gérmenes de una vitalidad estupenda; entonces sí hay que defenderle, y ser indigenista a ultranza, y, así, con sentido de la realidad, realizar un esfuerzo poderoso, para librar al indio del presente y especialmente del futuro de las taras que pesan sobre él: y la más grave, la más humillante de todas, la compasión irri-
tante con que sus defensores le tienden la mano con aire protector, en vez de adoptar una actitud más humana, y contentarnos, por hoy, con hacerle llevadera la vida, y mañana, ponerle en aptitudes de resolver sus propios problemas. Si para ello necesita ayuda, ofrezcámosla como hermanos, no como a protegidos. Pero, ante todo, pongámoslos en condiciones de afrontar sus tremendas cuestiones.

No pretendo asumir aires de magister —tan contagiosos que ya van adoptándolos algunos hombres nuevos de simpática fisonomía intelectual— ni creo hallarme en situación de señalar rumbos. El guía es siempre necesario, pero siempre propenso a que se le confunda con un vulgar cicerone, charlatán y ridículo, o con un Baedeker ambulante. Y ni lo uno ni lo otro tiene nada de halagueño. Dejemos, pues, la exclusiva del charlatanismo a los guías cicerones. Busquemos el ejemplo efectivo, el trazo fecundo, la acción imparcial, en los verdaderos apóstoles. Mientras un hombre no se sienta capaz de saborear aire y beber viento, no debe adoptar la de apostolado, sino simplemente ocupar su banca de espectador y comentar. A los espectadores se les exige poco: discreción, cierta since-

ridad, algo de buen gusto, una pizca de cultura y... gracias. Pero, a los apóstoles les es necesario algo que no siempre estamos dispuestos a ofrecer: la vida misma, dolor, dolor...

Quisiera que estas palabras obligasen a un profundo examen de conciencia. El indigenismo lo agradecería y se renovaría de verdad. Por hoy, lo veo un tanto incierto y desviado. Uno que no es apóstol tiene derecho a decirlo. El día que se me hubiera ocurrido abrir la brecha, habría empezado por estar dispuesto a renunciar a mucha molicie. Mientras no me sienta capaz de ello, prefiero no adoptar un gesto que tendría algo de gallardo, es cierto; pero con fingida gallardía de histrión...

Mundial, Lima, 18 de febrero de 1927. Nº 349

"no es apóstol"

INTERMEZZO POLEMICO

JOSE CARLOS MARIATEGUI

No me tocaría responder a la crítica de Luis Alberto Sánchez —que en el último número de *Mundial* arremete contra el indigenismo de los costeños— si en uno de sus acápites no me mencionara —refiriéndose sin duda a lo que he dicho a veces en *Mundial*— no me atribuyera la diversión teórica de oponer, como gallos o boxeadores, colonialismo e indigenismo. Y si, además, no citara la revista de doctrina y polémica que dirijo. Porque, en verdad, no me siento responsable de las contradicciones y ambigüedades que Sánchez denuncia, ni he asumido, en general, la actitud que mi colega condena, uniformando inexactamente en ella a todos los escritores costeños, sin excluirse él mismo, acaso porque de otro modo su artículo no habría podido empezar con la palabra "nosotros".

Con la impaciencia y nerviosidad peculiares a "nosotros los costeños", Sánchez reclama absoluta coherencia y rigurosa unidad —tal vez si hasta unanimidad— en algo que no es todavía un programa sino apenas una debate en el cual caben voces e ideas diversas, que se reconozca animadas del mismo espíritu de renovación. La crítica de Sánchez mezcla y confun-

de todas las expresiones positivas y negativas del movimiento indigenista. Sin distinguir al menos las expresiones teoréticas de las estéticas y de las prácticas, exige una perfecta congruencia entre especulaciones críticas, afirmaciones doctrinales e imágenes poéticas, de todo lo cual hace previamente una ensalada para enfadarse, luego, de encontrar juntas tantas cosas. Mi estimado colega me permitirá que le diga que la confusión está más en el sujeto que en el objeto.

Los indigenistas o pseudo-indigenistas, a su juicio, adoptan simultáneamente los puntos de vista de Valcárcel y López Albújar. Pero éste es un error de visión. Que se contraste, que se confronte dos puntos de vista, no quiere decir que se les adopte. La crítica, el examen de una idea o un hecho, requiere precisamente esa confrontación, sin la cual ningún seguro criterio puede elaborarse. Las tendencias o los grupos renovadores no tienen todavía un programa cabalmente formulado ni uniformemente aceptado. Como he escrito, polemizando con Falcón, mi esfuerzo no tiende a imponer un criterio, sino a contribuir a su formación. Y a riesgo de resultar demasiado lapalissiano, debo recordar a Sánchez que un programa no es anterior a un debate sino posterior a él.

El conflicto entre las tesis de Valcárcel y López Albújar, por otra parte, no está esclarecido. No es cierto, como Sánchez pretende, que del estudio de López Albújar “surja la necesidad de ir a la raza indígena, pero para exterminarla”. No, querido Sánchez. Seguramente López Albújar, —cuya aptitud para opinar sobre las consecuencias de su propio estudio es inobjetable— no piensa de este modo.

Sánchez llega a una conclusión precipitada, simplista, dogmática, como las que reprocha a los indigenistas de la hora undécima. Si relee, “con la calma y la hondura precisas”, el estudio de López Albújar, encontrará que el novelista piurano hace preceder sus observaciones sobre la “psicología del indio huanuqueño” por una prudente advertencia. “El indio —escribe— es una esfinge de dos caras: con la una mira al pasado y con la otra, al presente, sin cuidarse del porvenir. *La primera le sirve para vivir entre los suyos; la segunda para tratar con los extraños.* Ante los primeros se manifiesta como es; *ante los segundos, como no querría ser*”. Esta

dualidad —agrega— es la que norma su vida, la que lo exhibe bajo esta doble personalidad, que unas veces desorienta e induce al error y otras hace renunciar a la observación por creerla impenetrable. Una cosa es, pues, el indio en su *ayllu*, en su comunidad, en su vida íntima y otra en la urbe del *misti*, en sus relaciones con él, como criado suyo o como hombre libre”. La mayor parte de las observaciones de López Albújar corresponde a la actitud del indio ante el blanco, ante el *misti*. Retratan la cara que López Albújar, desde su posición, pudo enfocar mejor.

La llamada hipocresía del indio, según Valcárcel, es una actitud defensiva. Esto, López Albújar no lo ha contradicho en ninguna parte. El autor de *Cuentos andinos* se ha limitado a registrar las manifestaciones de esa actitud defensiva. En cambio, su cuento “Ushanan Jampi” es una confirmación de la tesis de Valcárcel sobre la nostalgia indígena.

De otro lado, el trabajo de Valcárcel es de índole distinta del trabajo de López Albújar. Valcárcel hace síntesis; López Albújar, análisis. Valcárcel es lírico; López Albújar, crítico. Hay en Valcárcel el misticismo, el mesianismo de la generación post-bélica; hay en López Albújar el naturalismo, el criticismo, tal vez hasta el escepticismo, de la generación anterior. Los planos en que ambos actúan son, en fin, diversos. No trataré, por mi parte, de conciliarlos. Pero niego a su diferencia —más que oposición— el alcance que Sánchez le supone.

El “indigenismo” de los vanguardistas no le parece sincero a Luis Alberto Sánchez. No tengo por qué convertirme en fiador de la sinceridad de ninguno. Es a Sánchez, además, a quien le toca precisar su acusación, especificando los casos en que se apoya. Lo que afirmo, por mi cuenta, es que de la confluencia o aleación de “indigenismo” y socialismo, nadie que mire al contenido y a la esencia de las cosas puede sorprenderse. El socialismo ordena y define las reivindicaciones de las masas, de la clase trabajadora. Y en el Perú las masas —la clase trabajadora— son en sus cuatro quintas partes indígenas. Nuestro socialismo no sería, pues, peruano, —ni sería siquiera socialismo— si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indígenas. En esta actitud no se esconde nada de oportunismo. Ni se descubre nada de artificio, si se

reflexiona dos minutos en lo que es socialismo. Esta actitud no es postiza, ni fingida, ni astuta. No es más que socialista.

Y en este “indigenismo” vanguardista, que tantas aprehensiones le produce a Luis Alberto Sánchez, no existe absolutamente ningún calco de “nacionalismo exótico”; no existe, en todo caso, sino la creación de un “nacionalismo peruano”.

Pero, para ahorrarse todo equívoco —que no es lo mismo que equivocación como pretende alguien en lo que me concierne— no me llame Luis Alberto Sánchez “nacionalista”, ni “indigenista”, ni “pseudo-indigenista”, pues para clasificarme no hacen falta estos términos. Llámeme, simplemente, socialista. Toda la clave de mis actitudes —y, por ende, toda su coherencia, esa coherencia que lo preocupa a usted tanto querido Alberto Sánchez— está en esta sencilla y explícita palabra. Confieso haber llegado a la comprensión, al entendimiento del valor y el sentido de lo indígena en nuestro tiempo, no por el camino de la erudición libresca ni de la intuición estética, ni siquiera de la especulación teórica, sino por el camino —a la vez intelectual, sentimental y práctico— del socialismo.

El “indigenismo”, contra el cual reacciona belicosamente el espíritu de Sánchez, no aparece, exclusiva ni aún principalmente, como una elaboración de la inteligencia o el sentimiento costeño. Su mensaje viene, sobre todo, de la sierra. No somos “nosotros los costenos” los que agitamos, presentemente, la bandera de las reivindicaciones indígenas. Son los serranos: son, particularmente, los cusqueños. Son los serranos más auténticos. Y, además, los más insospechables. El Grupo Resurgimiento no ha sido inventado en Lima. Ha nacido, espontáneamente, en el Cusco. Y es él, con su primer manifiesto, el que se ha encargado de responder al señor José Angel Escalante.

No hay en mí dogmatismo alguno. Lo que sí hay es convicción, pasión, fervor. Esto creo que el propio Luis Alberto Sánchez lo ha dicho, generosamente, más de una vez. Mi espíritu no es dogmático; pero sí afirmativo. Creo que espíritus constructivos son los que se apoyan en una afirmación, sin temor exagerado a sus responsabilidades y a sus consecuencias. Mi posición ideológica está esclarecida. La que está aún por esclarecer es, en todo caso, la de Luis Alberto. Si nos

atenemos a su último artículo, tendremos que considerarlo, en este debate, un "espectador". Yo soy un combatiente, un agonista. Seguramente es, ante todo, por esto que no coincidimos.

Mundial, Lima, 25 de febrero de 1927. Nº 350.

RESPUESTA A JOSE CARLOS MARIATEGUI

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Me ha encantado ver salir a polémica a José Carlos Mariátegui. Su monólogo iba tornándose un tanto insípido y hacía falta salpicarlo con un diálogo, aunque el interlocutor fuese nadie más que yo. Mariátegui actúa de "combatiente, de agonista", como él mismo se califica. Yo de "espectador". Bueno, pues. No me queda más remedio que esperar, mientras en el tinglado Maese Pedro mueva sus fantoches. El día que desaparezcan éstos, creo que voy a volver a hacer mis pininos de "combatiente, de agonista", quizás si bajo las banderas de usted, José Carlos, que para ese entonces estará luciendo el bastón de mariscal.

Saco en limpio del artículo de Mariátegui, entre otras pocas cosas que a su tiempo iré desmenuzando, que él tiene una filiación neta: socialista. Y que yo no tengo, o, por lo menos él no conoce, mi actitud, salvo la de espectador que confesé yo mismo. De acuerdo. Pero, como supongo que la curiosidad no es solo patrimonio de las almas femeninas, sino también propulsora de la ciencia, quiero descubrirme un poco ante José Carlos, a fin de que deletree mi partida de bautismo. Yo soy... pues, en lugar de definirme, le diré simplemente algo de lo que he hecho. Y quizás de ello fluya mi filiación. Desde luego, esta no le interesa a nadie, excepto a él; pero, de todos modos, me parece preferible que sepamos a qué atenernos al comenzar el diálogo. Conocemos nuestros nombres. Vamos a averiguar algo de genealogía, como las viejas quintanonas.

Cuando usted, Mariátegui, escribía versos místicos y diálogos sutiles al lado de nuestro inolvidable Valdelomar, mi

adolescencia oscura y ávida, trataba de indagar el pasado nacional y trazaba bocetos de literatos peruanos. Mientras usted intentaba una pieza teatral completamente colonialista, *Las Tapadas*, yo en periódicos escolares seguía empeñado en estudiar nuestra historia. Luego usted fue por otros senderos. Volvió un tanto los ojos a la vida nacional, a la política, rivalizó con Fernán Cisneros en su *Voces*, inició una campaña obrera y estudiantil en *La Razón*, pero, yo le aseguro que en esta última campaña, la parte militante y las escaramuzas y conjuras, fueron nuestras, de los estudiantes que formamos el comité de Letras entre los cuales estábamos Seoane, Leguía, Del Aguila, Abastos, Rebagliati, Haya, Basadre, León, Espejo, Vegas, Porras, Luna, yo. Después se fue usted a Europa y volvió escribiendo sobre cuestiones europeas. Durante ese tiempo, yo, oscura e infructuosamente, fracasadamente si le place, no he hecho otra cosa que escribir libros, folletos, ensayos, artículos, todos sobre problemas nacionales. Si usted no los ha leído, no es culpa mía que Europa esté tan lejos, ni que mi insignificancia no haya logrado romper el soberbio cerco de su paradójico retiro de guía.

Ya puede ver Mariátegui que alguna orientación tengo, aunque no me gustaría verme clasificado. Quizás podrían llamarme nacionalista, peruanista, etc., por mi apasionado fervor hacia lo nuestro, y porque fui —quién lo creyera— de los primeros en despertar el quechuismo, hoy indigenismo, en un estudio que tuvo fortuna y fue reproducido en Cusco, centro insospechable como lo llama Mariátegui, de este movimiento. Le hablo de ahora siete años. Yo sabía que José Carlos era socialista, pero mi miopía no había descubierto el nexo entre éste y su nacionalismo recientísimo. Ahora que él me lo explica, no tengo más remedio que creerlo, porque no quiero hacerle la ofensa de suponerle insincero.

Pero en lo que no cedo es en su aspecto de “agonista, de combatiente” y en su para mí inobjetable posición de guía, de conductor, y verá además por qué he estado tan confundido acerca de su orientación. Si él cree —elegante comparación culinaria— que me he hecho una ensalada con las cien mil facetas del indigenismo, no me sería difícil demostrarle cómo él se ha hecho un cóctel —cambio la comparación sin separarme de lo relativo a la mesa— con lo referente al nacionalismo. Su-

pongo, ante todo, que lo que dice en sus artículos es muy sincero, pero que lo más suyo está en *Amauta*, revista que “no es una tribuna libre”, que tiene “una filiación y una fe”, que no hace “ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de ideas”, y que rechaza “todo lo contrario a su ideología, así como todo lo que no traduce ideología alguna”. Todas estas palabras las tomo de la presentación de *Amauta* escrita por el propio Mariátegui. Sin embargo, *Amauta* no ha respondido a ese programa, ni a sus ideas. Mariátegui ha dado cabida a artículos de la más variada índole, a escritores de los más encontrados matices, perfectamente distantes de su ideología, ha hecho tribuna académica —a pesar de su fobia académica— de su revista, y en lo único que ha cumplido su presentación, ha sido en aquello de no tener programa, ni rótulo, ni plan. Casi, casi le estoy glosando sus palabras, para que vea que no trato de mistificar un punto.

Una revista “con una filiación y una fe”, debía haber sido distinta a *Amauta*. El mismo tono de los artículos de Mariátegui anda en desacuerdo con el resto de ella. Comprendo que haya razones supremas para proceder así. Quizás, por eso, hoy, después de la experiencia, Mariátegui se acoja a otras palabras de esa misma presentación, a aquellas en que dice que no está definida la índole de la revista, que es una tentativa de “conocernos y acordarnos”, o sea de forjar uno de esos programas que él tanto odia, y adoptar un rótulo cualquiera, así sea el de socialista que reclama, con razón, mi querido José Carlos... Por todo eso, yo no le veo debatiendo, sino guiando. Su monólogo persistente ha sido el de un predicador, sin retórica y con sentido crítico. Raro predicador, dirá, pero ha sido así. Su tono, afirmativo como él lo llama, se ha tornado dogmático. Barrunto que no hay dogma sin afirmación. Y sería notable que el nuevo dogmatismo fuera difuso y no rotundo. Pero, no voy a detenerme en estas minucias, prefiero ir al fondo del asunto. No valdría la pena haber suscitado un diálogo, para ventilar cuestiones más o menos personales, si no es para tratar de problemas nacionales. Le aseguro que detesto la autoapología, y que no quiero que este diálogo resulte para resaltar nosotros, sino para esclarecer el problema nacional. Mariátegui no acepta la oposición evidente entre el pensamiento de Valcárcel y el de López Albújar, tal

como aparece de los artículos que he citado. Además, sospecha que soy enemigo del indigenismo. Ni lo uno ni lo otro. Voy creyendo que Mariátegui ha reparado solo en lo superficial de un solo artículo mío, y no en los muchos que llevo escritos. En lo que yo no convengo es en que se exalte “solo” al elemento indígena serrano, olvidando al cholo, olvidando al criollo; que se separe para crear, en vez de reunir; que se fomenten odios, en lugar de amparar cordialidades. Eso es viejo, muy viejo y muy estéril, mi querido José Carlos. Eso se lo puede decir la “erudición libresca”, como usted la llama con desdén, a pesar de que, actualmente, en sus condiciones —que yo he lamentado como nadie, usted lo sabe bien— no puede usted valerse de otros medios que la transmisión oral, interesada, y la libresca, igualmente interesada. Por donde sospecho que nadie menos que usted puede prescindir de ella. Pero no se trata de mí ni de la erudición. Aun lo que usted dice sobre Valcárcel y López Albújar es bastante poco importante. Con tildar a uno de sintético y al otro de analítico, pega Mariátegui un precioso salto mortal. Quizá olvida dos cosas: que Valcárcel hace también análisis, desmenuza al incario y al indio, no recuerdo bien si en “Ars Inka” o “Glosario de la vida inkaika”; y en que las experiencias de López Albújar no sólo son realizadas en Huánuco, como dice Mariátegui, sino en calidad de Juez de Primera Instancia, como el propio López Albújar lo declara en *Amauta*. ¿Y usted cree, José Carlos, que hay reo alguno capaz de ser ampliamente sincero con un Juez? No se necesita ser indio para ser hipócrita con el juez que lo va a juzgar y, seguramente, condenar. Si usted va a la cárcel de Guadalupe, claro está que como visitante, difícilmente hallará un solo criminal que se confiese culpable, así haya sido sorprendido infraganti. ¿Cómo, pues, me dice usted que esas observaciones se refieren al indio en sus relaciones con el blanco? Diga usted que se refieren al indio criminal en sus relaciones con el juez, y estamos de acuerdo.

Mas, hasta aquí, nada queda de esta escaramuza. Yo quisiera que usted, que encauza un movimiento, que es un “combatiente y agonista”, que tiene una “filiación y una fe”, me dijera cómo es que cree posible resolver la grave incógnita. Porque no se trata de lamentarse ni de enaltecer a la raza indígena, ni de repetir conceptos buenos para el tiempo del pa-

dre Las Casas. Yo quisiera saber—porque este diálogo tiene esa finalidad, la de desnudar el pensamiento— cómo van, y diré vamos, a acometer el asunto. No me diga usted que me toca a mí, primero, decirlo, como escribió cuando hablé de la sinceridad de algunos indigenistas. Cuando se trata de ideas y posiciones mentales, cualquiera que empiece está bien. Dígame, ¿usted cree que en la oposición de costa y sierra, y en la comunidad indígena está el camino de la solución, y que la comunidad es una organización autóctona? ¿Usted no ve en ella el rastro colonialista que tanto vitupera usted? ¿No involucra en el movimiento al cholo? ¿No podría acordar un movimiento de reivindicación total y no exclusivista? Y no son preguntas de encuesta. Son simple y llanamente puntos que me inquietan y sospecho, que usted, hombre “afirmativo” y con una “filiación y una fe” tendrá criterio firme sobre ello, que yo, “espectador” —no “combatiente”— no acierto a formular aún.

Mundial, Lima, 4 de marzo de 1927. N° 351.

REPLICA A LUIS ALBERTO SANCHEZ

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Luis Alberto Sánchez se declara encantado de verme entrar en polémica, entre otras razones porque “mi monólogo iba tornándose un poco insípido”. Pero si mi monólogo es lo que yo vengo escribiendo desde hace más de dos años en esta revista y en otras, tendremos que llamarlo, para ser exactos, monólogo polémico. Pues el trabajo de propugnar ideas nuevas trae aparejado el de confrontarlas y oponerlas a las viejas, vale decir de polemizar con ellas para proclamar su caducidad y su falencia. Cuando estudio, o ensayo estudiar, una cuestión o un tema nacional, polemizo necesariamente con el ideario o el fraseario de las pasadas generaciones. No por el gusto de polemizar sino porque considero, como es lógico, cada cuestión y cada tema conforme a distintos principios, lo que me conduce por fuerza a conclusiones diferentes, evitando el riesgo de resultar, en el debate de mi tiempo, renovador por la etiqueta y conservador por el contenido. Mi actitud sólida es

la actitud polémica, aunque polemice poco con los individuos y mucho con las ideas.

Ratifica, enseguida, Luis Alberto, su condición de espectador. Pero, por fortuna, de sus propias palabras se desprende que acepta esta condición mal de su grado. No le queda, dice, más remedio “mientras en el tinglado Maese Pedro mueva su fantoche”. Para cuando desaparezcan éstos, promete Sánchez “volver a hacer sus pininos de combatiente, de agonista”, quizás si bajo mis banderas, esto es bajo las del socialismo peruano. Tengo, pues, que entender los dardos que hoy se me disparan de la trinchera de Luis Alberto, que hasta ayer yo creía con derecho amigo, como un afecto de mal humor de espectador obligado. La represión constante de sus ganas de combate contra los que están a la derecha, lo colocan en el caso de gastarlas contra los que estamos a la izquierda que es, por supuesto, de quienes Sánchez se siente más cercano.

No seguiré a mi colega por el camino de la anécdota biográfica que, saliendo de la polémica doctrinal, toma en la primera parte de su artículo. Creo que no es tiempo todavía de que al público le interesen estas dos “vidas paralelas” que Sánchez bosqueja con el objeto de demostrar que mientras yo he andado otras veces por rutas exóticas y europeizantes, él no se ha separado de la senda peruana y nacionalista. Estas le parecen minucias al mismo Luis Alberto, cuando, más adelante, dice que “no valdría la pena haber suscitado un diálogo para ventilar cuestiones más o menos personales”.

Tampoco confutaré aquí su juicio sobre *Amauta* porque —no obstante la hospitalidad que dispensa *Mundial* a mis escritos— pienso que el lugar de ese retuque está en la propia revista que dirijo y que Luis Alberto, ocasional y sumariamente, enjuicia. Solo rectificaré, de paso, por el equívoco que pudiese engendrar, el concepto de que *lo más* mío está en *Amauta*. Siento igualmente mío lo que escribo en esta revista y en cualquier otra, y ninguna dualidad me es más antipática que la de escribir para el público o para mí mismo. No traigo, como es mi deber, a esta vieja revista, tópicos extraños a la sección en que el propio director de *Mundial* ha querido situar mis estudios o apuntes sobre temas nacionales: y menos aún traigo arengas de agitador ni sermones de catequis-

ta; pero esto no quiere decir que aquí disimule mi pensamiento, sino que respeto los límites de la generosa hospitalidad que *Mundial* me concede y de la cual mi discreción no me permitiría nunca abusar.

No es culpa mía que —mientras de mis escritos se saca en limpio mi filiación socialista— de los de Luis Alberto Sánchez no se deduzca con igual facilidad su filiación ideológica. Es el propio Sánchez quien se ha definido, terminantemente, como un “espectador”. Los méritos de su labor de estudioso de temas nacionales —que no están en discusión— no bastan para darle una posición en el contraste de las doctrinas y los intereses. Ser “nacionalista” por el género de los estudios, no exige serlo también por la actitud política, en el sentido limitado o particular que nacionalismos extranjeros han asignado a ese término. Sánchez, como yo, repudia precisamente ese nacionalismo que encubre o disfraza un simple conservatismo, decorándolo con los ornamentos de la tradición nacional.

Y, llegados a este punto, quiero precisar otro aspecto del nexo que Luis Alberto no había descubierto entre mi socialismo de varios años —tòdos los de mi juventud, que no tiene por qué sentirse responsable de los episodios literarios de mi adolescencia— y mi nacionalismo recientísimo. El nacionalismo de las naciones europeas —donde nacionalismo y conservatismo se identifican y consustancian— se propone fines imperialistas. Es reaccionario y anti-socialista. Pero el nacionalismo de los pueblos coloniales —sí, coloniales económicamente, aunque se vanaglorien de su autonomía política— tiene un origen y un impulso totalmente diversos. En estos pueblos, el nacionalismo es revolucionario y, por ende, confluye con el socialismo. En estos pueblos la idea de la nación no ha cumplido aún su trayectoria ni ha agotado su misión histórica. Y esto no es teoría. Si de la teoría desconfía Luis Alberto Sánchez, no desconfiará de la experiencia. Menos aún si la experiencia está bajo sus ojos escrutadores de estudioso. Yo me contentaré con aconsejarle que dirija la mirada a la China, donde el movimiento nacionalista del Kuo Ming Tang recibe del socialismo chino su más vigoroso impulso.

Me pregunta Luis Alberto al final de su artículo —en el discurso del cual su pensamiento merodea por los bordes del

asunto de este diálogo, sin ir al fondo— cómo nos proponemos resolver el problema indígena los que militamos bajo estas banderas de renovación. Le responderé, ante todo, con mi filiación. El socialismo es un método y una doctrina, un ideario, y una praxis. Invito a Sánchez a estudiarlos seriamente, y no sólo en los libros y en los hechos sino en el espíritu que los anima y engendra.

El cuestionario que Sánchez me pone delante es —permítame que se lo diga— bastante ingenuo ¿Cómo puede preguntarme Sánchez si yo reduzco todo el problema peruano a la oposición entre costa y sierra? He constatado la dualidad nacida de la conquista para afirmar la necesidad histórica de resolverla. No es mi ideal el Perú colonial ni el Perú incaico sino un Perú integral. Aquí estamos, he escrito al fundar una revista de doctrina y polémica, los que queremos crear un Perú nuevo en el mundo nuevo. ¿Y cómo puede preguntarme Sánchez si no involucro en el movimiento al cholo? ¿Y si éste no podrá ser un movimiento de reivindicación total y no exclusivista? Tengo el derecho de creer que Sánchez no solo no toma en consideración mi socialismo sino que me juzga y contradice sin haberme leído.

La reivindicación que sostenemos es la del trabajo. Es la de las clases trabajadoras, sin distinción de costa ni sierra, de indio ni de cholo. Si en el debate —esto es en la teoría— diferenciamos el problema del indio, es porque en la práctica, en el hecho, también se diferencia. El obrero urbano es un proletario: el indio campesino es todavía un siervo. Las reivindicaciones del primero —por las cuales en Europa no se ha acabado de combatir— representan la lucha contra la burguesía; las del segundo representan aún la lucha contra la feudalidad. El primer problema que hay que resolver aquí es, por consiguiente, el de la liquidación de la feudalidad, cuyas expresiones solidarias son dos: latifundio y servidumbre. Si no reconociésemos la prioridad de este problema, habría derecho, entonces sí, para acusarnos de prescindir de la realidad peruana. Estas son, teóricamente, cosas demasiado elementales. No tengo yo la culpa de que en el Perú —y en pleno debate ideológico— sea necesario todavía explicarlas.

Y, ahora, punto final a este intermezzo polémico. Continuaré polemizando pero, como antes, más con las ideas que

con las personas. La polémica es útil cuando se propone, verdaderamente, esclarecer las teorías y los hechos. Y cuando no se trae a ella sino ideas y móviles claros.

Respuesta al Señor Escalante

Al señor Escalante —escrita la réplica a Sánchez— tengo poco que decirle. El señor Escalante sabe que no es posible trasladar esta discusión del plano doctrinal al plano político militante. Ni es posible ni deseable. Porque de lo que se trata, hasta hoy, es de plantear el problema, no de resolverlo. La solución, a mi ver, pertenece al porvenir. Si el señor Escalante puede adelantarla, tanto mejor para el Perú y para el indio.

El señor Escalante, por otra parte, no me somete a un interrogatorio. Comprende que nuestros principios son distintos. Y no tiene inconveniente para declararlo. Su posición es neta; la mía también. Político avisado, el señor Escalante advierte, por ejemplo, que solo debo hablar de acuerdo y a la medida de las necesidades de mi doctrina. El dice “propaganda” en vez de doctrina. Pero esto es lo de menos.

Mi respuesta al diputado y publicista cuzqueño, puede limitarse, por esto, a dos rectificaciones: 1º Que yo no he señalado el primer manifiesto del Grupo Resurgimiento del Cuzco, precisa y específicamente, como una “refutación o un desmentido contundente” al artículo “Nosotros, los indios...” Me he limitado a considerarlo una respuesta, no en el sentido exclusivo que el señor Escalante supone, sino en el sentido mucho más amplio de las pruebas que alega respecto a la imposibilidad práctica de resolver el problema del indio, sin destruir el gamonalismo latifundista. 2º Que el manifiesto se ha publicado y ha circulado en el Cuzco desde enero, en pequeños folletos. Remito uno al señor Escalante para persuadirlo de la exactitud de mi aserción.

Mundial, Lima, 11 de marzo de 1927. N° 352

I

Estratégicamente, no quiere proseguir en nuestro diálogo, José Carlos Mariátegui. Parece, por el tono de su "réplica", que le hubiere soliviantado no sé qué oculta malevolencia de mi respuesta. Veleidades de la suspicacia alerta, o fruto de hablillas canallas a las que, probablemente, habrá dado oídos, presionado por su ambiente, en el que, más que en ningún otro, hace falta mucho aireamiento. Llega, en su gesto mortificado, a colocarme entre sus ex-amistades, ya que habla en tiempo pasado, cuando dice que "tenía derecho a contarme entre sus amigos". Ese derecho no ha caducado, por lo menos en lo que a mí respecta. Jamás se me hubiera ocurrido que el contemplar de manera diferente un problema, enfriara una amistad. Eso estaba bien en días en que los debates solo se referían a cuestiones personales, y el colmo del polemista consistía en trastocar el apelativo de su contrincante, y apodarar "Asnaldo" a Arnaldo Márquez, como lo hizo Juan de Arona, a quien debe de conocer Mariátegui, después de su paseo crítico-sociológico a través del "Proceso de nuestra literatura". Sin embargo, a pesar que han llovido años desde entonces y que Mariátegui es hombre de cultura, además "de una filiación y una fe", veo que no quiere salir de los debates personalistas, y que cómicas suspicacias auspician visiones dantescas en donde sólo hay un inquieto afán por lo nacional.

Mal hizo, pues, Mariátegui en dar un giro personal que, luego, habría de excitarle. Yo hablé de "batiburrillo indigenista"; él de si él es socialista y de si yo poseo o no una orientación. Si la alusión a los apostolados fuele dolorosa a Mariátegui, no es culpa mía que, lanzada una generalidad al viento, surja una voz y clame: "A mí me toca".

He leído, pues, la réplica de José Carlos, y veo que no ha ido a lo que tratábamos: a lo indígena. Con calificar de ingenuas unas preguntas mías que trataban de encauzar el debate a lo estrictamente impersonal, las deja sin respuesta. Es un lindo escamoteo, que revela astucia y, también, un prejuicio

que a ser cierto lo que he oído decir —y no lo creo— me haría variar sustancialmente de posición y criterio acerca de mi público interlocutor.

Me ha privado Mariátegui, cruelmente, de sus luces de orientador, “con una filiación y una fe”, y ha dejado el debate trunco aprovechándolo para ejercer su magisterio. A pesar de ello, recién veo definirse el pensamiento de José Carlos en lo que respecta a los problemas nacionales.

El diálogo le ha obligado a concretar su difusa prédica. El hablaba en abstracto sobre la peruanización. Recién se fija ahora. Sólo que al fijarse, después de todas sus protestas, coincide con mi inicial punto de vista. No lo considero una victoria. Apenas una satisfactoria coincidencia de dos hombres —Mariátegui y yo— que no rezan en el altar de los fetiches convencionales, que pretenden una renovación nacionalista, pero que disienten en algunos puntos de vista, como tienen que disentir quienes piensen con criterio propio y no se sumen a la vacua y unilateral secuela de los satélites intransigentes. El mismo Mariátegui, que se complace tanto en descubrir en mí, según él, falta de orientación ideológica definida, se encarga de desmentirse y de recalcar nuestros puntos de contacto, cuando escribe: “Sánchez como yo repudia precisamente este nacionalismo que encubre o disfraza un simple conservatismo, decorándolo con los ornamentos de la tradición nacional”. ¿Qué quiere decir esto? *Qui potest capere capiat*. Mas, no es ello algo que me halague hasta el extremo de enmudecerme. Y mucho menos cuando en las últimas líneas de la réplica de Mariátegui, salta un dardo de pueril suspicacia —así con paradoja y todo—; y si no fuera por la consideración personal que me merece José Carlos y por la estima que le tengo, yo le daría a esas dos líneas por única respuesta, una sola palabra, un sólo epíteto. Apelo a toda mi serenidad, sin embargo, para acallar tal vocablo y decirle a Mariátegui que lo que no estaba en claro en el debate eran sus insistentes alusiones al odio de sierra y costa, y su exclusivismo indigenista. Eso era lo obscuro y lo dudoso. Mi móvil en cambio, ha sido clarísimo, salvo que haya enfermos de *paranoia persecutoria*: desnudar el pensamiento embozado de José Carlos y llevarlo a un totalismo peruanista; apartarle de exageraciones desorientadoras y recordarle la necesidad de unir y no de cisionar. Mi doctri-

na: la de siempre. A despecho de fórmulas consagradas, revisar valores, estudiándolos antes y no dando simples manoteos inconscientes; destruir fetiches y tratar de fortalecer una vigorosa conciencia peruana, lejos del criterio de *élite*, pero también del criterio de *ayllu*. Si esto no lo sabe Mariátegui, culpe a su mala memoria o a su indiferencia hacia lo escrito en el Perú antes de su "fervor-1926". Pero, a mí no me dedique alusiones interlineadas ni saetas, ni me azuce a la trailla. Vea en esto la justa indignación de un hombre que lamenta ver a otro hombre dando pábulo a rumoritos mezquinos.

II

Un "monologuista polémico", que gusta debatir "con las ideas y no con las personas", debía de haber eludido lo segundo y aceptar un diálogo impersonal sobre las primeras. A mí no me enfadan los contradictores, porque no hablo *ex-cathedra*.

Quiero recapitular todo el debate. Mariátegui ha escrito innumerables artículos encumbrando sólo al indio, fincando *solo* en él la salvación del Perú. En su monólogo contrapuso demasiado costa y sierra. Hoy veo que ello fue exaltación de predicador. Por eso publiqué varios artículos, tanto en Lima, como en Piura y Cusco. El de Piura apareció junto con un artículo del propio Mariátegui: sospecho que lo debe de haber leído. El último en *Mundial*, tendía a combatir la antinomia entre raza y raza, y zona y zona. A él respondió Mariátegui con algunas alusiones personales. Se golpeó el pecho y con fierro ademán me dijo: "Yo soy socialista; usted, ¿qué es?" Contesté y traté de colocar la discusión en el terreno de nuestro asunto: lo indígena, el cholo. Persistía en mi empeño de encauzar la propaganda en un sentido totalista, en lo cual no ando alejado de otro amigo de Mariátegui y miembro de su grupo, me refiero a Antenor Orrego, quien, en un número de *El Norte*, escribe hace quince días esta frase bastante significativa, a propósito de una conferencia de Valcárcel en Arequipa: "Nosotros no creemos en la posibilidad de una resurrección incaica". Casi, casi, lo que he venido y seguiré sosteniendo. Casi, casi lo que, después de nuestro diálogo, afirma Mariátegui, conviniendo conmigo: "No es mi ideal el Perú colonial ni el Perú incaico, sino el Perú integral". Después de

esto, sospecho por qué se sorprende de que aquí, "en pleno debate ideológico", haya necesidad de explicar ciertas cosas. Un más atento examen le convencería de que la sorpresa ha sido a la inversa y que soy yo el que se ha admirado de que exista quien crea verter novedades al escribir ciertas frases. ¡El descubrimiento del Mediterráneo!

Lo que ha ocurrido ha sido que Mariátegui no había esclarecido su punto de vista y necesitaba traducirse a sí mismo. Aclaradas en algo sus ideas, no me ocupo de sus móviles, que ellos pertenecen a su fuero interno y a la interpretación que cada cual quiera asignarles. Lo exacto es que yo quería fijar posiciones, porque estaba convencido de que había un *lapsus* en la propaganda de José Carlos y que, rumiándolo bien, coincidiría en gran parte con el esfuerzo de una peruanización integral. Había, pues, que atacar no solo a los derechistas sino también a los que admiten a pie juntillas el criterio de autoridad y a la unilaterización de los magisters. Porque salir de la tutela de un dogmatismo férreo e intransigente, para caer en otro, no es ganar gran cosa. Vale la pena siempre proclamar el libre examen, y sentar su tienda heterodoja a pleno aire. Vea por qué he plantado la mía completamente heterodoja.

III

Si a pesar de eso, no quiere comprender Mariátegui cuál es mi orientación; "opuesto al nacionalismo que se encubre o disfraza bajo un simple conservatismo", no me esforzaré en persuadirlo. Cada cual busca su verdad a su manera. Algunos con cicerones; otros sin ellos. La cuestión es encontrarla. Con todo le recordaré que los criterios acomodaticios andan bien con alguien o con todos. El mío no está de total acuerdo con nadie.

Además, creo útil aclarar ese "repudio" al nacionalismo conservatista que me asigna generosamente Mariátegui. En primer lugar, si eso fluye de mi posición de espectador, ignoro por qué artes de magia lo ha adivinado José Carlos. Mas, yo creo que algo de combatiente, sin balandronadas, ha habido en ciertas campañas mías, y aún en esta polémica, a la que no me ha atraído ningún criticismo. Sólo que nunca he pretendido arremeter contra los cadáveres. El colonialismo es uno de

ellos. Acabó hace fecha. Y no hay por qué darle beligerancia a los muertos: que descansen en la huesa. Los colonialistas en un sentido estricto, son unos buenos evocadores, tan líricos e inofensivos como los evocadores del Incanato, verbigracia. En sentido más lato, el colonialista es el "godo". Una barajada verbal ampara una aparente novedad ideológica. Lo entiendo y sonrío. Ya he leído que José Carlos habla "de acuerdo y a la medida de su propaganda o doctrina". Pocos son los que hablan de acuerdo y a la medida de su sinceridad. Maese Pedro —usted lo ha entendido José Carlos— sigue moviendo sus fantoches...

Volviendo a lo referente al indio, Mariátegui vocifera contra la servidumbre y el latifundio. No es nuevo, pero sí exacto. Mas, admite también rectificaciones.

Yo le planteé la cuestión de la comunidad, porque barrunto que hay un equívoco en su manera de enfocarla. La comunidad —remota parodia de una organización autóctona— ha probado su ineficacia hasta el presente ¿Causa? ¿Su organización misma? ¿El medio? De todos modos necesita un severo examen. De él seguramente fluirá que el latifundismo tiene su principal baluarte en la comunidad inerme, y que ella misma constituye un vasto y paupérrimo latifundio. El indio en la comunidad —tal como vive hasta hoy— no rinde el esfuerzo que debiera, ni desecha prácticas bárbaras, ni se culturiza ni avanza, ni enriquece. ¿Habrà que ir a la parcelación de la comunidad, a la propiedad individual, a la prohibición de enajenar su parcela durante cierto tiempo, como lo desea un escritor cusqueño? ¿O es que hay en ese latifundio indígena fenómenos que no pueden ser resueltos con el simplismo ingenuo de fórmulas preestablecidas?

La feudalidad de la sierra tan compleja, no cede a la de la costa. Indio y cholo tienen parecidos problemas. Pero con vocearlo no se adelanta nada. Hay cuestiones de acción inmediata que sobrepujan a la eficacia de la criolla bullanga. Una de ellas la constituye la educación, no solo del indio, sino también del costeño para tratar al indio, a fin de que abandone el aire de redentor con que le place revestirse cuando desea salvarle o halagarle; el gesto sañudo de verdugo con que le intimida cuando pretende explotarlo.

Estas y otras muchas cosas quería tratar en el diálogo con Mariátegui, pero él, después de personalizarlo, lo elude, se duele, y, en fin, acaba por ver gigantes descomunales en donde —mire la modestia— sólo hubo ventolina que movió molinos; la aventura de los batanes trasladada al periodismo... Y hoy, al comprenderlo, y al ver cómo la suspicacia de puro atravesada se vuelve ñoña, lamento como nunca no haber terminado mi artículo con la unciosa salutación clásica: "*Tu duca, tu maestro, tu signor*".

Por lo menos, queda salvada aquí esa errata. Aunque sea basta para desmentir su opinión.

Amauta, Lima, marzo de 1927. Nº 7. *no*

POLEMICA FINITA

107
marzo 1927 p. 6
JOSE CARLOS MARIATEGUI

Luis Alberto Sánchez, en un diálogo polémico que ha sostenido conmigo en *Mundial* —mis dos artículos de esta polémica aparecen en otro lugar de este número— pretende que *Amauta* no ha respondido a su programa ni a sus ideas por que yo, según él, he "dado cabida a artículos de la más variada índole, a escritores de los más encontrados matices, perfectamente distantes de mi ideología" y hasta he "hecho tribuna académica de mi revista". El colega Sánchez no cita esos artículos ni esos escritores, aunque probablemente no le habrían faltado ganas de citarse él mismo, disidente y heterodoxo por excelencia. Su aserción tiene que parecerle apasionada y arbitraria hasta a los lectores más indiferentes a la cuestión en debate. Llamar académica a *Amauta*, que ha sido unánimemente calificada en América y España como una revista de "vanguardia" —y no precisamente por el tono de su presentación, porque el primer número, agotado en pocos días, no ha circulado en el extranjero— es una demasía y un capricho verbales, tan subjetivos, tan exclusivos de Sánchez, que no vale la pena controvertirlos. Esta revista "académica" según Sánchez, tiene ya algunos millares de lectores, hecho que antes del punto final.

La otra afirmación, la de que *Amauta* no ha cumplido su programa, por que ha acogido escritores diversos, tampoco es más fundada. El público a este respecto muestra también más instinto que el crítico. Desde el primer número ha reconocido en *Amauta* una ideología, un espíritu. Y no solo el público. Comentaristas de otro campo, pero que prácticamente resultan más objetivos que Sánchez a este respecto, como Jiménez Borja, extreman el diagnóstico, acentúan la definición, hasta el punto de no ver en *Amauta* sino una tribuna de mi ideología y mi espíritu. Otra vez, tengo que decirle, pues, a Sánchez que la confusión no está en el objeto sino en el sujeto.

Amauta ha publicado artículos de índole diversa porque no es solo una revista de doctrina-social, económica, política, etc. sino también una revista de arte y literatura. La filiación o la posición doctrinal no nos preocupan, fundamentalmente, sino en el terreno doctrinal. En el terreno puramente artístico, literario y científico, aceptamos la colaboración de artistas, literatos, técnicos, considerando sólo su mérito respectivo, si no tienen una posición en otro campo ideológico. Pero preferimos y distinguimos, por supuesto, la de los artistas y escritores que están integralmente en nuestra misma dirección. La presencia subsidiaria, o sólo episódica, de un intelectual sin posición combatiente, en esta revista, no representa una prueba contra su espíritu, porque para afirmar y definir éste existen pruebas mucho más numerosas y fehacientes. Podemos usarla, por ejemplo, como reactivo. *Amauta* tiene demasiada personalidad para inquietarse por la fortuita presencia de una idea o un sentimiento heterodoxos en sus páginas. Es una revista de definición ideológica, de concentración izquierdista, que asimila o elimina, seguramente, sin daño para su salud, cualquier elemento errante. Tiene el carácter de un campo de gravitación y polarización. Los que arriban, transitoriamente, a este campo, pueden escaparnos, pero sin restarnos sustancia ni energía. Los que damos a *Amauta* tonalidad, fisonomía y orientación, somos los que tenemos una filiación y una fe, no quienes no las tienen y que admitimos, sin peligro para nuestra integridad y nuestra homogeneidad, como accidentales compañeros de viaje. Somos los vanguardistas, los revolucionarios. Los que tenemos una meta, los que sabemos a dónde vamos. En el camino no nos alarma discutir

con quienes no andan aún definitivamente orientados. Estamos dispuestos todos los días a confrontar nuestros puntos de vista con los afines o próximos.

Que *Amauta* rechace todo lo contrario a su ideología no significa que lo excluya sistemáticamente de sus páginas, imponiendo a sus colaboradores una ortodoxia rigurosa. Este principio, que reafirmamos, nos obliga solo a denunciar y contravenir las ideas discrepantes peligrosas.

Amauta, por otra parte, en cuanto concierne a los problemas peruanos, ha venido para inaugurar y organizar un debate; no para clausurarlo. Es un comienzo y no un fin. Yo, personalmente, traigo a este debate mis proposiciones. Trabajaré, por supuesto, porque prevalezcan; pero me conformaré con que influyan —en la acción, en los hechos, prácticamente—, en la medida de su coincidencia con el sentimiento de mi generación y con el ritmo de la historia.

Esto es muy claro y muy simple, pero, por lo visto, hay que repetirlo aunque no sea sino para confutar los reparos, no siempre benévolos, de quienes se imaginan que una revista de doctrina polémica debe expurgar su material —que constituye los elementos de un debate, debate de izquierda claro está, y no sus conclusiones— con un terror supersticioso e inquisitorial a toda idea más o menos alógena. No; nuestra ideología, nuestro espíritu, tienen que aceptar precisamente un trabajo de contrastación constante. Este es el único medio de concentrar y polarizar fuerzas, y nosotros —no lo ocultamos— nos proponemos precisamente este resultado. Tenemos confianza en nuestra obra —no por lo iluminado o taumatúrgico o personal de su inspiración— sino por su carácter de interpretación y coordinación de un sentimiento y de un ideal histórico.

Una obra, finalmente, se juzga por sus elementos positivos, creadores, esenciales, afirmativos. Este es siempre el juicio de la historia y de la opinión. Pertenece al espíritu pequeño-burgués de los críticos orgánicamente individuales, secesionistas y centrífugos, el juicio —muy criollo y limeño tal vez— de juzgar una obra por sus elementos pasivos, subsidiarios, formales o episódicos.

~~*Amauta*, Lima, abril, 1927, Nº 6.~~

Nº 7 p. 6 mayo 1922

Uno de los problemas más difíciles de resolver en el debate de la cuestión indígena, que tanto parece apasionar a los espíritus nuevos, es el que se refiere a la explotación del indio por el indio mismo. En la declaración sensiblera contra el costeño, explotador inicuo según los calificativos con que se reviste esa propaganda, se ha olvidado considerar al indígena que traiciona a su propia sangre y se vuelve el principal exprimidor de su raza. Contra él se ha declamado poco, no obstante que es el más directo e inexcusable factor de la servidumbre indígena, tan llevada y traída y casi nunca afrontada con miras a la acción.

Con decir que la educación es un problema secundario y que el entregar la tierra al indio mismo sería el medio principal de darle mayoría, se establece un curioso antagonismo entre la lírica (sic) tendencia de ayer y la positiva (sic) de hoy. En realidad ambas pecan por exceso de palabras y por falta de aplicación. Ni más ni menos que este comentario final a un debate que debió ser de confrontación de puntos de vista sobre los problemas peruanos.

Ni el latifundio, ni la comunidad —suponiendo que ésta sea la forma excelsa de vida para el indígena— lograrán ser extirpado el primero, afianzada la segunda, en tanto que exista el indio explotador de su raza, que se vuelve tinterillo al contacto de la civilización, y trueca su diploma de abogado, su título de preceptor, su gineta de sargento, por la artimañosa péndola del tinterillo o el temido látigo del gamonal.

Por eso mi afán de deslindar la oposición sistemática de algunos entre costa y sierra. Por eso mi deseo de llegar a una cooperación de todas las fuerzas vivas del Perú, de una integralización, de un totalismo, de un esfuerzo común, antes que seguir en la absurda declamación de un separatismo tendencioso y deslabazado.

Encontramos, pues, como términos opuestos, no tanto al costeño y al indio, como al indio y al indio mismo. En cuanto surgen uno que es analfabeto y otro que no lo es, aparece una oposición tenaz entre ellos. De donde resulta que la "lí-

rica" cuestión de la educación tiene también su importancia y tan grande como la que se refiere a la tierra. Para conservar ésta sería preciso que el indígena tuviera conciencia plena de sus derechos. De otro modo, lo acechará siempre el explotador. En la revolución mexicana han marchado parejos el movimiento agrario y el movimiento educacional. Sin éste no se habría solidificado aquel. Bueno es ir anotándolo para cualquier reforma futura.

Pero, hay otras cuestiones conexas con lo agrario y lo educacional. El indígena, por lo general, es reacio a la escuela, pues ve en ella un lazo que le tiende el *miste*. Además, es muy fácil que se olvide de lo aprendido, por cuanto, apenas egresado de sus aulas, vuelve a su vida primitiva. Al enfocar el problema cultural del Perú debemos tener presente estas modalidades, que salen de la técnica establecida por Pestalozzi, Froebel y demás apóstoles de la educación. Y que sobrepasen las necesidades de la instrucción tomadas desde el punto de vista europeo, desde el cual resulta sumamente cómodo juzgar al resto del mundo con un sentido displicente y equivocado.

No sé si en el plan de los nuevos Mesías del indigenismo entren medidas concretas acerca del latifundismo, enfermedad denunciada pero no tratada. El acento de amargura, de acerba condenación o de tónica esperanza, resuelven exactamente el caso, pues no realizan nada. Es un problema en el cual el optimismo o el pesimismo no tienen nada que hacer, ningún papel que desempeñar; en el que el sentido de piedad debe ser desterrado y sólo imperar o el concepto claro de justicia o el más premioso aún del interés. El interés y la justicia están clamando por la adopción de medidas radicales en ese orden, ya que afectan a una cuantiosa parte de la población peruana.

Para actuar, pues, movido por ambos sentimientos, es bueno dejar sentadas algunas conclusiones provisionales, a modo de premisas. Su esclarecimiento definitivo corresponde a quienes asuman la misión de conductores.

La primera conclusión es —como he dicho en artículo anterior— que la comunidad no ha llenado su finalidad, supuesto que ésta era la de fortalecer la situación del indígena y ponerle a salvo de las acechanzas de los mistes voraces. No

discuto la causa: constato el hecho. Por consiguiente, una de dos: o esa comunidad se reforma, o se la debe extinguir. Algo de inaplicable, de absurdo hay en el sistema comunitario de nuestra sierra. Quizás si su origen colonial adoleciera de taras esenciales. Espero la luz de los especialistas para que ello me sea revelado.

La segunda conclusión conduce a sostener que conviene desconfiar tanto del terrateniente como del indígena o miste culto, así no tenga bienes cuantiosos. El gamonalismo no comporta necesariamente el latifundio. Es algo espiritual, algo síquico, algo personal. Gamonal es el que explota y maltrata y abusa del indio, tenga tierras o no. Algunos indios paupérrimos pero ambiciosos, practican el gamonalismo más descarada y duramente que el propietario del latifundio más extenso. Así como no ha faltado defensor del indígena que sirva, al mismo tiempo, a algún latifundista gamonal.

La tercera conclusión, en fin, no trata sino de algo que ya ha sido aplicado a la tierra y es el impuesto por extensión. En los latifundios existen grandes zonas no cultivadas, fácilmente redimibles si se aplica una ley previsora y severa.

Además, a modo de acotaciones indispensables, no creo posible olvidar las relaciones especiales establecidas entre el indio y el latifundista, en el sistema de prestación de servicios y en el de usufructuación de la tierra; ni deben ser tan desdeñados el "célico" afán de conducir al poblador indígena del Perú a la escuela, y multiplicar éstas, y auspiciar el acercamiento y la cooperación con la costa, y señalar la cultura como el mayor diferenciador, mucho más que la raza y la región geográfica, ya que la explotación que sufre el serrano se la imponen en gran parte sus propios paisanos "leídos", y ya que la costa misma está llena de indígenas, más superficiales y más "costeños" que nosotros los costeños. . ,

Adrede, dejo a este artículo su estructura esquemática y no añado una sola acotación más: que sobre todo ello ando incierto, pues me faltan luces guiadoras en el sendero. Estoy seguro que, en un debate impersonal y sereno, habrían encontrado, acaso, algunas otras sugerencias. Lástima que el último, encaminado a ello, sólo haya servido para hablar demasiado de las personas y muy poco de las ideas.

Mundial, Lima, 25 de marzo de 1927. N° 353

Sin que ello envuelva una autocrítica, tengo ahora que referirme a mi penúltimo artículo en *Mundial* a propósito de las contradicciones observadas en ciertos sectores de defensores del indígena. Tengo que referirme, pues, a lo que insinué sobre la supuesta antinomia entre colonialismo e indigenismo, los dos ismos más caprichosos e incompletos de cuantos invaden nuestra literatura nacionalista.

Hace aproximadamente un año, en otra revista, escribí un artículo titulado "Perricholismo", bien acogido por los gerifaltes del sector a que aludo y entre ellos por mi compañero Mariátegui. Forzosamente vuelvo a aludir a ello, porque de otro modo podría parecer inconsecuente con mis propias ideas. Y conste que ya voy presumiendo de tener ideas, aunque más no sea que para el uso privado, ya que el monopolio del cicerone intelectual anda en manos mucho más expertas y vigorosas que las mías...

El "perricholismo" —hizo cierta fortuna el término— consistía en el endiosamiento indebido de lo superfluo de la colonia, en el elogio desmedido a lo baladí, a lo anecdótico, en hacer de la mesticita doña Mica Villegas un símbolo adorable y en que el mote con que solía reprenderla o insultarla su decrepito amante Amat, se tornase un piropo encendido y eloquentísimo.

El colonialismo o pasadismo entrañaba otra significación mucho más honda, pero por lo mismo, mucho más discutible. Nadie se atrevería a debatir, según presumo, acerca del perricholismo demasiado episódico y anecdótico para representar realmente algo fundamental de nuestra historia y nuestra mentalidad. Como un motivo de forjar leyendas amables, tradiciones odorantes a cortesanía o hirvientes de sorna, era y sigue siendo interesante, a pesar de que Palma casi agotó el tema y de que carecía de elementos vitales, indispensables en la obra de arte aderezada a nuestro gusto modernísimo. Pero, como siempre existen seres desprovistos del sentido vital, gentes inactuales, perennemente inactuales, nada más lógico que ese

género de arte sin vitalidad fuéales grato al paladar. Todo esto con respecto a lo perricholesco. Todo, para delinear mejor a los muchos escritores y no escritores que simbolizaron la época colonial en la mesticilla de marras y creyeron que Lima fue un Versalles y la Perricholi, una Pompadour. Si alguien desea cerciorarse de que mi pensamiento ha sido siempre enemigo de tal tendencia, le remito como último documento el fallo del jurado del Concurso Municipal último, en el que, refiriéndose a mi trabajo premiado se me reprocha el no ser bastante tolerante con la Lima de los Virreyes. . . Como documento más remoto le remitiría a cierto estudio que sobre literatura nacional publiqué en 1920, defendiendo el quechuismo en la literatura; y aún más, a cierto libraco en que, al estudiar la literatura colonial, deslicé no pocas frases amargas contra el espíritu de tal época.

Digo lo anterior, para que no crean los lectores menos informados que pertenezco a la falange de los enamoradores del Virreinato, pero también para que no se me confunda con los que detractan lo que ignoran. Elogiándolo o censurándolo, el Coloniaje me debe más de una hora pasada en el estudio de sus documentos y en el escarbamiento de su alma. . .

Pues bien: por mucho que se refuerza el problema, no se podrá encontrar gran oposición entre lo que se ha encasillado bajo los rubros de "colonialismo" e "indigenismo". La oposición existe solo entre lo perricholesco y lo espontáneo, entre la caricatura y el original, entre lo episódico y lo profundo, entre el tiempo y el reloj. Es que lo perricholesco fue una falsificación de la colonia, cuya monotonía encierra un significado que es preciso analizar con mucho cuidado, ya que en ella se encierra la clave de más de un fenómeno presente. Es que el propio asunto del indigenismo no puede desprenderse de su patrón colonialista, puesto que sus defensores del día, lejos de adoptar una posición más humana, prefieren quedarse en el cómodo papel de redentores y protectores, ni más ni menos que el fraile Las Casas. Es que el modo de enfocar la cuestión, todavía es un tanto colonial. Y algo más lamentable: se confunden vocablos quizás para confundir más a los apacibles curiosos de estas cosas. Bajo el título de colonialismo entiendo que se encasilla todo lo que es fervor por lo pretérito, esfuerzo reaccionario, culto por los apellidos y halagos sociales,

aristocracia, espíritu conservador y —no estoy seguro— devoción exótica europeizante. Dentro del indigenismo se agrupan, en cambio, los anhelos nacionalistas, el acercamiento al pueblo, el desdén por las aristocracias sociales, la afición a lo autóctono, el espíritu revolucionario. ¿Coinciden las tendencias con sus títulos? Eso es lo de menos. Pero ¿no es verdad que sería más propio, más valiente, más de acuerdo con la historia y con la vida, llamarlos simplemente, retrasados y avancistas?

El colonialismo parece representar, tal como lo entienden algunos, la tara retrógrada, conservadora a ultranza. El indigenismo, el movimiento hacia el futuro, la revolución. Pero no es exacto que así ocurra. Ni siquiera que dentro del indigenismo se dé el nacionalismo más constructivo. Nada de eso. El llamado colonialismo retiene demasiados elementos españoles, pero el indigenismo de rótulo tiene más de otros países europeos y bastante poco del Perú. Por lo pronto se compara al indio con el mujik, en vez de estudiar, antes, de un modo seguro y personal, al hombre de nuestra sierra.

A través de relatos ajenos, la realidad sufre deformaciones irremediables. ¿Vale la pena, acaso, citar el resobado ejemplo de la visión del Greco? Y algo se trasluce en el movimiento actual de mis colegas. No todos han estudiado con paciencia y sin prejuicios la historia y la vida nacional, y sin embargo querrían encerrarla en diez mandamientos como los del Sinaí. Dificil tarea para quien no creó el mundo; digo por no despertar pavor en el ánima de ningún católico.

La lucha no se traba, pues, entre el rezago colonial y el indigenismo; entre el exótico y el indígena. Al resucitar aquella terminología, parece que hubiera existido el propósito de restaurar una conquista a la inversa. Como ahí se evoca la lucha del español que domeñó y destruyó al indígena, la oposición resulta aparentemente exacta. Escarbémosla un poco y surgirán las deficiencias. En la República, los indígenas sufrieron tanto como bajo el coloniaje, y aún dentro del Incanato no está precisamente establecido que el indígena dejara de padecer. Si de un lado existía cierta alegría dionisiaca, según sus más connotados defensores, estos mismos convienen en el mal de nostalgia, en el “ausentismo” que traslucen las melodías y los cantares indígenas. Un pueblo en el que existía el odioso sistema de los “mitimaes”, mal podía tener una ale-

gría sincera. Y sin preferir los tetricos cuadros de Tschudi, nadie negará que, bajo el Incanato, el indígena sufrió también opresión y vasallaje.

De modo que la oposición ha sido secular y se acrecentó no solo con la conquista española, sino también con la conquista intelectual francesa y, luego, con la europeización. A medida que la instrucción avanzaba iba quedando más rezagado el indio, y se le despreciaba más. Ese, pues, era un fruto del exotismo, como que también lo fue la opresión del Incanato, en el cual se oprimía sólo a las tribus extranjeras. La lucha quedaba y queda, así planteada, entre el autóctono y el extranjero, es decir entre lo indígena y lo exótico; la instrucción lejos de aminorar distancias las acrecentó, porque fue una instrucción orientada hacia Europa y solo dada a un pequeño grupo de peruanos, bien sea por falta de recursos fiscales, bien por preferencias de campanario, bien por la natural desconfianza del indio a este nuevo sistema de sojuzgamiento que entreveía en la escuela. Faltaba cultura; sólo se daba instrucción. La cultura nos habría hecho volver los ojos a la tierra. La instrucción nos llevó al mar. Tal oposición que agravó la situación del indio, no es fruto de la lucha entre colonialistas e indigenistas, sino de exotistas y autoctonistas, y aunque los mimbres nada significan y, muchas veces, bajo un título modesto se oculta un producto de valía, en este caso, ya que se trata de orientar, sería preferible no insistir en clasificaciones que favorecen yerros, y sí en definir estrictamente el verdadero sentido de las tendencias en pugna y de cuyo choque saldrá, indudablemente, un nuevo derrotero para la nacionalidad.

Mundial, Lima, 11 de marzo de 1927. N° 352

III

INTERVENCIONES EN LA POLEMICA

Como ya hemos mencionado, intervinieron en la polémica otros escritores, unos comentando el debate y otros aportando sus propias conclusiones sobre el tema indígena. Entre ellos encontramos al escritor tacneño Roberto Mac Lean Estenós que, con el seudónimo de "Maquiavelo", publica en Mundial un artículo titulado "El indio está de moda"; al pintor y escritor cuzqueño Darío Eguren Larrea, que bajo el seudónimo de "Pitucha" escribe "El indio y otra cosa más"; al señor Manuel M. González y, por, último a Manuel Seoane, quien desde Buenos Aires, donde permanecía desterrado desde 1924, envió un artículo interesante, que trascribimos.

EL INDIO ESTA DE MODA

MAQUIAVELO *

Un artículo de José Angel Escalante, "Nosotros, los indios...", que merece reproducirse en los sesentitrés periódicos que se editan en el Perú, ha suscitado una interesante polémica, en las páginas de *Mundial*, entre Luis Alberto Sánchez y José Carlos Mariátegui. La seriedad de la revista ha permitido que la controversia no se agrie en disputa personal y se mantenga, como debe mantenerse esta clase de discusiones, dentro de un elevado ambiente de cordialidad y de cultura.

Razón tenía el cronista al afirmar que las playas, los hombres, las bestias, los "niños bien", los calcetines y las "cocottes" solían ponerse en moda.

El indio está de moda.

Hoy se le considera —ya lo dijimos alguna vez— el matiz pintoresco de nuestras serranías y no se ve en él más allá de su leyenda ancestral y su indumentaria exótica.

Diez siglos, desde Manco hasta Atahualpa, amasaron la gloria del indio.

Tres siglos de coloniaje y cien años republicanos destruyeron la obra de la naturaleza y pulverizaron en el fango esa gloria de titanes.

Hoy el indio —¡avergüenza decirlo!— es un ente reconcentrado y taciturno, extraño y hosco, rebelde a todo contacto so-

* Seudónimo de Roberto Mac Lean Estenós.

cial, raquíptico de cuerpo y alma, mitad hombre y mitad bestia, de cerebro fósil y corazón hipertrofiado.

El gamonalismo y el alcohol, la comedia bufa de los patronatos y el tinterillaje criollo del papel sellado, succionan sus energías y deprimen su mentalidad.

Se le considera un motivo fácil de inspiración para los versificadores noveles y un tema propicio para las composiciones escolares.

Y sin embargo...

Ningún problema tan complejo como el del indio. Las universidades eludieron culpablemente toda solución. Y las juventudes, enfrascadas en rancias filosofías o en idearios hipócritas, pervirtieron al pueblo en la demagogia; pero se encogieron de hombros ante el dolor indígena o —lo que es más grave— lo explotaron con la astucia de los fariseos y la saña de los cuervos.

Al hacerlo así, universidades y juventudes han contraído una tremenda responsabilidad histórica.

El indio es la base de nuestro ejército y la médula de nuestra nacionalidad. Es un deber ineludible, pues, ciudadanizar a las masas analfabetas, salvarlas de la animalización e incorporarlas a la vida de la patria. En tanto, millones de hombres, hambrientos de justicia, trabajan y esperan...

Mundial, Lima, 11 de marzo de 1927, Nº 352

EL INDIO Y OTRA COSA MAS

PITUCHA *

Sigue en vigor ascendente la cuestión del indio.

Puesta sobre el tapete de la discusión por el diputado y escritor cusqueño doctor José Angel Escalante, ha suscitado la polémica en este acogedor *Mundial* entre José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez, polémica o discusión que

* Seudónimo de Darío Eguren Larrea (n. Cuzco-m. Lima). Periodista, dibujante y escritor. Autor de *Crónicas de Pitucha*.

probablemente seguirá no obstante la declaración de Mariátegui en el último número, de darla por terminada en cuanto a las apreciaciones de índole personal se refieren, dejando, probablemente, abierta la puerta de la cancha para un nuevo trenzamiento desde el punto de vista doctrinario.

Y la clarinada del político en referencia, no solo ha promovido esta polémica entre los dos notables pesos ligeros del periodismo limeño, sino que ha venido a poner a flote el hondo anhelo que todos los serranos tenemos en el alma de discutir y definir en Lima y de una vez por todas, las reformas que deben hacerse en las diversas fases de la vida nacional del indio.

Contamos para ello con la comprensión y el aliento de Don Augusto B., que en el Perú es como contar con el soplo divino.

Por lo pronto, *El Sol*, el diario limeño de aspiración nacionalista, está para descolgarse con una campaña pro-reforma militar, consultando a todos aquellos jefes del ejército peruano que hayan estado más en contacto con los batallones indígenas.

Hablando de esto mismo, un muy inteligente y alto jefe del ejército, de alma completamente india, hace noches me decía:

—Es indispensable una reforma radical en los reglamentos de nuestro ejército. Yo no me explico ese afán monomaniático de meter en el indio el espíritu, los usos y costumbres del soldado europeo, cuando dejándolo con su espíritu y usos es tan maravilloso soldado; el mejor del mundo, nada menos. La cuestión del uniforme es la que más le subleva. El indio con sus ropas o con los atavíos guerreros de todos los pieles rojas hechos a base de plumas, es sencillamente majestuoso e imponente; pero metido en el uniforme europeo es sencillamente risible. El dolman con su cuello cerrado le resulta insufrible y las bandas inútil estorbo y peso en sus pantorrillas, acostumbradas a caminar infatigables en los más tremendos fríos de la cordillera. Con la misma razón que el europeo desprecia un turbante de plumas, puedo yo reírme a mandíbula batiente del soldado alemán, el mejor de Europa, que se cubre la cabeza con una reluciente cacerola de cobre y se para tieso como si se hubiera tragado un sable y marcha a grandes zancadas como los pájaros bobos. Y lo mismo que sucede con los militares pasa con los paisanos: imagínese a cualquier pro-hombre de tipo indio con un gran turbante de plumas y lo ve-

rá usted imponente; en cambio véalo con sombrero de copa y chaqué... y le darán ganas de tirarle piedras.

—¿De manera que es usted partidario del cambio de uniforme en el ejército?

—Indudable. Un uniforme original, netamente peruano, sobre todo el de parada, que dignifique y dé majestad al indio. Otra cosa es la música: la música tiene tal poder en el alma del indio, que los incas la utilizaban para dar ánimo a guerreros y trabajadores, de ahí el sabor maravillosamente épico de los bailables incaicos. Pero ahora las bandas de los batallones compuestos por indios, tocan vales, fox-trots y charleston, porque los jefes del cuerpo son costeños y algunos se permiten despreciar, de puro ignorantes, la maravilla de la música autóctona. Que comisionen a los jefes serranos organizar la reforma para los contingentes indígenas, que a éstos los dejen instruirse en la sierra y ya verá qué ejército le damos al Perú.

Bueno: esto del poder de la música sí que es innegable. El doctor Escalante, a instancias de sus amigos, ha inaugurado en los salones de su residencia en Miraflores, los “martes indios”, a los cuales asiste una crecida concurrencia político-intelectual y entre la que figuran notables arpistas de Ayacucho, “quenistas” del Cuzco, guitarristas de Puno y Arequipa, pianistas de diversos departamentos, grandes tocadores todos de música incaica.

Y allí sí que se puede apreciar todo lo grande que es el indio de América. Al oír esos maravillosos “huaynos” tocados en varios instrumentos y ante cuya fuerza épica no son nada ni las danzas guerreras de Borodine, uno tiene la sensación plena de estar en un vivac indio de la antigüedad, en los bordes del Gran Cañón del Colorado o en las faldas del Pachatusan, cuando se encendían las fogatas anunciadoras de los terribles combates.

Entre trozo y trozo de música se habla de arte, de literatura, de política, y se brinda porque el Perú, merced al indio, llegue a ser lo que fue antes: el país más temible de Sudamérica.

Mundial, Lima, 18 de marzo de 1927, N° 353.

Con verdadero interés he seguido el curso de la polémica que, sobre el problema de la raza incaica —problema que en sí encierra el porvenir de la nacionalidad y el que por ahora más interesa a las jóvenes generaciones del Perú— han sostenido en las columnas de *Mundial* dos intelectuales bastante conocidos: Luis Alberto Sánchez y José Carlos Mariátegui.

Un artículo, de honda repercusión, publicado en *La Prensa* por José Angel Escalante ha sido, podremos decir, la chispa inicial de la polémica que, aunque ha servido para definir la filiación y perfilar la personalidad de los polemistas, desgraciadamente, no ha aportado a la resolución del problema sino algunos conceptos que pueden ser el punto de partida para que se aclare los alcances y verdadera orientación del nacionalismo y la cuestión indígena, cuya interpretación, alguna vez dijimos, debe ser la incorporación efectiva del indio a la actividad nacional a base de igualdad, a base de libertad y sinceridad.

Sin pretender hacer una crítica, muy lejos estoy de ello, de las ideas sostenidas por los escritores en referencia, cuyo valor y actuación son bastante conocidos, quiero, ya que me creo, si no capacitado, por lo menos autorizado a tratar los problemas de la raza incaica, por el legítimo derecho que me da el hecho de pertenecer a ella, hacer un ligero comentario y exponer algunos modestos conceptos al respecto.

En primer lugar, como consecuencia evidente y como una afirmación categórica a la doctrina sostenida por José Angel Escalante en su artículo "Nosotros, los indios...", la polémica mencionada ha servido para demostrarnos una vez más que el indio, únicamente él, será capaz de resolver sus propios problemas; a nadie que no sea él, por más que lo pregone, puede interesar el asunto, en realidad, más allá de especulaciones filosóficas y fantasías literarias. Creo que es una prueba palpable la forma en que se ha desarrollado la polémica, pues, hemos visto pasar el asunto principal —la cuestión indígena— a segundo término para convertirse en una especie de auto-

análisis y crítica mutua, un bombardeo de conceptos y frases más o menos sutiles. No se ha llegado a ninguna conclusión, ni al fondo mismo del asunto y los puntos finales han sido puestos, con gran sorpresa para nosotros, en el momento que creímos se iniciaría la efectiva, verdadera discusión. Se le ha eludido a pesar de que el dilema planteado por Sánchez —ir a ellos para exterminarlos o ir a ellos para enaltecerlos —era necesario definirlo.

Yo, personalmente, contestaría: no ir a ellos para nada, se bastan para, solos, resolver sus problemas y colocarse en el lugar que, por sus indiscutibles méritos, por sus valores potenciales, les corresponde en la nacionalidad; es cuestión de tiempo: el porvenir es suyo. Pero, ya que de ir se trata y sobre todo, queriendo responder a Luis Alberto Sánchez que, dicho sea de paso, merece mi mayor consideración y admiración, diré: sí, ir a ellos, pero para educarlos, despertar sus energías, levantar su espíritu, darles la conciencia de su valor, la fe en sus destinos y el convencimiento de que el porvenir del Perú está en ellos. Educarlos en la extensión más amplia de la palabra, formando una ideología propia sin necesidad de importar doctrinas más o menos en boga como el socialismo en que Mariátegui se encasilla para esquivar, ingeniosamente, la polémica. Claro está, su filiación, muy respetable por cierto, está en pugna, a nuestro modesto parecer, con la verdadera orientación que debe darse al nacionalismo para resolver el problema indígena. No creo en la eficacia del socialismo, sin tratar de opinar sobre la bondad de tal doctrina, para aplicarlo al problema; pienso que su aplicación en el Perú, daría resultados negativos por la ignorancia en que se encuentra el pueblo, la masa indígena sobre todo; hemos visto su fracaso, convirtiéndose en anarquismo, en pueblos de una cultura más avanzada que el nuestro.

En nuestra actual democracia, en nuestra presente organización social, hay bastantes principios —igualdad de derechos, de deberes, oportunidades para desarrollarse libremente— cuya aplicación efectiva, leal, bastarían para mejorar la situación desigual en que se halla colocado el indio. El gamonalismo y latifundismo desaparecerán solos, sin necesidad de violencias ni cauterios de un radicalismo más o menos candente; sin necesidad de importar ideologías ni pretender aplicar princi-

píos de dudosa filiación tratando de hacer ensayos sociológicos; desaparecerán, digo, cuando se haya hecho llegar hasta el corazón mismo de las masas indígenas la cultura necesaria para que comprenda su valor; haciendo propaganda sincera, sana; educando todos los elementos de nuestra sociedad, haciendo comprender a todos sus derechos y sus deberes. Una labor tenaz, sencilla, sin complejidades metafísicas, puede hacer más que todas las brillantes teorías de la intelectualidad. Lo que se necesita es acción, mucha acción, dinamismo, saber traducir en hechos la enorme fecundidad de ideas que muestran las jóvenes generaciones; menos literatura abstracta; mayor capacidad para producir hechos que muestren la realidad de la idea central: el mejoramiento del indio colocándolo a la altura de su valor.

Desgraciadamente, todo lo que se diga respecto al problema indígena no servirá sino para complicarlo más. Mientras no coincidan las opiniones de los que realmente se interesan en la resolución de él será muy difícil emprender una campaña efectiva, amplia, para llegar a un fin palpable; es necesario coordinar las ideas y conceptos al respecto armonizando las opiniones para formar una ideología propia, aplicable al medio y a las circunstancias características del problema. Aunque es verdad que tratándose de problemas sociales de evolución larga y difícil de prever, como el que nos ocupa, es, si no imposible, difícil trazar un programa definido, completo; sin embargo, la orientación que pueda dársele cabe dentro de una escuela o doctrina con principios y métodos perfectamente lineados y sobre todo principios de cuya aplicación pueda tenerse las mayores probabilidades, doctrina en la que la acción pueda responder inmediatamente a la idea.

Por eso la ideología sostenida por José Angel Escalante, en su artículo ya mencionado, es la única que, teniendo a más del optimismo y confianza en los destinos de la raza, bastante para destruir el pesimismo y tono quejumbroso de sus detractores con aires de protectores, la base firme en que se sustenta —la realidad misma— puede, por la situación política de su autor, ser capaz de dar resultados positivos puesto que, estamos seguros, a la idea seguirá la acción y la aplicación de los principios enunciados.

Antes de concluir quiero hacer mención al comentario de Luis Alberto Sánchez cuando se refiere a las experiencias de López Albújar como Juez de Huánuco. Creo que es bastante para refutar las consecuencias de tales experiencias. Cuánta verdad encierra ese comentario, verdad que, yo, confirmo cuando analizo y comparo los hechos y circunstancias en que observaba la vida del indio allá en mi niñez cuando mi padre era Juez de una provincia del Cuzco. De ese análisis y comparación he obtenido las mismas conclusiones de Sánchez, la enorme diferencia —muy humana por cierto— que existe en su actitud ante el Juez, ante el patrón y su actitud libremente, en su choza, entre los suyos, en su chacra. No hay derecho para opinar en forma tan rotunda porque se le ha observado desde el estrado de Juez, cuando se ha observado al indio acusado, criminal. Hay que observarlo, para opinar y estudiar su sicología, como lo ha observado Escalante, como lo hemos observado los que habiendo crecido en su seno, vivido con ellos, llevamos su sangre, sentimos sus inquietudes, comprendemos sus anhelos. Los que lo hemos observado en su vida tranquila, normal, serena, allá en las quebradas y punas de los Andes, estamos convencidos de su formidable potencialidad, de su alto valor.

El indio es el porvenir de la nacionalidad; el indio se impondrá, pero no el indio como lo ven ahora, sino como es, como sea cuando se haya hecho de él todo lo que es capaz. Cuando se le haya educado, se hayan despertado sus poderosas energías, cuando se le haya incorporado efectivamente a la nacionalidad, haciendo, como bien dice José Carlos Mariátegui, un Perú integral a base de una ideología propia y de un renacimiento que surja del corazón de los Andes; un Perú integral en el que el elemento étnico netamente peruano, el indio, triunfará tarde o temprano, eliminando las impurezas que actualmente existen. Su sangre, pura, noble, libre de hibridismos, se impondrá, dominará, y comunicando a todos su vigor y energía hará de nuestra actual nacionalidad una verdadera potencia que marche a la vanguardia de las generaciones del futuro.

Mundial, Lima, 1º de abril de 1927. N° 355

Buenos Aires, Abril de 1927

A los compañeros del Grupo Resurgimiento
Cuzco-Perú

Compañeros:

Al ingresar al Grupo Resurgimiento, aceptando una designación que honra, siento la urgencia espiritual de llevar hasta ustedes una palabra de adhesión entusiasta a la causa generosa que defienden.

Observando la realidad peruana constatamos, tristemente, que no es un ideal de justicia el que norma las relaciones sociales. Acá y allá apunta el dolor su flechazo de descontento. Paralelamente a la satisfecha insolencia de los menos, tropezamos con la trágica angustia de los más. Los que amamos la justicia por la justicia misma, los que sentimos hondamente el amor a la sociedad de que formamos parte, es natural que expresemos nuestro descontento y nos decidamos a bregar incansablemente por suprimir los males sociales que vemos a nuestro alrededor.

Suficientemente se evidencia en la lógica brutal del dolor vivo, el problema peruano. Sobran, por eso, las polémicas sospechosas de remedo parlamentista, dentro de cuyas sutilezas y sofismas pretende destilar su pesimismo venenoso el privilegio en peligro. Por eso no se debe permanecer en la nebulosa de un individualismo escéptico, reacio a polarizaciones mentales, contrario a las acciones realizadoras, posición que por carecer de todo hasta carece del baladí prestigio de la moda. Por eso es menester definirse, decidirse.

O con el privilegio, o con los explotadores, que son una clase, o con los explotados, que somos los peruanos, que somos la nación. O con la comodidad bellaca de un régimen de injusticia o con los azares de una lucha por el bien, que nos reportará congojas y penurias pero que multiplicará nuestra felicidad.

* Manuel A. Seoane (Lima, 1900-Washington D. C. 1963). Político, orador, periodista, diplomático. Fundador y líder del Apra. Autor de *Rumbo argentino*, *La garra yanqui*, *Nuestra América y la guerra*, etc.

dad espiritual en el presentido agradecimiento de las generaciones por venir.

La organización política del Perú, en su marcha institucional atraviesa una encrucijada. Distintas condicionantes históricas la han colocado frente a dos caminos divergentes. Uno, que se abre a la derecha donde se afianzará el régimen burgués, apoyado por el industrialismo particular creciente, por el gamonalismo todo poderoso, por el imperialismo yanqui, por la ciencia explotadora, amplio camino, sin duda, ornado con todos los atributos del progreso material, pero pavimentado con sangre de los esclavos económicos y señalado con los mudos monumentos del dolor humano como trágicos hilos de su ruta.

Y también hay otro camino, que rompe su cinta de luz hacia la izquierda, al que parece alumbrar el carmesí resplandor de un amanecer, en el que adivinamos la pendiente que precede a toda elevación, donde primará un régimen de justicia y de igualdad, donde podremos abrazarnos todos los peruanos, exentos de odios fratricidas, donde habrá reivindicado su dolor el indio silencioso, el obrero atormentado, el fatigado campesino, el empleado sufriente, el pequeño comerciante, el conscripto insatisfecho; camino y cuesta a la vez, difícil de trepar sin duda, que quizás causa fatigas y cansancios prematuros, que exigirá esfuerzos anormales, pero que ofrece como recompensa final la de alcanzar un régimen de paz y de amor.

Tal la encrucijada ante la que se halla el Perú y como el Perú la América. Serán nuestra voluntad y nuestra decisión las que impriman el rumbo, las que señalen la marcha. Si estamos frente a esa bifurcación es necesario que orientemos nuestro paso diciendo nuestra verdad. Nada importa lo que suceda después. Sigamos el imperativo consejo de Nietzsche: "Di tu palabra y rómpete".

Parecerá dogmática una afirmación semejante. Y efectivamente lo es. El mundo atraviesa una hora en la que hay necesidad de ser dogmáticos, ha dicho el maestro Ingenieros. Además, así como llamamos terquedad a la "constancia de los otros", solemos atribuir a dogmatismo la honda convicción ajena. Quien cree en su verdad debe quererla, debe ser intransigente, debe ser dogmático. En cuestiones de principios, ha dicho Haya de la Torre, la única transacción que cabe es la ren-

dición del enemigo. Resueltos a hacer virar el Perú hacia la izquierda, debemos ser así: duros como rocas en nuestras posiciones de combate. Dura como la roca es el hacha que demuele y dura porque es la roca el sostén de las montañas.

* * *

"Resurgimiento" es un hito en la marcha. Ya Mariátegui, nuestro José Carlos Mariátegui, precisó su significación histórica: "Resurgimiento" señala un vigoroso empuje hacia el camino de la justicia.

No es una mera casualidad la ubicación de su sede central. Cuzco, la vieja ciudad imperial, tenía que ser la cuna de un movimiento reivindicacionista. Si no el Cuzco precisamente, cualquiera de las provincias, pues las provincias han desempeñado un rol proletario frente al orgulloso y necio centralismo de la capital. Toda insurgencia, pues, —o todo resurgimiento— habría de florecer allí donde la injusticia fortificó la pasión reivindicadora.

Y conviene señalar más. La situación de angustia económica del Perú en general —excepción hecha de esa Lima yanqui colonial, orgullo torpe de los que creen que la nación es "la perla del Pacífico" y la "perla del Pacífico" el jirón de la Unión o la avenida Leguía— esa situación de angustia, decimos, repercute naturalmente modelando precisas características espirituales de los individuos.

Los provincianos sienten muy hondamente su miseria local. Miden en el índice máximo del desequilibrio, toda la injusticia que rige el sistema económico peruano. Lógicamente tienen que ser disconformes y ansiar la renovación o el resurgimiento.

Claro que son una excepción los gamonales, también provincianos, que a veces suelen hasta reconocerse indios. Pero por algo los gamonales huyen de su provincia, van a la capital con algún propósito político, o van a Europa, y solo regresan a su tierra para organizar la explotación y para ahogar en sangre todo intento de reivindicación indígena. Por eso los gamonales se "limeñizan" espiritualmente —aunque no pierdan su pazguatería y quizás, precisamente, por no perderla— y pontifican, con la audacia inconfundible de todos los parciales, que

el Perú está en el mejor de los mundos, que las provincias nada tienen que pedir y sí mucho que agradecer y que no hay ninguna tragedia social que remediar.

Pero cerremos esta digresión. Decimos que es natural que la terrible lucha por la vida, muy dura para el provinciano, genere un espíritu rebelde y disconforme que no suele aclimatarse en el limeño tontamente infatuado con externos progresos de campanario. Por eso es que han sido provincianos en general, y casi sin excepción, los que han tremolado, primero, los gallardetes de la insurgencia.

Es que la angustia del dolor provinciano, rompiendo los postigos del ñoño respeto hacia una evidente injusta composición social ha permitido mantener abiertas las ventanas del espíritu para recibir por ellas el aire puro de la renovación. Todo disconforme está apto para adquirir ideas de mejoración, y ésta es, sin duda, la mejor definición de juventud mental, ya que la cronológica, desgraciadamente, muchas veces sólo sirve para cubrir un penoso senilismo del alma. Por eso en las provincias —necesitadas de romper el absurdo centralismo vigente— sufridas, proletarias, y en el Cuzco, principalmente, prende con tanto entusiasmo este ambiente de renuevo para el que tan reacia muéstrase la muelle ciudad de los virreyes temporales y los presidentes vitalicios. Por eso las provincias —jóvenes del espíritu— no cruzan sus brazos ante el dolor del Perú. Sensible a la tristeza colectiva, esta nueva generación —nueva en el sentido intelectual— ha tomado una actitud hermosa, sin precedentes en la mezquina historia política del país, aprestándose a bregar heroicamente por la justicia social.

“Resurgimiento”, cuzqueño y provinciano, rebelde y disconforme, es un signo, una exteriorización más, que viene a sumar su voz de protesta en este himno rudo y masculino que en todos los ámbitos del Perú, hermanándose con otros sonos insurrectos de la América, anuncia la próxima renovación institucional.

* * *

Cualquiera realización de justicia en el Perú está hondamente ligada al problema del indio. Esclavo durante la colonia, es también esclavo durante la república. Víctima, antes de la “independencia”, de la casta dominante colonizadora, es hoy

también víctima de la casta dominante criolla. Robadas sus propiedades, negados sus derechos, humillado por el blanco explotador y por el gamonal de su raza, víctima de la exacción y del abuso, enfermo de dolor y desconfianza, tras cuatro siglos de angustia, el indio del Perú contemporáneo es la expresión sublimada de una pavorosa tragedia social.

“Resurgimiento” se yergue frente a la cobardía cómplice y frente a la maldad hecha sistema, pronto para defender al indio. ¿Cómo no ingresar a sus filas, cómo no coadyuvar a sus esfuerzos, cómo no participar en la lucha si sabemos que en el indio está el verdadero soporte de la grandeza futura y que trabajando por su reivindicación trabajamos por la reivindicación social?

Y no se trata de una obra de caridad, es un prejuicio burgués. Al indio no se le van a regalar derechos porque esos derechos le corresponden. No es, por tanto, una cuestión de generosidad, sino una cuestión de justicia.

Han habido muchas sociedades “filantrópicas”, burdos escenarios de señorones políticos, a veces simplemente acéfalos, a veces simplemente sinvergüenzas, que han dicho luchar en favor de la raza aborigen. Se han contentado con mejoras formales, con simples cambios de apariencia, con correcciones parciales poco peligrosas. Pero no han intentado jamás llevar al indio hacia un régimen de igualdad justiciera. Hasta la última partícula de su subconsciente habríase rebelado contra tendencia tal. Eran, solamente, personas “caritativas”.

Conviene insistir en esto. Nuestra compleja sicología de criollos españolizantes es propicia a la formación de sentimientos antes que a la captación de ideas. Frente a la vida, los criollos solemos adoptar una actitud antes de intentar una comprensión. Por eso ciertos tipos clásicamente sentimentales retoñan en nosotros con insistencia sorprendente. Apenas nos conmueve un sentimiento poderoso, de nuestro espíritu emerge un Don Quijote, atolondrado y bizarro —bizarro, pero atolondrado— o un Francisco de Asís, manso y generoso —generoso, pero manso—. Siempre brota el sentimiento con más vigor que la razón, siempre adoptamos la actitud antes de llegar a la comprensión.

Por eso es tan fácil suscitar una reacción generosa ante el dolor indígena, lo que explica el auge del tema en la litera-

tura reciente. Pero una reacción así es sentimental, y como todo lo sentimental, pasajero e inconstante. Por eso es muy difícil ubicar la posición principista del problema que como todo lo principista, de origen racional, es difícil de captar y luego más difícil de cumplir. Pero ensayémoslo ahora.

* * *

El problema del indio peruano es principalmente un problema económico, es decir, un problema vinculado a nuestra actual organización social. Cualquiera de sus manifestaciones externas se reduce, en último análisis, a la circunstancia original de la injusticia en el régimen de la propiedad.

Mientras haya latifundios, habrá necesidad de indios semi-esclavos. Mientras la riqueza pueda acapararse por una clase, habrá explotación organizada y esclavitud de la raza. Para que unos tengan mucho y no trabajen nada, es fatalmente necesario, por mecánicas razones de equilibrio, que otros no tengan nada y trabajen mucho.

Circunstancias peruanísimas reducen, casi por completo, el problema indígena a un problema campesino, problema de tierras que se resuelve modificando el régimen de la propiedad agrícola. Esto es lo fundamental: lo económico. Todo lo demás es adjetivo.

Así, por ejemplo, suele argumentarse que el indio es un explotado porque es ignorante. No. Se confunde efecto con causa; es un ignorante porque es un explotado. Porque lo agobian a trabajo para que no pueda aprender. Y no lo dejan aprender porque el mantenimiento de ese atraso espiritual asegura el mantenimiento de la explotación, esto es, del latifundismo. El privilegio de los opresores necesita de la ignorancia de los oprimidos. Rompiéndose tal equilibrio se rompería el sistema todo. De ahí que para vencer la ignorancia y el atraso espiritual haya que vencer, primero, a sus guardianes: los terratenientes, los políticos burgueses, la ciencia, la distintas ramas, en fin, de la clase dominante.

Luego, pues, trátase de un problema económico, principalmente económico y no de un problema espiritual, puramente racial.

Así lo comprueba, también, el hecho de que haya indios

explotadores, a quienes no hay que defender sino combatir. Para que nos emocione un llamado —que puede ser étnico, circunstancialmente— es necesario que cuando parta la voz de “Nosotros los indios”, advirtamos que parte de un núcleo de sufrientes, de parias, de la gleba misma y no de sus flanqueadores, de sus Judas Iscariotes, de sus mismos verdugos, disfrazados con el ropaje de origen racial, indios sin duda, pero indios explotadores, sanguinarios, crueles, espinas para la propia raza.

Por eso —aun a riesgo de majadería— hay que insistir en que es un problema económico y no un problema racial. Es decir que hay que reivindicar al indio porque es un explotado y no porque es un indio. No podemos olvidar que no todos los indios son explotados ni todos los explotados son indios. Y la injusticia es general para todos los que sufren el peso del privilegio ajeno.

Mientras la propiedad se mantenga en las condiciones vigentes, el egoísmo humano favorecerá la explotación del hombre por el hombre.

Quien sienta el dolor indígena, debe sentir también el dolor de los demás oprimidos del país y de la tierra, y dirigir su acción de orden racional y no puramente sentimental contra el sistema mismo generador de las desigualdades e injusticias.

No basta, pues, con ser “caritativo”. Ni basta, tampoco, con ser “indigenista”. Quien sienta hondamente la pasión justiciera deberá poner su empeño más allá del filantropismo y más allá de un problema aparentemente racial. El dolor del indio peruano es el dolor del explotado americano. No se cura con inútiles jeremiqueos ni con paños tibios de reformas medias. Se cura, y este es el único remedio definitivo, con la destrucción del sistema que en las propias entrañas lleva el germen del mal.

O se cambia el actual mecanismo económico o perdura la explotación.

Escojan su deber los que sientan su responsabilidad. Regresen por el fácil camino del acomodo los que gustan de los placeres imbéciles o los que atemorizan con las tareas heroicas. La nueva generación revolucionaria, como Pizarro, conoce que los más no cruzan la raya del esfuerzo. Pero basta

con los menos si estos son sinceros, si son valientes, si son puros.

Aquellos que sientan hondamente el amor a su tierra, que deseen para la colectividad de que forman parte una etapa menos dolorosa que la presente, que tienen noción de la unidad social de América, que comprenden los peligros que acechan y los bienes que podrían conquistarse, están en la obligación de aunarse con la nueva generación revolucionaria.

Palacios, el maestro y luchador argentino, ha dicho estas duras y verdaderas palabras: "La generación caduca, conservativa y retrógrada, en cuyas manos se encuentra todavía el destino de América, ha cumplido ya su ciclo y sólo puede estorbar la marcha hacia el futuro. Se ha embriagado con el poder y estima su Dios al signo que lo produce. Para conquistarlo, adopta la jesuítica de que el fin justifica los medios. Así, en los países pobres encarcela y destierra a sus adversarios, tildándoles de enemigos de la patria y de las instituciones, mientras pisotea a éstas y entrega la nación al extranjero". Acusación tan ruda, cuya interpretación alusiva no necesita andaderas, marca el camino declinante de la vieja generación.

Debe reemplazarla esta falange de hombres nuevos que hoy parece obedecer la imprecación ultraterrena de González Prada: "viejos a la tumba, jóvenes a la obra". Sí. Obligación de los espíritus mozos de aunarse para la acción política renovadora. Haya de la Torre, vigoroso espíritu, ha dicho: "Trabajadores manuales e intelectuales, forman el frente único de la justicia".

La mejor forma de salvar a la Patria, declaró Manuel Ugarte, es empujarla al porvenir. Hagamos eso nosotros. Las banderas están desplegadas. La Alianza Popular Revolucionaria, partido continental, condena todas las aspiraciones que están gestando el porvenir.

Frente al problema indígena, que, como hemos dicho, es un problema de tierra principalmente, adopta, en líneas generales, el principio de la nacionalización del suelo. Libre de la imposición individual, la tierra para todos, administrada por el Estado socialista, volverá a ser la madre generosa y fecunda de una cultura agrícola, "resurgimiento" de la admirable cultura de los quechuas.

Ese es el partido, el Frente Unico dentro del que hay que agruparse, el que ha recibido adhesiones tan importantes como la de la Unión Latino Americana, La Liga Anti-imperialista y que ha merecido elogios de hombres de la talla de Romain Rolland, José Ingenieros, Alfredo Palacios y José Vasconcelos.

Cinco son sus puntos internacionales, que compendian la realidad social americana: acción conjunta de los pueblos de América: 1) por su unidad política; 2) contra el imperialismo yanqui; 3) por la nacionalización de tierras e industrias; 4) por la internacionalización del canal de Panamá y 5) en favor de todos los pueblos oprimidos del mundo.

América inicia una nueva etapa de su historia. Cuna de una nueva cultura, está próxima a una renovación total. La Alianza Popular Revolucionaria Americana es el brazo que gestará la transformación. El ideal de justicia arraigará en este continente. La humanidad tiene en nosotros un destello de esperanza. Arrojemus a los fariseos de la democracia para realizar en nuestra grande patria común el hogar amoroso donde imperen la felicidad humana y la justicia social.

Somos una generación bendecida con tan enorme responsabilidad. Por lo que no hicieron nuestros padres y por lo que ahorraremos a nuestros hijos, tenemos que triplicar el esfuerzo. Soldados de una guerra santa, tenemos que luchar incansablemente. Por eso hemos renunciado a nuestros bienes materiales, a la comodidad precaria de las satisfacciones exteriores, a la diversión y al descanso. Tempranamente amargados, tempranamente exigidos por la obra, nos hemos hecho hombres sin haber sido niños. Acaso no tuviéramos dolor más grande, si, paradójicamente, no sufriéramos también el de emplear la violencia para conseguir la paz. Pero no importa. Anudemos con nuestra voluntad toda pena disolvente de energías. Y, firme la mirada hacia el porvenir, fanáticos de nuestro ideal, cerrando los ojos ante las espinas que nos hieren, prosigamos el camino —que también es cuesta— hasta alcanzar la cumbre final.

Integralmente con ustedes “contra el imperialismo yanqui, por la unidad de los pueblos de América, para la realización de la justicia social”.

Manuel A. Seoane

Amauta. El Proceso del Gamonalismo. Boletín de Defensa Indígena. Lima, mayo de 1927. Año 1

IV

RESONANCIA DE LA POLEMICA

Como la primera de las resonancias podría considerarse la decisión del eminente indigenista y escritor Luis E. Valcárcel (moqueguano de nacimiento como Mariátegui pero cuzqueño por educación y tendencia) de solicitar a los dos polemistas, Mariátegui y Sánchez, el prólogo y el colofón para su vibrante libro *Tempestad en los Andes* (1927), que se editó en la imprenta que codirigía Mariátegui. Damos ambas piezas.

Mariátegui inició la semana siguiente de cerrada la polémica, la redacción y publicación hebdomadaria, en *Mundial*, de "El problema de la tierra" con que comienza, posteriormente, su libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) por lo cual hemos incluido los dos primeros artículos pertinentes de ese ensayo por sus expresas alusiones a la discusión. Sánchez compuso un pequeño libro, humorístico, glorificando la presencia del indigenismo en nuestra literatura, bajo el título de *Se han sublevado los indios* (1928): apareció en un mismo volumen, nunca reeditado, con *Equivocaciones de Jorge Basadre* —y redactó el capítulo sobre "Literatura Incaica" que concluyó el primer tomo de la *Literatura Peruana* (1928). Mariátegui comentó elogiosamente esta obra en *Mundial* en un artículo que reproducimos.

Al viajar Sánchez a Chile (1930), como primer profesor de intercambios escogido por la universidad de ese país (con el que se habían reanudado relaciones diplomáticas sólo en

1929) los periodistas de Lima le ofrecieron un agasajo: Sánchez era Copresidente de la Asociación Nacional de Periodistas, y Mariátegui se adhirió con una carta fechada el 23 de mayo de 1930, o sea 24 días antes de su muerte. Sánchez retornó trayéndole a Mariátegui la invitación del Rector de la Universidad de Chile, Armando Quesada Acharan, a dictar conferencias: la nota fue entregada a la viuda, por haber fallecido José Carlos dos días antes del regreso de Sánchez.

Sánchez escribió para el primer número de la revista *Presente*, Julio de 1930, una larga semblanza de Mariátegui, casi desconocida hoy, que también transcribimos como una comprobación del nivel en que se desarrolló aquella polémica y de la mutua consideración y afecto que invariablemente se guardaron los polemistas.

EL PROBLEMA DE LA TIERRA I

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Quienes desde puntos de vista socialistas estudiamos y definimos el problema del indio, hemos empezado por declarar absolutamente superados los puntos de vista humanitarios o filantrópicos, en que, como una prolongación de la apostólica batalla del padre Las Casas, se apoyaba la antigua campaña pro-indígena. Nuestro primer esfuerzo ha tendido a establecer su carácter de problema fundamentalmente económico. Hemos insurgido, primeramente, contra la tendencia instintiva —y defensiva— del criollo o “misti”, a reducirlo a un problema exclusivamente administrativo, pedagógico, étnico o moral, para escapar a toda costa del plano de la economía. Por esto, el más absurdo de los reproches que se nos pueden dirigir es el de lirismo o literalismo. Quiénes colocamos, en primer plano, el problema económico social, asumimos la actitud menos lírica y menos literaria posible. No nos contentamos con reivindicar el derecho del indio a la educación, a la cultura, al progreso, al amor y al cielo. Comenzamos por reivindicar, categóricamente, su derecho a la tierra. Esta reivindicación perfectamente materialista, debería bastar para que no se nos confundiese con los herederos o repetidores del verbo evangélico del gran fraile español, a quien, de otra parte, tanto materialismo no nos impide admirar y estimar fervorosamente.

Y este problema de la tierra —cuya solidaridad con el problema del indio es demasiado evidente para que haya que explicarla cada vez que se le cita—, tampoco deseamos atenuarlo

o adelgazarlo utópicamente. Todo lo contrario. Por mi parte, yo trato de plantearlo en términos absolutamente inequívocos y netos.

El problema agrario, he dicho, se presenta, ante todo, como el problema de la liquidación de la feudalidad en el Perú. Esta liquidación debía haber sido realizada ya por el régimen demo-burgués formalmente establecido por la revolución de la independencia. Pero en el Perú no hemos tenido en cien años de república, una verdadera clase burguesa, una verdadera clase capitalista. La antigua clase feudal —camuflada o disfrazada de burguesía republicana— ha conservado sus posiciones. La política de desamortización de la propiedad agraria iniciada por la revolución de la independencia —como una consecuencia lógica de su ideología— no condujo al desenvolvimiento de la pequeña propiedad. La vieja clase terrateniente no había perdido su predominio. La supervivencia de un régimen de latifundistas produjo, en la práctica, el mantenimiento del latifundio. Sabido es que la desamortización atacó más bien a la comunidad. Y el hecho es que durante un siglo de república, la gran propiedad agraria se ha reforzado y engrandecido a despecho del liberalismo teórico de nuestra Constitución y de las necesidades prácticas del desarrollo de nuestra economía capitalista.

He repetido, de acuerdo con esta tesis, que las expresiones de la feudalidad sobreviviente son dos: latifundio y servidumbre, haciendo hincapié en el hecho de que no se puede liquidar la servidumbre, que pesa sobre la raza indígena, sin liquidar el latifundio.

Planteado así, el problema agrario del Perú no se presta a deformaciones equívocas. Aparece en toda su magnitud de problema económico-social —y por tanto político— del dominio de los hombres que actúan en este plano de hechos e ideas. Y resulta vano todo empeño de convertirlo, por ejemplo, en un problema tecno-agrícola del dominio de los agrónomos.

Nadie ignora que la solución liberal de este problema sería, conforme a la ideología individualista, el fraccionamiento de los latifundios, para crear la pequeña propiedad. Es tan desmesurado el desconocimiento, que se constata a cada paso, entre nosotros, de los principios elementales del socialismo,

que no será nunca obvio ni ocioso insistir en que esta fórmula —fraccionamiento de los latifundios en favor de la pequeña propiedad— no es utopista, ni herética, ni revolucionaria, ni bolchevique, ni vanguardista, sino ortodoxa, constitucional, democrática, capitalista y burguesa. Y que tiene su origen en el ideal liberal en que se inspiran los estatutos constitucionales de todos los Estados demo-burgueses. Y que en los países de la Europa Central y Oriental —donde la crisis bélica trajo por tierra las últimas murallas de la feudalidad, con el consenso del capitalismo de Occidente que desde entonces opone precisamente a Rusia este bloque de países anti-bolcheviques— en Checoslovaquia, Rumanía, Polonia, Bulgaria, etc. se ha sancionado leyes agrarias que limitan, en principio, la propiedad de la tierra, al máximo de 500 hectáreas.

Congruente con mi posición ideológica, yo pienso que la hora de ensayar en el Perú el método liberal, la forma individualista, ha pasado ya. Dejando aparte las razones doctrinales, considero fundamental este factor incontestable y concreto que da un carácter peculiar a nuestro problema agrario: la supervivencia de la comunidad y de elementos de socialismo práctico en la agricultura y la vida indígenas.

Pero quienes se mantienen dentro de la doctrina demo-liberal, pueden —si buscan de veras una solución al problema del indio, que redima a éste ante todo de su servidumbre— dirigir la mirada a la experiencia checa o rumana, dado que la mexicana, por su inspiración y su proceso, les parece un ejemplo peligroso. Para ellos es aún tiempo de propugnar la fórmula liberal. Si lo hicieran, lograrían, al menos, que en el debate del problema agrario, provocado por la nueva generación, no estuviese del todo ausente el pensamiento liberal, que según la historia rige la vida del Perú desde la fundación de la República.

Mundial, Lima, 18 de marzo de 1927. Nº 353

EL PROBLEMA DE LA TIERRA II

JOSE CARLOS MARIATEGUI

El problema de la tierra esclarece la actitud vanguardista, o socialista, ante las supervivencias del Virreynato. El "perricholismo" literario no nos interesa sino como signo o reflejo del colonialismo económico. La herencia colonial que queremos liquidar no es, fundamentalmente, la de "tapadas" y celosías, sino la del régimen económico feudal, cuyas expresiones son el gamonalismo, el latifundio y la servidumbre. La literatura colonialista —vocación nostálgica del virreinato y de sus fastos— no es para mí sino el mediocre producto de un espíritu engendrado y alimentado por ese régimen. El virreinato no sobrevive en el "perricholismo" de algunos trovadores y algunos cronistas. Sobrevive en el feudalismo en el cual se asienta, sin imponerle todavía su ley, un capitalismo larvado e incipiente. No renegamos, propiamente, la herencia española; renegamos la herencia feudal.

España nos trajo el Medioevo: inquisición, feudalidad, etc. Nos trajo, luego, la Contrarreforma: espíritu reaccionario, método jesuítico, casuismo escolástico. De la mayor parte de estas cosas nos hemos ido liberando, penosamente, mediante la asimilación de la cultura occidental, obtenida a veces a través de la propia España. Pero de su cimiento económico, arraigado en los intereses de una clase cuya hegemonía no canceló la revolución de la independencia, no nos hemos liberado todavía. Los raigones de la feudalidad están intactos. Su subsistencia es responsable, por ejemplo, del retardamiento de nuestro desarrollo capitalista.

El régimen de propiedad de la tierra determina el régimen político y administrativo de toda nación. El problema agrario —que la República no ha podido hasta ahora resolver— domina por esto todos los problemas de la nuestra. Sobre una economía semi-feudal no pueden prosperar ni funcionar instituciones democráticas y liberales.

En lo que concierne al problema indígena, la subordinación al problema de la tierra resulta más absoluta aún, por razones especiales. La raza indígena es una raza de agricul-

tores. El pueblo inkaiko era un pueblo de campesinos, dedicado ordinariamente a la agricultura y el pastoreo. Las industrias, las artes, tenían un carácter doméstico y rural. En el Perú de los Inkas era más cierto que en pueblo alguno el principio de que "la vida viene de la tierra". Los trabajos públicos, las obras colectivas más admirables del Tawantinsuyo, tuvieron un objeto militar, religioso o agrícola. Los canales de irrigación de la sierra y de la costa, los andenes y terrazas de cultivo de los Andes, quedan como los mejores testimonios del grado de organización económica alcanzado por el Perú inkaiko. Su civilización se caracterizaba, en todos sus rasgos dominantes, como una civilización agraria. "La tierra —escribe Valcárcel estudiando la vida económica del Tawantinsuyo— en la tradición regnícola, es la madre común: de sus entrañas no solo salen los frutos alimenticios, sino el hombre mismo. La tierra depara todos los bienes. El culto de la Mama Pacha es par de la heliolatría; y como el sol no es de nadie en particular, tampoco el planeta lo es. Hermanados los dos conceptos en la ideología aborigen, nació el agrarismo, que es propiedad comunitaria de los campos y religión universal del astro del día".

Al comunismo inkaiko —que no puede ser negado ni disminuido por haberse desenvuelto bajo el régimen autocrático de los Inkas— se le designa por esto como comunismo agrario. Los caracteres fundamentales de la economía inkaika —según César Ugarte, que define en general los rasgos de nuestro proceso económico con suma ponderación— eran los siguientes: "Propiedad colectiva de la tierra cultivable por el 'ayllu' o conjunto de familias emparentadas, aunque dividida en lotes individuales intransferibles; propiedad colectiva de las aguas, tierras de pasto y bosques por la 'marca' o tribu, o sea la federación de ayllus establecidos alrededor de una misma aldea; cooperación común en el trabajo; apropiación individual de las cosechas y frutos".

La destrucción de esta economía —y por ende de la cultura que se nutría de su savia— es una de las responsabilidades menos discutibles del coloniaje, no por haber constituido la destrucción de las formas autóctonas, sino por no haber traído consigo su sustitución por formas superiores. El régimen colonial desorganizó y aniquiló la economía agraria inkaika, sin

reemplazarla por una economía de mayores rendimientos. Bajo una aristocracia indígena, los nativos componían una nación de diez millones de hombres, con un Estado eficiente y orgánico cuya acción arribaba a todos los ámbitos de su soberanía; bajo una aristocracia extranjera, los nativos se redujeron a una dispersa y anárquica masa de un millón de hombres, caídos en la servidumbre y el “felahismo”.

El dato demográfico es, a este respecto, el más fehaciente y decisivo. Contra todos los reproches que —en el nombre de conceptos liberales, esto es, modernos, de libertad y justicia— se puedan hacer al régimen inkaiko, está el hecho histórico —positivo, material— de que aseguraba la subsistencia y el crecimiento de una población que, cuando arribaron al Perú los conquistadores, ascendía a diez millones y que, en tres siglos de dominio español, descendió a un millón. Este hecho condena al coloniaje y no desde los puntos de vista abstractos o teóricos o morales —o como quiera calificárseles— de la justicia, sino desde los puntos de vista prácticos, concretos y materiales de la utilidad.

El coloniaje, impotente para organizar en el Perú al menos una economía feudal, injertó en ésta elementos de economía esclavista. De éste y los demás aspectos de la herencia feudal, trataré en mi próximo artículo.

Mundial, Lima, 25 de marzo de 1927. Nº 353

SE HAN SUBLEVADO LOS INDIOS (Fragmento)

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Primer Tiempo

Perricholismo, colonialismo, pasadismo

Toda una literatura episódica, anecdótica, surgió en torno de la Perricholi y el Coloniaje. Desde un punto de vista social, aquello se denomina pasadismo; desde el político, colonialismo; desde el literario, perricholismo. A mí no me interesa,

ahora, sino el literario. He aquí, pues, explicada la génesis de lo perricholesco. Literatura superficial, epidérmica, españolizante, coloniófila, anticriolla y seudocriolla como las niñas “bien” taconeando en la zamacueca; antipopular y seudopopular como los académicos que comen anticuchos con tenedor y cuchillo; intrascendente y antivernácula, por mucho que aplaudan el cabrioleo de una cabalgata criolla. Pura “categoría”, “puf”, pura crinolina para descaderadas. No es extraño que las abuelas señoriales hablen con el estilo de esa literatura, aunque con picardía. La técnica de la saudade, como toda técnica, es mil veces más seca y deplorable, que la saudade misma.

“American Romantic”

Hubo, pues, literatura portuguesa, de romanticismo saudoso. A los cincuenta años, los osos suelen volver irresistiblemente al pasado, según el testimonio de los que han llegado a esa tremenda etapa. Suspiros y recuerdos: el pasado anima la literatura americana y peruana. Ha sido, pues, el romanticismo esencia del arte nuestro. Aunque se diga que hay una indudable tonalidad clásica en Garcilaso, en Chocano, en González Prada, en Palma, yo creo precisamente, lo contrario. Garcilaso con su fervor recordatorio y su nostalgia penetrante; Chocano con su individualismo y su confesionalismo; Palma, con su inspiración, su época y su forma; Prada por el élan mismo de su obra, son definitivamente románticos. Si algo uniforma la literatura americana es el acento romántico: desde Garcilaso hasta César A. Vallejo, aquí en el Perú; desde Bernal Díaz del Castillo y Sor Juana Inés, Sarmiento e Isaacs, hasta Vasconcelos y Jorge Luis Borges, allá... Rojas anotaba algo semejante en *Eurindia*¹. Los norteamericanos también suspiran con Edgardo Poe, o bufan —tremar romántico, desmesurado— con Walt Whitman. Un foxtrot gangoso, popularísimo en Yanquilandia, se titula “American Romantic”. Demos cuerda a la victrola y escuche usted, lector.

¿Satira? ¿Satíricos? ¿Satiriasis?

Las niñas “bien” gustan del chisme. Las niñas mal, también Critican el sombrero de la amiga y la americana del amigo; o

¹ *Eurindia* : título de un libro del escritor argentino D. Ricardo Rojas, en el que aborda el tema del mestizaje indoeuropeo; publicado en 1924.

al amigo de la amiga y a la amiga del amigo, así, en total. El espíritu es lo que menos críticas atrae.

El charleston requiere soltura en las piernas, pero según dicen los veteranos, en el valse había además esgrima de ingenio: puede ser, pero agita mucho.

La literatura perricholesca admira, también, el baile sabio y la americana bien cortada. (¡Cuántos evocadores sintieron determinarse su vocación nada más que por lo gentil de una silueta de redingote, o los vuelos de una gorguera endomingada!). Es fisgona, pues, con la fisgonería callejonera— conventillera dicen en otras partes— o con malevolencia salonera. De ahí arrancan la glosomanía y la llamada sátira nacional. Según los autores canonizados, la literatura nacional se caracteriza por la sátira. La sátira encarna, sintetiza, expresa, refleja, sublimizada, el alma nuestra. La sátira es la espuma del limeñismo y el limeñismo la savia de la nacionalidad. Para llegar a la originalidad hay que empezar por ser “satíricos” (las comillas son mías). De donde sátira y satíricos, equivalen a literatura y literatos nacionales. Y de donde, además, la longeva satiriasis de Amat prolonga este perricholismo, que es satiriasis también, satiriasis cerebral con ideal de ingenio y donosura.

DOS PUNTOS: No confundo la sociología con la literatura. A mí se me da un pito que un autor sea provinciano o capitalino, costeño o serrano. Ni en literatura, ni en historia, ni en sociología me han detenido jamás el árbol genealógico, ni la papeleta de residencia, tan del gusto de empleados municipales. Hablo de limeñismo en literatura, porque así lo han calificado lectores duchos en frivolidades extranjeras y en profundidades nacionales. Y porque siempre se parecen, si no son parientes, los literatos festejadores del oropel, lindantes con la nota social, el chisme malevolente y la zalema salonera... Evidente, sí, que la Colonia afincó mejor en Lima por razones de preferencia, conveniencia y engreimiento. Otra cosa habría sido absurda e irrisoria. No se molesten los profesionales de provincialismo: un limeño repite que Lima y el Virreinato confundieron en una sola sus aptitudes.

También acepta que de Lima arrancó la reacción anticolonial; que en Lima iniciaron su colonialismo muchísimos provincianos, y que otros tantos agravaron la enfermedad capita-

lina con su hinojamiento previo. Síntesis: pandemonium de ideas tendencias y orígenes.

Sátira, ironía, chiste, libelo

Los prototipos de nuestros satíricos suelen ser así, en orden rigurosamente crítico-oficial: Caviedes, Teralla, Segura, Pardo, Fuentes, Juan de Arona, Palma, Yerovi, Gamarra. Un lápiz rojo tarja varios nombres: queda Pardo. Un lápiz azul añade: González Prada, Valdelomar, el anónimo. Porque, en fin de cuentas ¿qué es lo que satirizaron los demás? ¿Qué corrigieron o pretendieron corregir? Vamos a liquidar esta sociedad bluffista.

Caviedes hizo chistes, se burló de los médicos, les atacó, tuvo de chistoso y de libelista; de ataque acerado, envenenado, y de mofa bastante grosera como la consonancia en "ete" y demás. Teralla y Landa, un bilioso, enfermo de mal venéreo, lanzó insultos y befas por la boca o por la pluma que, anteriormente, habíale servido para adular al virrey Gil o Croix. Eso, ni panfleto; libelo nada más. Ahí no hay asomos de fin moralizador; este señor resolvió vengarse de Lima, y la venganza es lo más distante de la sátira que existe, porque sátira supone amor, amor consciente, viril, empeñoso, amor, nada más que amor. Don Ascencio Segura, el tuerto y militar Segura —ya es oficial que los defectos físicos tengan relación con el alma de los literatos peruanos, a juzgar por algunas observaciones que More hacía—, posee gracia infinita, es pintoresco, retrata bien, sin ironía, con buen humor. Si este tuerto está profundamente enamorado de lo criollo, tal como es, ¿qué lo va a satirizar? Enamorado tal como es, fíjese bien, señor Zoilito. ¿Cómo va a querer corregir lo que le llena de deleite? Andemos con lógica... Y Fuentes, un epigramista, un episodio de nuestra literatura, un ingenio funcionaril, de esos que alternan la lectura de Código con una socarronería sobre los hijos de la vecina; autor de estadística y de versada chistosa, abogado ducho en achaques de código y en chácharas picantes y risueñas, mal podía representar la moral, el fin satírico, el afán de corregir, siendo abogado. Funcionario satirizable, ¿qué de idealista en su juicio de Trigamia o aletazos de Murciélago? ¿Y la bilis de Juan de Arona, trocada en altitud de magisterio moralizante? No, por Dios: Arona, como Florentino Alcorta, es hom-

bre de ingenio, de cultura clásica, pero de una biliosidad incomparable y de una mordacidad enconada. Con anagramas hirientes, no se satiriza ni se corrige nada.

Ni siquiera se arranca sonrisas, sino carcajadas gordas. El libelo no es sino pariente putativo y remoto de la sátira. Como el pasquín de la copla popular. También pudieron aspirar a ser satíricos multitud de periodiquitos de ocasión y de procacidad formidable. Una turba de "Leguitos", "Fray", etc. Bien definidos todos con la divisa de uno de ellos, creo *La Tunda*, el cual decía: "Garrotazos y ténte tieso —hasta no dejarle hueso"; y otra frase sintomática de espíritu de venganza: "Esta hoja no admite bromas —aquí quien las da las toma". Si confundimos rencor con indignación, no tenemos derecho para creer que la conveniencia y convicción no sean una misma cosa. En la sátira hay indignación, sentimiento que supone dignidad ofendida, la delicadeza irritada, la altitud herida. En el libelo y sus derivaciones, surge el rencor, que supone impotencia y odio disfrazado, bajuno.

Además se ha confundido de un modo lamentable lo pintoresco con la sátira y con el chiste. Ese "pintoresco" prócer que aparece en Segura y en Abelardo Gamarra, quien a menudo tiene aciertos satíricos, ese pintoresco que es sal de una veta criolla costumbrista, como "Piltrafas" de Loayza, las improvisaciones del cojo Soria y las crónicas de Portal.

Los satíricos

Los grandes satíricos nuestros son, sin duda, Pardo y González Prada —qué oposición— y, luego, Gamarra y el anónimo. Pardo y Prada, dos tendencias políticas encontradas y, por lo mismo, más interesante el caso. Gamarra no tuvo la fuerza del uno ni la refinada ironía del otro. Su sátira es más directa, más alusiva, más fragmentada, con pormenor, mayoritaria, de acuerdo con la tendencia del anónimo, menos artística. Por lo mismo lo situó en otro campo.

Pardo —hablo de Felipe, pues, claro—, hombre engreído, europeoizante y españolista furibundo, hombre de aristarquías, escribió algunas piezas fundamentales dentro de lo satírico. Su "Constitución Política", su "Ministro", su "Niño Goyito", en general, "El Espejo de mi tierra", delatan al satírico de alcur-

nia, con guantes pulcros y buen gusto. Este sabe lo que acusa y desea una transformación de las costumbres. Este hace reír, pero corrige. Que fuera equivocado su europeísmo y antiperuano su españolismo, eso pertenece a la sociología, a la historia y a la política, no a la literatura neta. Este es, pues, un señor satírico (detalles en cualquier antología).

González Prada, jamás considerado entre los satíricos, lo fue en verdad. *Opera omnia* es el título de sus escritos satíricos.

El embate de *Horas de Lucha*, esos desfiles de hechos y personajes tarados, esas figuras restallantes con que apostrofa a los adversarios ("ataúdes que caminan solos", etc.) esas remembranzas quevedescas del Licenciado Cabra, denuncian al satírico enfervorizado en una labor de moralista, que arranca sonrisas a menudo, y siempre hace meditar; mucho correctivo; quizás poca risa: Juvenal era así.

Pero una duda tremenda me atribula. Los críticos están de acuerdo en que Pardo y González Prada, por contrario modo, son los menos peruanos de los escritores peruanos. Y resulta que la sátira es el género literario netamente nacional. Como asegura la crítica oficial, sus cultivadores son los menos nacionales. Un galimatías cuya solución aunque la dejo esperantista, podría encararse provisionalmente así: la sátira es el género literario menos nacional y sus cultivadores son los más nacionales; otra solución: la sátira es el género más nacional pero sus cultivadores son los menos nacionales, (criterio oficialesco), y otro, en fin, la sátira es lo menos nacional, y, como consecuencia, sus representativos son también menos nacionales, conclusión, ésta, lógica pero irreal. Mientras se reúne el congreso esperantista, pensamos que Sarmiento, gran europeizante, hizo por la Argentina más, mucho más que tanto gaucho auténtico. Y que Prada, gran amador de las ideas francesas, hizo por el Perú más que mucho criollo embeleco.

Lima, 1928

PROLOGO A TEMPESTAD EN LOS ANDES

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Después de habernos dado en sus obras *De la vida inkai-ka* y *Del ayllu al Imperio* una interpretación esquemática de la historia del Tawantinsuyu, Luis E. Valcárcel nos ofrece en este libro una visión animada del presente autóctono. Este libro anuncia "el advenimiento de un mundo", la aparición del nuevo indio. No puede ser, por consiguiente, una crítica objetiva, un análisis neutral; tiene que ser una apasionada afirmación, una exaltada protesta.

Valcárcel percibe claramente el renacimiento indígena porque cree en él. Un movimiento histórico en gestación no puede ser entendido, en toda su trascendencia, sino por los que luchan porque se cumpla. (El movimiento socialista, por ejemplo, solo es comprendido cabalmente por sus militantes. No ocurre lo mismo con los movimientos ya realizados. El fenómeno capitalista no ha sido entendido y explicado por nadie tan amplia y exactamente como por los socialistas).

La empresa de Valcárcel en esta obra, si la juzgamos como la juzgaría Unamuno, no es de profesor sino de profeta. No se propone meramente registrar los hechos que anuncian o señalan la formación de una nueva conciencia indígena, sino traducir su íntimo sentido histórico, ayudando a esa conciencia indígena a encontrarse y a revelarse a sí misma. La interpretación, en este caso, tal vez como en ninguno, asume el valor de una creación.

Tempestad en los Andes no se presenta como una obra de doctrina ni de teoría. Valcárcel siente resucitar la raza keswa. El tema de su obra es esta resurrección. Y no se prueba que un pueblo vive, teorizando ó razonando, sino mostrándolo viviente. Este es el procedimiento seguido por Valcárcel, a quien, más que el alcance o la vía del renacimiento indígena, le preocupa documentarnos su evidencia y su realidad.

La primera parte de *Tempestad en los Andes* tiene una entonación profética. Valcárcel pone en su prosa vehemente la emoción y la idea del resurgimiento inkaico. No es el Inkario

PROLOGO A TEMPESTAD EN LOS ANDES

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Después de habernos dado en sus obras *De la vida inkai-ka* y *Del ayllu al Imperio* una interpretación esquemática de la historia del Tawantinsuyu, Luis E. Valcárcel nos ofrece en este libro una visión animada del presente autóctono. Este libro anuncia "el advenimiento de un mundo", la aparición del nuevo indio. No puede ser, por consiguiente, una crítica objetiva, un análisis neutral; tiene que ser una apasionada afirmación, una exaltada protesta.

Valcárcel percibe claramente el renacimiento indígena porque cree en él. Un movimiento histórico en gestación no puede ser entendido, en toda su trascendencia, sino por los que luchan porque se cumpla. (El movimiento socialista, por ejemplo, solo es comprendido cabalmente por sus militantes. No ocurre lo mismo con los movimientos ya realizados. El fenómeno capitalista no ha sido entendido y explicado por nadie tan amplia y exactamente como por los socialistas).

La empresa de Valcárcel en esta obra, si la juzgamos como la juzgaría Unamuno, no es de profesor sino de profeta. No se propone meramente registrar los hechos que anuncian o señalan la formación de una nueva conciencia indígena, sino traducir su íntimo sentido histórico, ayudando a esa conciencia indígena a encontrarse y a revelarse a sí misma. La interpretación, en este caso, tal vez como en ninguno, asume el valor de una creación.

Tempestad en los Andes no se presenta como una obra de doctrina ni de teoría. Valcárcel siente resucitar la raza keswa. El tema de su obra es esta resurrección. Y no se prueba que un pueblo vive, teorizando ó razonando, sino mostrándolo viviente. Este es el procedimiento seguido por Valcárcel, a quien, más que el alcance o la vía del renacimiento indígena, le preocupa documentarnos su evidencia y su realidad.

La primera parte de *Tempestad en los Andes* tiene una entonación profética. Valcárcel pone en su prosa vehemente la emoción y la idea del resurgimiento inkaico. No es el Inkario

advierte Alfredo Palacios, pueden revestir estas misiones. El "nuevo indio" no es un ser mítico, abstracto, al cual preste existencia solo la fe del profeta. Lo sentimos viviente, real, activo, en las estancias finales de esta "película serrana", que es como el propio autor define a su libro. Lo que distingue al "nuevo indio" no es la instrucción sino el espíritu. (El alfabeto no redime al indio). El "nuevo indio" espera. Tiene una meta. He ahí su secreto y su fuerza. Todo lo demás existe en él por añadidura. Así lo he conocido yo también en más de un mensajero de la raza venido a Lima. Recuerdo el imprevisto e impresionante tipo de agitador que encontré hace cuatro años en el indio puneño Ezequiel Urviola. Este encuentro fue la más fuerte sorpresa que me reservó el Perú a mi regreso de Europa. Urviola representaba la primera chispa de un incendio por venir. Era el indio revolucionario, el indio socialista. Tuberculoso, jorobado, sucumbió al cabo de dos años de trabajo infatigable. Hoy ya no importa que Urviola no exista. Basta que haya existido. Como dice Valcárcel, hoy la sierra está preñada de espartacos.

El "nuevo indio" explica e ilustra el verdadero carácter del indigenismo que tiene en Valcárcel uno de sus más apasionados evangelistas. La fe en el resurgimiento indígena no proviene de un proceso de "occidentalización" material de la tierra Keswa. No es la civilización, no es el alfabeto del blanco, lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución socialista. La esperanza indígena es absolutamente revolucionaria. El mismo mito, la misma idea, son agentes decisivos del despertar de otros viejos pueblos, de otras viejas razas en colapso: hindúes, chinos, etc. La historia universal tiende hoy como nunca a regirse por el mismo cuadrante.

¿Por qué ha de ser el pueblo inkaico, que construyó el más desarrollado y armónico sistema comunista, el único insensible a la emoción mundial? La consanguinidad del movimiento indigenista con las corrientes revolucionarias mundiales es demasiado evidente para que precise documentarla. Yo he dicho ya que he llegado al entendimiento y a la valoración justa de lo indígena por la vía del socialismo. El caso de Valcárcel demuestra lo exacto de mi experiencia personal. Hombre de diversa formación intelectual, influido por sus gustos tradicionalistas, orientado por distinto género de sugerencias

y estudios, Valcárcel resuelve políticamente su indigenismo en socialismo. En este libro nos dice, entre otras cosas, que "el proletariado indígena espera su Lenin". No sería diferente el lenguaje de un marxista.

La reivindicación indígena carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla —esto es, para adquirir realidad, corporeidad— necesita convertirse en reivindicación económica y política. El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como el problema étnico o moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político. Y entonces lo hemos sentido, por primera vez, esclarecido y demarcado.

Los que no han roto todavía el cerco de su educación liberal burguesa, y, colocándose en una posición abstractista y literaria, se entretienen en barajar los aspectos raciales del problema, olvidan que la política, y por tanto la economía, lo dominan fundamentalmente. Emplean un lenguaje pseudo-idealista para escamotear la realidad disimulándola bajo sus atributos y consecuencias. Oponen a la dialéctica revolucionaria un confuso galimatías crítico, conforme al cual la solución al problema indígena no puede partir de una reforma o hecho político porque a los efectos inmediatos de éste escaparía una compleja multitud de costumbres y vicios que solo pueden transformarse a través de una evolución lenta y normal.

La historia, afortunadamente, resuelve todas las dudas y desvanece todos los equívocos. La conquista fue un hecho político. Interrumpió bruscamente el proceso autónomo de la nación keswa, pero no implicó una repentina sustitución de las leyes y costumbres de los nativos por las de los conquistadores. Sin embargo, ese hecho político abrió, en todos los órdenes de cosas, así espirituales como materiales, un nuevo periodo. El cambio de régimen bastó para mudar desde sus cimientos la vida del pueblo keswa. La independencia fue otro hecho político. Tampoco correspondió a una radical transformación de la estructura económica y social del Perú; pero inauguró, no obstante, otro periodo de nuestra historia, y si no mejoró prácticamente la condición del indígena, por no haber tocado casi la infraestructura económica colonial, cambió su

situación jurídica, y franqueó el camino de su emancipación política y social. Si la República no siguió este camino, la responsabilidad de la omisión corresponde exclusivamente a la clase que usufructuó la obra de los libertadores tan rica potencialmente en valores y principios creadores.

El problema indígena no admite ya la mistificación a que perpetuamente lo han sometido una turba de abogados y literatos, consciente e inconscientemente mancomunados con los intereses de la casta latifundista. La miseria moral y material de la raza indígena aparece demasiado netamente como una simple consecuencia del régimen económico y social que sobre ella pesa desde hace siglos. Este régimen, sucesor de la feudalidad colonial, es el gamonalismo. Bajo su imperio, no se puede hablar seriamente de redención del indio.

El término gamonalismo no designa solo a una categoría social y económica: la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios. Designa todo un fenómeno. El gamonalismo no está representado solo por los gamonales propiamente dichos. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etc. El indio alfabeto se transforma en un explotador de su propia raza porque se pone al servicio del gamonalismo. El factor central del fenómeno es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política y el mecanismo del Estado. Por consiguiente, es sobre este factor sobre el que se debe actuar si se quiere atacar en su raíz un mal del cual algunos se empeñan en no contemplar sino las expresiones episódicas o subsidiarias.

Esa liquidación del gamonalismo, o de la feudalidad, podía haber sido realizada por la República dentro de los principios liberales y capitalistas. Pero por las razones que llevo ya señaladas en otros estudios, estos principios no han dirigido efectiva y plenamente nuestro proceso histórico. Saboteados por la propia clase encargada de aplicarlos, durante más de un siglo han sido impotentes para redimir al indio de una servidumbre que constituía un hecho absolutamente solidario con el de la feudalidad. No es el caso de esperar que hoy que estos principios están en crisis en el mundo, adquieran repentinamente en el Perú una insólita vitalidad creadora.

El pensamiento revolucionario, y aún el reformista, no puede ser ya liberal sino socialista. El socialismo aparece en

nuestra historia no por una razón de azar, de imitación o de moda, como espíritus superficiales suponen, sino como una fatalidad histórica. Y sucede que mientras, de un lado, los que profesamos el socialismo propugnamos lógica y coherentemente la reorganización del país sobre bases socialistas y —constatando que el régimen económico y político que combatimos se ha convertido gradualmente en una fuerza de colonización del país por los capitalismos imperialistas extranjeros— proclamamos que este es un instante de nuestra historia en que no es posible ser efectivamente nacionalista y revolucionario sin ser socialista; de otro lado no existe en el Perú, como no ha existido nunca, un burguesía progresista, con sentido nacional, que se profese liberal y democrática y que inspire su política en los postulados de su doctrina. Con la excepción única de los elementos tradicionalmente conservadores, no hay ya en el Perú quien, con mayor o menor sinceridad, no se atribuya cierta dosis de socialismo.

Mentes poco críticas y profundas pueden suponer que la liquidación de la feudalidad es empresa típica y específicamente liberal y burguesa y que pretender convertirla en función socialista es torcer románticamente las leyes de la historia. Este criterio simplista de teóricos de poco calado, se opone al socialismo sin más argumento que el de que el capitalismo no ha agotado su misión en el Perú. La sorpresa de sus sustentadores será extraordinaria cuando se enteren que la función del socialismo en el gobierno de la nación, según la hora y el compás histórico a que tenga que ajustarse, será en gran parte la de realizar el capitalismo —vale decir, las posibilidades históricamente vitales todavía del capitalismo— en el sentido que convenga a los intereses del progreso social.

Valcárcel, que no parte de apriorismos doctrinales —como se puede decir, aunque inexacta y superficialmente de mí y los elementos que me son conocidamente más próximos de la nueva generación— encuentra por esto la misma vía que nosotros a través de un trabajo natural y espontáneo de conocimiento y penetración del problema indígena. La obra que ha escrito no es una obra teórica y crítica. Tiene algo de evangelio y hasta algo de apocalipsis. Es la obra de un creyente. Aquí no están precisamente los principios de la revolución que restituirá a la raza indígena su sitio en la historia na-

cional; pero aquí están sus mitos. Y desde que el alto espíritu de Jorge Sorel, reaccionando contra el mediocre positivismo de que estaban contagiados los socialistas de su tiempo, descubrió el valor perenne del Mito en la formación de los grandes movimientos populares, sabemos bien que este es un aspecto de la lucha que, dentro del más perfecto realismo, no debemos negligir ni subestimar.

Tempestad en los Andes llega a su hora. Su voz herirá todas las conciencias sensibles. Es la profecía apasionada que anuncia un Perú nuevo. Y nada importa que para unos sean los hechos los que crean la profecía y para otros sea la profecía la que crea los hechos.

Lima, 1927

COLOFON A TEMPESTAD EN LOS ANDES

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Ni lo indio, ni lo gauchó, ni lo español
separadamente contienen todo el espíritu
nacional.

Ricardo Rojas (*Eurindia*, 349)

A fuerza de escuchar a las piedras milenarias, Valcárcel ha captado su mensaje. Pero, vehemente profesor de idealismo, alterna, ahora, la proclama encendida con la interpretación ardiente, y, fuego sobre fuego, ha caído su antigua máscara arqueológica por mostrar la faz de predicador iluminado. Predicador laico, rebelde, cuyo sermón se dirige, en regiones abruptas, a estoicos caracteres amasados por el dolor y conaturalizados con el infortunio, ya que hasta la imaginación pedestre de turistas y poetastros ha querido simbolizarlos en cromos convencionales.

Valcárcel, pues, ha olvidado sus andanzas arqueológicas. En sus dos últimos libros adviértese un absoluto cambio de frente. *Del ayllu al Imperio*, colección de antiguos estudios, no es todo lo que pudiera ser desde el punto de vista estrictamente histórico. *De la vida inkaika*, más moderno, trasluce

el afán de un poeta que se extravió por entre los vericuetos de la historia y que hoy reivindica su patrimonio imaginativo, evocando la egregia figura del leyendista Herodoto y la del orador Michelet. Las citas de Spengler, a través de esos ensayos, me parecen embozo o antifaz. Plugiérame mucho leer ahí, transcripciones del *Ramayana* o glosas de *Le couteau dans les dents*. Por eso, quizás, Valcárcel ha seguido, ahora, la senda interpretativa de *Ars Inka* y *Glosario de la vida inkaika*, sus dos producciones más originales, de las cuales desconfían absurdamente los historiadores chapados a la antigua, precisamente porque, para ellos, el dato escueto encierra la única verdad histórica, olvidando que el comentarista debe arrancarle su contenido al dato, prestarle lenguas a la piedra.

De tal guisa, aparece ante mis ojos, el proceso de *Tempestad en los Andes*. El despierto oído de Valcárcel ha escuchado los rumores agoreros y acompasamos nuestro paso al suyo.

* * *

No coincide exactamente, mi posición ideológica ante la cuestión nacional, con algunos aspectos del pensamiento de Valcárcel. Pero ambos, él y yo, estoy seguro, convenimos en el punto de partida: el deseo fervoroso de "peruanizar el Perú", a toda costa, y la urgencia de reformar muchos aspectos de nuestra estructura social. Valcárcel proclama, a pulmón lleno, su indigenismo. Yo proclamo, con igual franqueza, mi TOTALISMO. Para mí, es perjudicial y absurdo, jugar a los gallos regionales. Valcárcel, en cambio, se deja llevar, a veces, por la invencible seducción de la proclama, del periodismo, de la política. (Acordarse de Shaw cuando hablamos de periodismo). Y *Tempestad en los Andes*, en su primera parte especialmente, es una encendida proclama de reivindicación indígena.

Ampara el libro una frase de González Prada. Según ella, "no forman el Perú, las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes", sino que "la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminados en la banda oriental de la cordillera". Hermosa frase y elocuente en su época. Nadie se atrevía a pensar así. Pero, hoy que las cosas han cambiado tanto, es preciso reevaluar esa y muchas otras frases de Prada, ante

cuya memoria me prosterno y cuya magnífica rebeldía será perenne blasón de nuestro pueblo. Porque hay que tener presente la posición combativa, el apostolado actualista y “alusivo”, característicos en el Maestro, y que en cada pensamiento suyo —era un batallador, no un ideólogo apriorista ni un puro idealista— no está demás buscar el motor oculto. Su gran pasión fue la lucha contra el civilismo y la clerecía. Atacó el señorilingo limeño, porque veía su profunda cohesión con el clericalismo y el conservadorismo. Pero él no fue jamás a la sierra a buscar la “verdadera nación”, sino que permaneció en Lima, dirigiéndose a las “agrupaciones de criollos y extranjeros”. Y es que, en un análisis hondo de Prada, sorprendería acaso la similitud con el europeizante Sarmiento, y se vería que en él, como en el otro, fue el nacionalismo de extraño modo y hasta a regañadientes. Y que, en fin, su idiosincracia violenta, agresiva, soberbia, su genialidad de ave de presa, no esconde siempre un magnífico despecho, que le arranca imprecaciones estupendas.

Más no es así como, entiendo yo, habrá que predicar una transformación total del Perú. Oponer el indio como único elemento de posible emancipación, al costeño, escinde en vez de construir. La doctrina ha de ser el totalismo. Y así lo ha dicho, también en *Indología*, el maestro mejicano por quien Valcárcel y yo coincidimos en una fervorosa admiración.

El totalismo debe dirigir nuestros pasos y nuestras prédicas. Si uno de los grandes males ha sido el “centralismo absorbente” el peor antídoto es el regionalismo disolvente. Ni la costa tiene la culpa de las diferencias sociales, ni en Lima todo es como lo pintan los sermones sectarios. Precisamente, un grupo de muchachos rebeldes —el de “Titikaka”, sobre la firma de Gamaliel Churata— dice que existen dos Limas: la que trabaja, se renueva y siente; la que absorbe, se estanca y desdeña. Aquella marcha al unísono con todos los espíritus libres del mundo, del cual no están excluidas las provincias serranas del Perú; ésta, no desea ver perturbadas sus conquistas. Pero, en una y en otra, hay, por igual, provincianos y limeños. La mayor inquietud novadora ha nacido en Lima, desde González Prada, y, antes, desde el tacneño Vigil. No ha sido preciso averiguar la procedencia de nadie. Porque el sentimiento, la lucha, la cultura y el esfuerzo no tienen lugar de

nacimiento ni caben dentro del estrecho espacio del campanario nativo.

Me parece que una de las razones de tales confusiones y desconfianzas, radica en cierta incomprensión de vocablos y conceptos. Claro que es sólo una pequeñísima y nimia razón, pero razón al cabo. No estamos, aún, de acuerdo sobre el significado de "indio" y "criollo". Desde el punto de vista cultural y étnico, existen "indios" absolutamente mestizos y "criollos" completamente indígenas. De donde he venido a sospechar que lo característico del indio no es el nacimiento ni la cultura, sino el ambiente y la situación económica. Y he venido también a constatar que, en el Perú, se acostumbra, equivocadamente, llamar criollo al pinturero zambito jaranista confundiendo la nacionalidad con los "picantes" y la costa con el "tondero". Y eso es falso. Criollo es el fruto genuino de la tierra, del mestizaje, del proceso de la civilización dentro de un territorio; criollo es el castizo, no el autóctono; criollos son el cholo y el zambo; y yo que me siento cholo y lo soy, como lo es Valcárcel, no columbro la distancia entre el sentir de la sierra y de la costa, por el hecho de ser costeño o serrano, ni creo en la rivalidad entre limeño y provinciano, salvo ciertas divergencias individuales o ficticias que la propaganda y el interés han contribuido a sostener.

Claro que el rencor indígena surge, entre otras causas, de la irritante conmiseración y de la culpable desigualdad con que se le ha mirado. Patronatos y Pro-indígenas, asevera Valcárcel, traslucen el mismo afán colonial de mirar al indio como a ser inferior. Brotes de caridad mas no de justicia, esa asistencia de Patronato y Pro-indígena, se le ha dado al indio como limosna, no como retribución legítima. Y la limosna lleva, invívito, el principio del no derecho y de la lástima. He ahí un error sostenido por los limeños y por los "expertos" serranos que han aconsejado a nuestros gobiernos nacionales.

Pero, de ahí a equiparar el problema peruano al de Rusia, también hay distancia. En otro tiempo, Perú se sintió una nueva Francia, como antes se había sentido España. Ambos, dos sentimientos coloniales y eunucos. Surgimos a la emancipación política, remedando a Francia. Por eso, no hemos encontrado nuestro rumbo. La emancipación social, pretende, ahora, surgir de una imitación de Rusia, sin reparar que eso es conti-

nacimiento ni caben dentro del estrecho espacio del campanario nativo.

Me parece que una de las razones de tales confusiones y desconfianzas, radica en cierta incomprensión de vocablos y conceptos. Claro que es sólo una pequeñísima y nimia razón, pero razón al cabo. No estamos, aún, de acuerdo sobre el significado de "indio" y "criollo". Desde el punto de vista cultural y étnico, existen "indios" absolutamente mestizos y "criollos" completamente indígenas. De donde he venido a sospechar que lo característico del indio no es el nacimiento ni la cultura, sino el ambiente y la situación económica. Y he venido también a constatar que, en el Perú, se acostumbra, equivocadamente, llamar criollo al pinturero zambito jaranista confundiendo la nacionalidad con los "picantes" y la costa con el "tondero". Y eso es falso. Criollo es el fruto genuino de la tierra, del mestizaje, del proceso de la civilización dentro de un territorio; criollo es el castizo, no el autóctono; criollos son el cholo y el zambo; y yo que me siento cholo y lo soy, como lo es Valcárcel, no columbro la distancia entre el sentir de la sierra y de la costa, por el hecho de ser costeño o serrano, ni creo en la rivalidad entre limeño y provinciano, salvo ciertas divergencias individuales o ficticias que la propaganda y el interés han contribuido a sostener.

Claro que el rencor indígena surge, entre otras causas, de la irritante conmiseración y de la culpable desigualdad con que se le ha mirado. Patronatos y Pro-indígenas, asevera Valcárcel, traslucen el mismo afán colonial de mirar al indio como a ser inferior. Brotes de caridad mas no de justicia, esa asistencia de Patronato y Pro-indígena, se le ha dado al indio como limosna, no como retribución legítima. Y la limosna lleva, invívito, el principio del no derecho y de la lástima. He ahí un error sostenido por los limeños y por los "expertos" serranos que han aconsejado a nuestros gobiernos nacionales.

Pero, de ahí a equiparar el problema peruano al de Rusia, también hay distancia. En otro tiempo, Perú se sintió una nueva Francia, como antes se había sentido España. Ambos, dos sentimientos coloniales y eunucos. Surgimos a la emancipación política, remedando a Francia. Por eso, no hemos encontrado nuestro rumbo. La emancipación social, pretende, ahora, surgir de una imitación de Rusia, sin reparar que eso es conti-

nuar el destino colonial de nuestro pueblo, que nuestro problema agrario es diverso, que la situación política, económica, étnica, geográfica, social y la estructura histórica de ambos pueblos, los hace diferir sustancialmente, como son distintos todos los pueblos de la tierra, aun los de la misma raza y semejante historia. México, con ser americano y de proceso análogo al nuestro, no podría sernos comparado exactamente, a menos de incurrir en una flagrante equivocación. Argentina, de configuración social quechua, no tiene problemas semejantes a los del Perú y México. Mucho menos Rusia. La imaginación, y el tropo entendrado por ella, nos conduce a equiparar al МУЖИК con el indio, el МИР con la comunidad, etc. Día vendrá en que el mito se esfume, y, entonces, pensaremos en nuestra reforma y en la redención del indio —como lo hizo México— sobre bases nuestras, típicas, escarbando nuestro sensorio.

Para esa reforma, que Valcárcel presagia sangrienta, acordándose de Marx, no habrá necesidad de fomentar odio, sino mucha comprensión y toda cooperación. “No te consuma el odio; el amor es demiurgo”, exclama Valcárcel, reaccionando contra la ola trágica augurada. Y así debiera ser el tono íntegro de este mensaje ferviente que nos llega de Cuzco. “El amor es demiurgo”, en verdad, y, por ello, la prédica debiera encaminarse por los senderos del totalismo. Y combatir, no al costeño por costeño, ni al limeño por limeño, sino al injusto por injusto, al abusivo por abusivo, sin averiguar origen, sin examinar libro de genealogía, sin pedir certificado de residencia.

Si procediéramos así, no supondríamos, por cierto, que “el mestizaje de culturas no produce sino deformidades”, frase de combate, acalorada improvisación del instante agonista, que se le escapa a Valcárcel en su noble deseo de reivindicar al indio y devolverle la situación que reclama. Bien se ve que ello es un decir vehemente. Los mismos “nuevos indios”, que nos pinta, revelan argucias de mestizos, aparte de la cazarería india. Mestizos que escucharon al Ghandi y que empiezan a conocer el secreto de la lucha pasiva, de la no cooperación.

El noble afán de Valcárcel —en este libro que se presta al debate, y así entiendo yo la mejor manera de ponerle color—; noble porque se dirige al humilde, es sincero y se encarna con la tierra misma, le arranca estampas admirables a

las entrañas andinas: el caballista chumbivilcano y el poblacho mestizo, son dos aguafuertes, semejantes a los "hombres de piedra" de otro libro suyo, y anuncian al robusto escritor, capaz de producir vigorosa obra autóctona.

* * *

"Sin ser indios"... dice Valcárcel en alguna página. Y es así. El no es indio. Ciudadano adoptivo del Cuzco, nació en Moquegua y su cultura ha sido española, según se transparenta en el tono de su obra. Por más que él odia al conquistador, demolidor del Imperio —aunque no quiere una resurrección del Incario, como sugieren algunos ingenuos—, su abolengo hispánico se revela en su prosa orquestada a la española. Por eso mismo, se yergue furioso contra la férula de la Academia y propone una ortografía original, que ya usan muchos. Me limito a objetar pancescamente. Nada ganamos reemplazando el "gua" español con la "w", que no es peruana, sino sajona. Tampoco ganamos mucho con sustituir la "c" fuerte con una "k", que tampoco es peruana, sino germana. Pasar de Madrid a Berlín y Londres, no nos da el derrotero del autoctonismo. Prosódicamente nos quedamos en las mismas. Gráficamente, erizamos de postes los renglones. El queshua lo que requiere es uniformar la grafía y la prosodia.

* * *

El cosmopolitismo lleva al nacionalismo, según lo ha demostrado la experiencia histórica. Argentina nos da el ejemplo más próximo. La calumniada y odiada Yanquilandia —calumniada por quienes la creen desprovista de espiritualidad, odiada por los que justamente recelan de su absorcionismo— brinda un paralelo inmediato. Sin mestizaje no concebimos el cosmopolitismo y éste es una antesala forzosa del progreso. Algún ahincado investigador de cuestiones étnicas, Finot, refiere que hasta los cerdos, para ser mejores, se cruzan; y que no hay mejor fruto humano que el mestizo. Ricardo Rojas, en la Argentina (*Eurindia*), y José Vasconcelos, en México (*Indología*), puntualizan la necesidad del mestizaje en América. La evolución social de la endogamia a la exogamia trasunta, en el ámbito familiar, la misma tendencia. Pero, abrir las puertas a lo cosmopolita, no es ser absorbido por ello, no es imitar a Francia, Rusia o España, o a todas ellas. Por el contrario,

se requiere no perder de vista la realidad propia. Tierra nuestra y raza autóctona serán los númenes de nuestro cosmopolitismo. La raza quechua, como núcleo de esa transformación, deberá proveerse de las armas que disponemos los hombres libres: independencia política y económica efectivas, y cultura. Quizás para esta evolución haya que sacrificar algunos dogmas provisionales. Pero, ello es nada con tal de llegar a la meta. En toda campaña hay siempre dos medios de llegar al fin: el violento que provoca reacciones, muchas veces perjudiciales, y el metódico, que, día a día, conquista una posición y, tramo a tramo, avanza siempre. El totalismo conduce a este último camino. Armoniza porque el amor es demiurgo. Une, porque "el mal de la Raza es el olvido" y de ese "mal" extrae la más saludable cooperación. Sobre las cenizas del odio trocado en olvido, bien pueden ajustarse los cimientos de la nacionalidad futura.

Abrir las entrañas de nuestra tierra, sondearla con nuestras propias manos, no significa desdeñar lo ajeno. Aprovechemos cuantos elementos nos vengan, que para eso nos cosmopolitizamos, pero sin perder de vista la nacionalidad. Y de este modo, sea nuestra tarea, no de adaptar la realidad peruana a la de cualquier país extraño, sino la de aprovechar lo exótico, en cuanto se acuerde, convenga e interese a nuestra urgente reforma nacional.

Y así *Tempestad en los Andes*, se trocará en "Tempestad en el Perú".

Lima, 1927

LA LITERATURA PERUANA POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

JOSE CARLOS MARIATEGUI

No es posible enjuiciar aún íntegramente el trabajo de Luis Alberto Sánchez en esta historia de *La Literatura Peruana*, concebida como un "derrotero para una historia espiritual del Perú", por la sencilla razón de que no se conoce sino el

primer volumen. Este volumen expone las fuentes bibliográficas de Sánchez, el plan de su trabajo, el criterio de sus valoraciones; y estudia los factores de la literatura nacional: medio, raza, influencia. Presenta, en suma, los materiales y los fundamentos de la obra de Sánchez. El segundo tomo nos colocará ante el edificio completo.

Sánchez, desde sus *Poetas de la Colonia*, se ha entregado a esta labor de historiógrafo y de investigador con una seriedad y una contracción muy poco frecuentes entre nosotros.

El escritor peruano tiende a la improvisación fácil, a la divagación brillante y caprichosa. Nos faltan investigadores habituados a la disciplina de seminario. La universidad no lo forma todavía, la atmósfera y la tradición intelectual del país no favorecen el formamiento de las vocaciones individuales. En la generación universitaria de Sánchez —lo certifican los trabajos de Jorge Guillermo Leguía, Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea, Manuel Abastos— aparece como una reacción, ese ascetismo de la biblioteca que en los centros de cultura europea alcanza grados tan asombrosos de recogimiento y concentración. Esto es, sin duda, algo anotado ya justicieramente en el haber de la que, de otro lado puede llamarse en la historia de la Universidad, “generación de la Reforma”.

Desde un punto de vista de hedonismo estético, de egoísmo crítico, no es muy envidiable la fatiga de revisar la producción literaria nacional y sus apostillas y comentarios. Mis más tesoneras lecturas de este género corresponden, por lo que me respecta, a los años de rabioso apetito de mi adolescencia, en que un hambre patriótico de conocimiento y admiración de nuestra literatura clásica y romántica me preservaba de cualquier justificado aburrimiento. Después, no he frecuentado gustoso esta literatura, sino cuando el acicate de la indagación política y religiosa me ha consentido recorrer sin cansancio sus documentos representativos. Mi aporte a la revisión de nuestros valores literarios —lo que yo llamo mi testimonio en el proceso de nuestra literatura— está en la serie de artículos que sobre autores y tendencias he publicado en esta misma sección de *Mundial*, y que, organizados y ensamblados, componen uno de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* que dentro de pocos días entregaré al público.

Porque, descontando el goce de la búsqueda, hay poco placer crítico y artístico en este trabajo. La historia literaria del Perú consta, en verdad, de unas cuantas personalidades, algunas de las cuales —de Melgar a Valdelomar— no lograron su expresión plena, mientras otras, como Don Manuel González Prada, se desviaron de la pura creación artística, solicitados por un deber histórico, por una exigencia vital de agitación y de polémica políticas. Este parece ser un rasgo común a la historia literaria de toda Hispano América. “Nuestros poetas, nuestros escritores —apunta un excelente crítico, Pedro Henríquez Ureña— fueron las más veces, en parte son todavía, hombres obligados a la acción, la faena política y hasta la guerra y no faltan entre ellos los conductores e iluminadores de pueblos”. La materia resulta, por tanto, mediocre, desigual, si el crítico no renuncia ascéticamente a sus derechos de placer estético, y no todos tienen la fuerza de este renunciamiento que es casi una penitencia. Para afanarse en establecer, con orden riguroso, la biografía y la calidad de uno de nuestros pequeños clásicos y de nuestros pequeños románticos, precisa— haciéndose tal vez cierta violencia a sí mismo— persuadirse previamente de su importancia, hasta exagerarla un poco.

La historia erudita, bibliografía y biografía de nuestra literatura, como la de todas las literaturas hispanoamericanas, tiene, por esto, el riesgo de aceptar cierta inevitable misión apologetica con sacrificio del rigor estimativo y de la verdad crítica. La crítica artística, y por tanto la historia artística —ya que como piensa Benedetto Croce se identifican y consustancian— son subrogadas por la crónica y la biografía. Las cumbres no se destacan casi de la llanura en un panorama literario minucioso y detallado. No cumple así esta clase de historia su función de guiar eficazmente las lecturas y ofrecer al público una jerarquía sagaz y justa de valores. Henríquez Ureña, ante este peligro se pronuncia por una norma selectiva. “Dejar en la sombra populosa a los mediocres; dejar en la penumbra a aquellos cuya obra pudo ser magna, pero quedó a medio hacer: tragedia común en nuestra América. Con sacrificios y hasta injusticias sumas es como se constituyen las constelaciones de clásicos en todas las literaturas. Epicarmo fue sacrificado a la gloria de Aristófanes; Georgias y Protágoras a las iras de Platón. La historia literaria de la Amé-

rica española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó”.

El género mismo de las historiografías literarias nacionales o generales, se encuentra universalmente en crisis, reservado a usos meramente didácticos y cultivados por críticos secundarios. Su época específica es la de los Schlegel, Mme. Stael, Chateaubriand, De Sanctis, Taine, Brunetière, etc. La crítica sociológica de la literatura de una época culmina en los seis volúmenes de las *Corrientes principales de la literatura del siglo diecinueve* de George Brandés. Después de esta obra, caen en progresiva decadencia. Hoy el criterio de los estudiosos se orienta por los ensayos que escritores como Croce, Tilgher, Prezzolini, Gobetti en Italia, Kerr en Alemania, Benjamín Cremieux, Albert Thibaudet, Ramón Fernández, Valéry Larbaud, etc., en Francia, han consagrado al estudio monográfico de autores, obras y corrientes. Y respecto a una personalidad contemporánea, se consulta con más gusto y simpatía el juicio de un artista como André Gide, André Suárez, Israel Zangwill y aun de un crítico de partido como Maurrás o Masses, que el de un crítico profesional como Paul Souday. Se registra en todas partes una crisis de la crítica literaria, y en particular de la crítica como historia por su método y objeto. Croce constatando este hecho, afirma que “la verdadera forma lógica de la historiografía literato-artística es la característica del artista singular y de su obra y la correspondiente forma didascálica del ensayo y la monografía” y que “el ideal romántico de la historia general, nacional o universal sobrevive solo como un ideal abstracto; y los lectores corren a los ensayos y a las monografías o leen las mismas historias generales como compilaciones de ensayos y de monografías o se limitan a estudiarlas o consultarlas como manuales”.

Pero en el Perú donde tantas cosas están por hacer, esta historia general no ha sido escrita todavía, y aunque sea con retardo, es necesario que alguien se decida a escribirla. Conviene felicitarse de que un escritor de la cultura y el talento de L. A. S., apto para apreciar corrientes y fenómenos no ortodoxos, antes de cualquier fastidioso y pedante seminarista, amañado por Cejador u otro preceptista ultramarino o americano asuma esta tarea.

Esperamos, con confianza, el segundo tomo de la obra de Sánchez, que contendrá su crítica propiamente dicha, y por tanto su historia propiamente dicha, de obras y personalidades. Del mérito de ésta crítica, depende la apreciación del valor y eficacia del método adoptado por Sánchez y explicado en el primer tomo. La solidez del edificio será la mejor prueba de la bondad de los andamios.

En tanto, tengo que hacer una amistosa rectificación personal a Sánchez. Al referirse a mi "Proceso de la literatura peruana", deduce mis fuentes de mis citas y aún esto incompletamente. Cuando conozca completo, y en conjunto, mi estudio, comprobará que, con el mismo criterio con que enjuicio solo los valores-signos en lo que concierne a la crítica y a la exégesis, comento los documentos representativos y polémicos. No tengo, por supuesto, ninguna vanidad de erudito ni bibliógrafo. Soy, por una parte, un modesto autodidacta y, por otra parte, un hombre de tendencia o de partido, calidades ambas que yo he sido el primero en reivindicar celosamente. Pero la mejor forma de contribución que puedo prestar al rigor y a la exactitud de las referencias de la obra de Sánchez, es sin duda la que concierne a la explicación cabal de mí mismo.

Mundial, Lima, octubre, 1928. N° 434

CARTA DE MARIATEGUI

Lima, 23 de Marzo de 1930.

A los compañeros organizadores del agasajo a Luis Alberto Sánchez, Presidente de la Asociación de Periodistas.

Estimados compañeros:

Habría hecho una excepción en mis hábitos presentes, para asistir a la comida con que los periodistas agasajan a Luis Alberto Sánchez, en ocasión de su viaje a Chile. Pero una momentánea falla de mi salud, me lo impide.

Quiero, por esto, que reciban Uds. testimonio expreso de adhesión a la fiesta.

Luis Alberto Sánchez es uno de los escritores que más ha reivindicado, como periodista, el nombre, la misión y los fueros del periodismo en el Perú. Le debemos, como periodistas, todo nuestro reconocimiento y toda nuestra simpatía.

Personalmente, mi estimación por él es mucho más amplia. Pero a un ágape de periodistas debo decir solo palabras de periodista.

Muy cordialmente vuestro

José Carlos Mariátegui

DATOS PARA UNA SEMBLANZA DE JOSE CARLOS MARIATEGUI

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Todo periódico —revista, hoja— que aparezca en el Perú, tendrá por fuerza que referirse a la personalidad, la obra y el eco de José Carlos Mariátegui, máxime cuando vivimos a los días inmediatos a su partida. Pero por lo mismo que le hemos conocido y vivimos dentro de la órbita de su más próxima influencia, nos toca iniciar la obra de su valuación, o, por mejor decir, su ubicación. Ya sé que nada es más fácil que responder a la pregunta: “¿Qué fue Mariátegui?” con un profundo: “Socialista”, o “Revolucionario”. Pero estas palabras de tan rico significado, requieren, a su vez, una explicación y una adecuación al hombre que las ostenta como distintivo. De ahí que, para seguir más de cerca la orientación y la obra de José Carlos, sea preciso prescindir de la devoción beata, de la emoción intensa y decisiva de los primeros instantes, intentar un bosquejo de su evolución, objetivamente marcando los hitos, a fin de no incurrir en ninguno de los dos extremos en que fácilmente se cae cuando se roza una personalidad de tal calibre.

Ya Jorge Núñez Valdivia, ha comenzado una revisión del “marxista Mariátegui”. Creo, con todo, a pesar de la documenta-

ción del estudio de Núñez Valdivia, que se le escapan algunos aspectos, por la muy sencilla razón de que el libro y el artículo dicen menos que el hombre mismo. De éste quiero ocuparme, para que él mismo elabore su ideario y fije su posición. El estudio de Núñez Valdivia deja fluir una afirmación que no comparto, y que me creo en el deber de observar. Mariátegui, según ella, murió a tiempo para dejar que la obra del grupo socialista se desarrolle libremente. A mí me parece todo lo contrario. Prescindiendo de los motivos sentimentales que nos llevan a desear profundamente la prolongación de la vida de nuestros amigos, y más aún, cuando son amigos de la significación y la garra de Mariátegui, en este caso nada más prematuro que su muerte. Olvidemos los treinta y cuatro años, y situemos el tema intemporalmente. Mariátegui realizaba una obra que no veo quién la pueda continuar: agrupar por tendencias —fundamentales, olvidando voluntariamente discrepancias menores. Afinaba por grupos, por familias. Muchos de los que le rodeaban no eran socialistas, pero estaban más cerca del socialismo que del conservadorismo; y él cuidaba de acercarlos más, de tenerlos presentes, reforzando con su concurso su posición extrema. No ha llegado el momento —decíame Mariátegui— de prescindir de los de izquierda tibia; hay que atraer a los que estén más próximos. Solo así se explican algunos casos aparentemente desprovistos de sentido.

Por ejemplo, el de Martín Adán. Los comentadores más implacables, veían en la manera como *Amauta* presentó a Martín Adán, una debilidad. Creo diametralmente lo contrario. Mariátegui, con un profundo sentido político, veía en él, como en otros muchos, un posible simpatizante, más cerca de la izquierda que de la derecha, y le atraía. Los que, en una falta absoluta de sentido realista y político, pretendan barrer para afuera, cuando todavía no hay mucho que guardar adentro, demostrarán mayor celo doctrinario y apostólico si se quiere pero menor tacto político. Y esa es una de las razones que a mi juicio, hacen más lamentable la ausencia de Mariátegui.

Las líneas que siguen constituyen apuntes. Más no cabe dentro de la parquedad de esta hoja. Además para redactarlas definitivamente sería necesario completar muchos datos, que en este momento la vida no me lo permite.

I

Mariátegui vivió treinta y cuatro años, desde el 14 de junio de 1895, hasta el 16 de abril de 1930. Era limeño, y, desde su infancia, pasada en parte en Huacho, padeció de una ostensible debilidad física. Sufrió su primera crisis grave a los siete años. Desde entonces quedó lisiado con una pierna encojada. Padecía frecuentes crisis que lo ponían al borde de la muerte. A los catorce años entró a trabajar a *La Prensa* como alcanzarrejon. El doctor Ulloa Sotomayor cuenta cómo trabajaba el novel empleado: llevaba cuartillas al taller cojitrangueando por las escaleras, todas llenas con el rumor de la máquina rezongona. En *La Prensa*, pontificaban en esos días, La Jara, Yerovi, Cisneros; Piérola y sus conspiradores; Ulloa y sus editoriales. Los poetas predilectos de entonces —lo fueron también de Mariátegui— Herrera Reissig, Darío y Chocano, llenaron su imaginación de frases sonoras y giros rebuscados. Amanecía un americanismo retórico. La generación de “Ariel” —los García Calderón, Riva Agüero, Belaúnde, Gálvez— imponía el sello de su aristarquía en Lima. Era la hora cenital del modernismo y el decadentismo; de la sonoridad verbal. El cojito Mariátegui atisbaba desde su rincón de pinche del periódico, a los escritores universitarios y orgullosos de entonces. De allí quizás nació su primera disconformidad con lo universitario y con el seudo americanismo. Los balazos del criollísimo 29 de mayo y su secuela de prisiones arrullaron la adolescencia extática de José Carlos. Se vivaba a Piérola y se recelaba a Leguía. Cisneros escribía sus “Ecos”, que a veces sabían a Soiza Reilly y otras a Azorín.

En 1912, el cojito Mariátegui iba a cumplir diecisiete años. En *La Prensa*, ayudaba a redactar notas de policía, hacía el duro aprendizaje de los sueltos sobre incendios y la relación de la lotería semanal. Por la redacción desfilaban comisiones de obreros. Con la candidatura presidencial de Billinghamst, fermentaba cierta inquietud social. Valdelomar, trocado en capitulero sanmarquino, comandaba mesnadas estudiantiles en la Universidad, voceando el nombre de Billinghamst. Había un “Comité de Salud Pública” en el cual aparecían como conductor el doctor Curletti y como ejecutor don Justo Casaretto. El primer paro obrero comprendió con las elecciones su secuela de prisión y abundante crónica policial.

Se planeó la disolución del Congreso, por inservible, según decía el doctor Cornejo. Cuatro de febrero: junta de gobierno, revuelta militar contra el popularísimo gobierno de Billinghurst. *La Prensa* —ya en manos del doctor Durand— disparaba contra los civilistas discutiendo sobre la procedencia de la elección popular o la continuación del periodo por don Roberto Leguía: *La Prensa* era robertista: entonces se decía, constitucionalista. Intrigas y ajetreos de las facciones. Quince de mayo: golpe de estado. González Prada se erguía contra el gobierno militar, por lo cual se le destituía de la dirección de la Biblioteca Nacional. Fecunda lección para el aprendiz de periodista y de político. 1915: levantamiento militar en Ancash; seudo convención de los partidos; regreso al gobierno de don José Pardo. Valdelomar había vuelto de Europa y ganado un concurso literario con “El Caballero Carmelo”. Se burlaban de José María Eguren, a pesar del aliento que le prestaba González Prada. Se formaban núcleos obreros. Los motoristas y conductores seguían en una actitud beligerante, sin declinaciones, desde 1911. Ahora se sumaban los tejedores tratando de organizarse en centros fuertes. Mariátegui había publicado sus primeros artículos en *La Prensa*. Junto a Valdelomar y More —entonces inseparables— paseaba por el centro rengueando, bastón bajo el brazo, ese imberbe y agudo cojito Mariátegui. La primera vez que le traté Valdelomar ostentoso, Ladislao Meza insolente y terriblemente sincero, Mariátegui risa aguda, palabra rebuscada, yo colegial —se firmaba nada más que Juan Croniqueur; su cocktail dilecto era el “americano”; su lugar preferido el Palais Concert; su deporte favorito, las carreras de caballos. Tenía veinte años y un amor romántico.

II.

Arranca de entonces la actividad de Mariátegui. Quienes solo distinguen en su actitud de estos días lo literario, olvidan varios hechos que yo quiero sistematizar aquí.

- a) actitud teatral en la vida;
- b) sentido místico y fatalista de la vida;
- c) anhelo de hallar nuevos tópicos;
- ch) tendencia incipiente hacia lo iconoclasta;
- d) contacto aún sensible con la tradición en lo que tiene de pintoresco.

a) Tenía una voz chillona y hablaba con afectación. Decía: “estas gentes no me quieren bien”; motejaba de “zafios” a los que le disgustaban. Era el contagio de Valdelomar. Tomaba té en el Palais Concert y ahí mismo se ponía a escribir en albums de limeños aficionados a la literatura. Escribía cuentos de ambiente turfístico. Frecuentaba bailarinas, violinistas, pintores: Dalmau, la Pavlowa. Tórtola, la Rouskaya. Enamoraba, románticamente, a una niña aficionada al arte, y lo pregonaba. Sucumbió a los paraísos artificiales, pero como simple transeúnte. Su actitud se vislumbraba ya, belicosa, polémica. (Después inauguraría sus “Motivos Polémicos” y me diría, en la discusión que sostuvimos, que su monólogo había sido un monólogo “polémico”). A media noche cenaba en los “Balkanes”. Nunca, ni aún cuando mayor fue su mal, tuvo el perfil más aguileño, la tez más pálida, los ojos más profundos, negros y brillantes que en esas jornadas de su bohemia aristocrática y turfística. Negro el chambergo alón sobre la figura magra y resbaladiza. Le llamaban solo Juan Croniqueur. Con el cholo Meza compartía a menudo polémica, chops y salchichas de Frankfort en el café Berlín; helados de biscuits o guindas donde Giacoletti de la esquina de Boza; naranjitas con Yerovi en Giacoletti de la Avenida de la Colmena. Escribía en todos los albums de Lima. En uno, el de Gabriela Urbina, Valdelomar había dejado unos versos orlados por “La Chanson d’ Automne” de Verlaine; Luis Góngora, su “Borodine”, Pablo Abril, su “Tus Manos”; el cholo Meza, una prosa encendidísima: Mariátegui versos entre místicos y herrerareissignianos. Tenía veinte años. Publicaba “Cartas a X”, “Episodios de la Vida Cotidiana” en *La Prensa*; versos y cuentos en *Lulú*; cuentos yanquis y versos frívolos en *El Turf...*; versos en *Alma Latina*, revista de estudiantes y colegialas; en *Lux*, revista de escolares de colegio católico. Tenía 20 años. Sus revistas predilectas eran las destinadas a niñas bien; pero ya era amigo de González Prada. Y Prada le estimaba profundamente: en una carta de Prada a su hijo Alfredo hay referencias de Mariátegui.

b) En medio de la literatura frívola que, voluntariamente, cultivaba —tal vez reacción contra la poca atención que le dedicaban antes los señores de mayor edad literaria— Juan Croniqueur demostraba intensa inquietud; fugas hacia lo trascen-

dental, como si se arrepintiera de tanto decadentismo y de tanta superficialidad. En unos carnavales fue a buscar tema literario o paz espiritual al Convento de los Descalzos. Los tres días de retiro le inspiraron plegarias líricas y sonetos devotos. Coincidió en esa actitud con Falcón.

Así como los escritores de nuestro 95 solían inundar de inscripciones apocalípticas los muros de las celdas carcelarias; muchos del 16 llenaban de plegarias las paredes de un convento. Montoneros trocados en monjes, por inconformes: insurrección contra lo presente; aspiración a lo porvenir: ceniza después de la fiesta. Mariátegui experimentaba la tentación de lo desconocido. Lo ultraterreno, el cielo, el más allá, meta, baño lustral, para sus andanzas literarias, sus fugas a paraísos artificiales, su paganismo, su agitación. Para la agonia de Mariátegui, el juego de las carreras de caballos significaba una liberación en su afán de aventurería. Juego: misticismo en el azar. Devoción: misticismo en lo supraterráneo, en lo no poseído. Azar o supraterraneidad: necesidad de superación. O sea, inconformidad con el medio; inadecuación. Hambre de infinito. Trascendentalismo.

Por aprender latín —confiesa él en una carta a Glusberg— se matriculó en esos días en la Universidad Católica, con Falcón. En una dedicatoria de sus versos “Oración de las campanas”, decía “A Ismael Bielich Flores, dueño de una fe que en el poeta quebrantaron el dolor y la duda”. Hablaba del pan candéal, de la campana mística; era alumno de la Universidad Católica y amigo de González Prada. Preguntado éste por F. Del Valle, sobre su ateísmo, confesaba en esos mismos días: “A veces hay días en que no creo... y otros... pero generalmente no creo”.

c) Es perfectamente cierto que Mariátegui sufría de inconformidades, que buscaba nuevos temas, no ya en lo humano o lo divino, sino en lo exclusivamente literario. Estos temas fueron el circo y las carreras. De los toros se preocupó menos. Valdelomar, en cambio, sintió la seducción, decorativa —sol, lentejuela, rabia ciega— de la tauromaquia: puede verse su *Belmonte, el Trágico*. Mariátegui experimentó la atracción del circo. Circo proletario, vagabundo, dolido, con un signo fatal, sin raíz, anticapitalista, fingidor, proletario: (veáanse las “Cartas a X” de Juan Croniqueur y los “Diálogos Máximos” de

Valdelomar, en los que uno de los interlocutores, no recuerdo si Aristipo o Manlio, era Mariátegui). Por lo que tienen de azar, de aventura, de posibilidad, de infinito, de inesperado, iba a las carreras, las seguía con afán. Dolor de circo proletario; inquietud del juego turfístico: nada del decoratismo, ostentoso y paramental de los toros. En esto reside la diferencia entre Mariátegui y Valdelomar. El uno acabó amando a Lenin, a Unamuno, a Marx; el otro, a Wilde, a D'Annunzio, a Ramón.

ch) Al propio tiempo, en esa misma empresa de buscar nuevos tópicos, incidió en el pintoresquismo nacionalista.

Le precedía, en ello también, el ejemplo de algunos de sus mayores inmediatos: Valdelomar, More, Aguirre, Morales, Gibson, Bustamante. Valdelomar había escrito *La Mariscala* y cuentos criollos; More, una serie de ensayos peruanistas; Aguirre, su *Justicia de Huayna Ccapac*; Gibson, *Evangelio democrático*, *Jornada heroica*, etc.

Mariátegui transita por este sector, que no amó nunca. Con Julio Baudoin escribió *Las Tapadas*, música del maestro La Rosa; versos rubendariacos de Mariátegui; compañía López Muñoz; batuta del maestro Cotó; teatro Colón; comentario risueño en "Rigoletto", elogios.

Con Valdelomar escribió el drama *La Mariscala*, que contra lo aseverado por Ulloa Sotomayor, no se presentó; fue solo publicado. Ganó un concurso literario organizado por el Círculo de *La Prensa* de entonces —presidencia de Alejandro Ureta o de Valdelomar— con un artículo sobre la procesión de los Milagros.

Fugó de esta tendencia rápidamente. No le llegó a coger el costumbrismo ni lo pictórico nacional. Le seducía lo hondo, el símbolo: el signo. Mariátegui se definía mejor en esa fuga: místico, no ascético (es decir no colonial); nacionalista, no costumbrista; revolucionario no levantisco.

d) No era levantisco. Más bien, insurgente. Su insurgencia —anuncio de revolucionario— se bosquejaba en ~~cuatro~~ ^{seis} hechos típicos de esa etapa, anteriores a la ya casi definitiva que se inaugura con *Nuestra Epoca* y a la decisiva que empieza con *Claridad*.

1. polémica sobre Oxandamberro
2. polémica sobre Riva Agüero

3. polémica con López Albújar
4. polémica sobre el discurso de Valdelomar en el entierro de Yerovi
5. baile de Norka Rouskaya en el Cementerio
6. publicación de *Colónida*.

1. La polémica sobre Oxandamberro, agrupó, de un lado, a Mariátegui, Valdelomar, Alfredo González Prada, Ulloa, Sotomayor; del otro a Teófilo Castillo y, los críticos tradicionalistas. Vinieron a Lima, simultáneamente, dos pintores, Francisovich, pintor de laminados y azulencos paisajes de un seudo Titicaca, y Roura de Oxandamberro¹, fraguador de estridentes impresiones de la selva, en rojo caliente. Uno expuso donde Brandes; el otro en la Sociedad Filarmónica de la calle Divorciadas. Los novadores escribieron artículos laudatorios para Oxandamberro; Castillo, pontífice del arte nacional entonces, acometió contra aquel y sus defensores, personificándolo en Mariátegui, el más joven, y acusándoles de hacer pose y de ingerir drogas heroicas. Mariátegui replicó en *La Prensa*. hubo escándalo literario. *Colónida* fue en parte un incidente de aquel debate esclarecedor, debate que ya se presentía desde la aparición de *Cultura* que dirigió Bustamante y Ballivián en 1915.

2. Cuando José de la Riva Agüero —ya jefe del Partido Nacional Democrático— publicó su elogio a Garcilaso en abril de 1916, Mariátegui atacó lo gramatical del discurso en *La Prensa*. Fue una escaramuza, con intervención de tercero, que revela dos cosas: el afán polemista y el anticivilismo y antiaristocratismo de Mariátegui. Desde entonces se perfilaba como un factor de crítica y rebeldía. Era un elemento indudable y francamente anticonservador. Su iconoclasia literaria trascendía a la iconoclasia política y social.

3. También polemizó en esos días, con Sansón Carrasco, seudónimo de Enrique López Albújar.

4. Fue ardoroso defensor de Valdelomar, cuando a éste le atacaron y criticaron acerbamente, con motivo del discurso que pronunció sobre la tumba de Yerovi; aquel célebre discurso que el ecuatoriano, Medardo Angel Silva, comparaba con una

1 J. M. Roura de Oxandamberro, pintor y dibujante catalán impresionista. Se radicó en Guayaquil. Expuso en Lima en 1916.

página de la Biblia, y en el cual se contiene la frase: "Yo vivo allá en Barranco, junto al mar", incompatible, según el criterio conservador, con una oración fúnebre.

5. En 1917, Mariátegui fue uno de los promotores y asistentes al baile que Norka Rouskaya realizó en el Cementerio, de noche, y que motivó una crítica durísima no recuerdo bien si de don Luis Varela Orbegoso o de don Marcial Helguero Paz Soldán, en *El Comercio*, un debate en las cámaras, la actuación del Prefecto Arenas, que apresó a los testigos de aquella escena, y una intervención lucida, en el Congreso, del representante Mariano Cornejo, en defensa de los apresados.

6. *Colónida* constituyó un reto a las revistas serias y a las gentes conservadoras. En el número 2 empezó un ataque de More contra Ventura García Calderón; ahí se reprodujo un cuadro de Oxandamberro; se publicó el elogio de Cabotín a José María Eguren, ya estudiado por Zulén, en un enjundioso ensayo de *Ilustración Peruana*; el cuarto y último número —me parece que ya desvinculado Valdelomar— traía como portada el retrato de Javier Prado, y el editorial hacía una defensa de las drogas heroicas. Mariátegui colaboró ahí con unos sonetos místicos: "Los Salmos del dolor".

III

En otro campo, su afán de insurgir contra el medio buscó gestos menos literarios, más políticos. Se había fundado el Partido Socialista. Las consecuencias de la guerra dejaba traslucir, más que eso, proyectaba agudamente sobre todos, las consecuencias espirituales de su proceso. Mariátegui —no ya Juan Croniqueur— se apartó de *La Prensa*, y con Ruiz Bravo, César Falcón y Humberto del Aguila, pasó a formar parte de la redacción de *El Tiempo*, fundado el 14 de julio de 1916. Ahí escribía "Voces", comentarios irónicos a la situación y a los personajes políticos.

Cisneros se burlaba, con copia de chistes, en los "Ecos" de *La Prensa* —punto de partida de aquellas "Voces"; Valdelomar literalizaba, con socarronerías y circunloquios, en sus "Crónicas Parlamentarias" del mismo diario; Mariátegui, humorizó, y atacó más a fondo. Fue su aprendizaje indispensable para conocer a nuestros políticos.

7 Luego, en unión de Félix del Valle, fundó la revista *Nuestra Epoca*. Se perfiló más, dueño ya de su responsabilidad. Solo apareció un número. Del Valle hablaba de la política criolla. Mariátegui, de los arrestos y defectos de nuestra carrera militar, atribuyéndole orígenes harto modestos. La respuesta fue del todo guerrera, o mejor dicho, pendenciera: un grupo de oficiales fue a buscar a la redacción de *El Tiempo* al indefenso José Carlos, débil, enjuto, cojo, y le golpeó. (González Prada había hablado ya en el único número de *La Lucha*, que apareció bajo el gobierno del coronel Benavides, sobre las razones del estacazo.)

El gobierno del señor Pardo confió a Octavio Espinoza la dirección de *El Día*. Ahí se reunían diariamente colaboradores y no colaboradores, una serie de literatos: Gastón Roger, More, Abril de Vivero, del Valle. Concurría Málaga, Holguín Lavalle. De ahí partió la *Revista de Actualidades* que sobrevivió a *El Día*. Mariátegui, Falcón, del Aguila publicaron entonces *La Noche*; fue alarde de humor, de ironía, y fustigó sonrientemente al gobierno y a la situación política. No recuerdo —pero me parece que no— si Mariátegui tuvo alguna participación en *El Perú*, *Excelsior* y en *Don Lunes*.

Por 1917, se matriculó en la Universidad Católica. El mismo dice en una carta a Samuel Glusberg: “Me matriculé, una vez, en Letras, en Lima, pero con el sólo interés de seguir un curso de latín de un agustino erudito”.

El año 1918 fue de aguda crisis proletaria. Los estudiantes intervinieron, por primera vez, como nexos entre el capitalismo, el gobierno y los obreros. Apuntaba la demagogia estudiantil de Haya de la Torre. Mariátegui seguía de cerca esos sucesos. En 1919, mes de mayo, se habían perfilado las candidaturas políticas perfectamente, con sus proyecciones y responsabilidades. El regreso del señor Leguía, en febrero, había sido un hecho popular. El señor Aspíllaga publicaba *La Ley*. En esa campaña *El Tiempo* asumió la fisonomía neta de enemigo del gobierno de Pardo y defensor del señor Leguía. Mariátegui, Falcón y del Aguila zarparon de *El Tiempo* y fundaron *La Razón*, en la calle Pileta de la Merced. *La Razón* se caracterizó durante los tres meses de vida que tuvo, por su tendencia netamente propagandista en favor de las reivindicaciones obreras y de la revolución estudiantil. El pa-

so del socialista argentino Alfredo Palacios había quedado marcado por una intensa efervescencia del alumnado. Los obreros sentían más agudas sus necesidades y más propicia la ocasión.

La sección obrera de *La Razón* estaba a cargo de Posada; Del Aguila dirigía la estudiantil. *La Razón* criticó irónicamente, al señor Leguía. Promovió la reforma universitaria. Protestó, cuando los sonados motines proletarios del 27 al 30 de mayo de 1919 contra las medidas drásticas asumidas por el gobierno. Fue el campeón de la necesidad de libertar a Gutarra, Barba, Fonkén y demás cabecillas obreros presos. Sus detractores sostuvieron al Comité de Reforma Estudiantil, que surgió porque la Federación de Estudiantes contemporizaba con el profesorado y no tenía belicocidad suficiente. A raíz de los sucesos del 4 de julio que llevaron al gobierno al señor Leguía, *La Razón*, declaró su esperanza en que el nuevo régimen encarnara un movimiento renovador efectivo. Alguna vez aplaudió al señor Cornejo. Pero, al producirse el decreto sobre reformas constitucionales inició una labor de análisis valiente y censura franca a casi todas las reformas. En agosto aún se publicaba el diario, pero se cernían amenazas sobre su suerte. Su último editorial fue uno en blanco, como los que usaba *El Sol* de Madrid, en los principios del gobierno de Primo. Luego, circuló un boletín anunciando que *La Razón* no podría seguirse publicando. Mariátegui y Falcón se encontraron en situación harto difícil. Como consecuencia de ello, aceptaron viajar al extranjero en calidad de propagandistas del Perú¹. Así fue como ambos partieron del Perú.

IV

La permanencia de Mariátegui en Europa duró hasta principios de 1923. Le tocó asistir a la época más aguda de la política mundial. Eran los días de auge del comunismo en Italia —y en Italia residió la mayor parte de aquellos cuatro años Mariátegui— cuando los obreros se apoderaron de las fábricas. Le tocó además presenciar la reacción conservadora, la iniciación de la marcha fascista. Estuvo en Alemania en la época

¹ Esta parte de la vida de Mariátegui ha sido documentada por Guillermo Rouillon en *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*. Lima, 1975. Editorial Arica.

del gobierno socialista y de la más apasionada discusión de los problemas sociales y políticos. La trasguerra con su séquito de problemas complejos desfiló ante los ojos absortos de Mariátegui, para quien fue aquella una ocasión de confirmar sus ideas socialistas, ya fijadas en la campaña de Lima.

En Europa, además, conoció el fuerte amor. Se unió en matrimonio con una italiana, Anita Chiappe, la cual sería la compañera de su vida. En Italia nació su hijo primogénito. Las mutaciones ideológicas coincidieron con las mutaciones de su estado civil.

De su permanencia en Europa arrancan, pues, varios sucesos:

- a. concentración en su vida, matrimonio, paternidad.
- b. liberación de todo elemento literario puro, de su estilo.
- c. confirmación de su socialismo y marcha hacia el comunismo.
- ch. conocimiento fundamental del marxismo y estudios económicos.
- d. meditación sobre el panorama político y social de América.
- e. mayor fuerza en sus sentimientos peruanistas, a través de su experiencia europea.
- f. convencimiento de la necesidad de organizar conciencia y grupo, antes de lanzarse a la acción, combatiendo el caudillismo, siempre provisional.
- g. fortalecimiento de su fe en el estudiantado y el proletariado, ya patente desde las campañas de *La Razón*.

Sin embargo, la llegada de Mariátegui a Lima no fue seguida de inmediato por una campaña activa, dinámica, como podría creerse ahora. Su misma desvinculación con la literatura pura, encontraba un serio obstáculo para manifestarse desnudamente tanto en la natural exacerbación sentimental del retorno, como en el prejuicio acerca de su carácter sustancialmente literario, que llevaba a que todos le exigieran y esperaran de él nada más que alardes y enseñanzas literarias.

Valdelomar había muerto, a las pocas semanas del viaje de Mariátegui a Europa. Desde antes de su partida, ya More

estaba en Antofagasta y Buenos Aires. Los compañeros literarios, o estaban fuera del Perú o se habían dispersado, dentro del mismo país, de la misma ciudad. Recuerdo, perfectamente, que a los pocos días del regreso de Mariátegui, nos reuníamos con Ladislao Meza y él en la cantina de Giacoletti. Se discutía sobre la cuestión social europea: el tópico era Rusia. Meza en ese tiempo, publicaba constantemente artículos acerca de la política mundial, desde un punto de vista liberal. Se preocupaba también de cuestiones indígenas, pero todo esto dentro de un criterio y una actitud de rebeldía personal, sin nexos con grupos, heterodojo y protestador. Mariátegui objetaba sobre la necesidad de formar grupo. Chocaba esto con la actitud personalista del cholo Meza, tipo rebelde pero demasiado bohemio para iniciar una acción en determinado sentido. Se distanciaron bastante en aquella charla. Quién sabe, si Meza no se pierde prematuramente, hubiera sido un compañero inestimable por su valentía y su cultura en la obra que se iniciaba recién. Había regresado Haya de la Torre de su viaje a la Argentina y Chile, bastante cambiado ya.

* El Haya de la Torre que en febrero de 1922 sindicaba para representantes del estudiantado y como intermediario entre los alumnos y el gobierno en el asunto de la reapertura de la Universidad, ^{con} a los doctores Eleodoro Romero y José María Mansilla, había sufrido una profunda transformación. No hay que olvidar que en Chile había llegado a su hora más grávida la generación de Daniel Schweitzer. Que se había sacrificado a Gómez Rojas. Haya y Mariátegui se unieron para fundar *Claridad*, evocación del título de Barbusse. Pero, todavía tuvo Mariátegui un repentino, fugaz regreso a su antiguo literaturismo. Escribió el prólogo a un libro sobre caballos de carreras y turfmen de Eduardo Zapata López ex-poeta herrera-reissnigiano, titulado *Hombres y racers*. Me parece que fue la última infidelidad de Mariátegui, o mejor dicho, la despedida a su etapa romántica y literaria.

Con *Claridad* se define Mariátegui. Escribió allí un ataque a la Universidad y reclamó la fusión del proletariado y el estudiantado, como en los días de *La Razón*. Hay en esta etapa una laguna en mis recuerdos. Yo salí de Perú casi todo el año 23, que corresponde a la etapa más activa de José Carlos, cuando se encauzó hacia la ruta en que persistiría hasta su

* José María
Mansilla

muerte. Mariátegui se agrupa con los organizadores de las Universidades Populares González Prada. Fue profesor de las U. P. G. P. Ahí se mantenía invívito el aliento revolucionario y palpitante de la emoción social. Se dirigía directamente hacia el marxismo. Además, se gestaban efectivamente núcleos de estudiantes y obreros. Unas de las primeras y más elocuentes manifestaciones de esa unión, aparte de la existencia de las U. P. G. P., fueron las jornadas del 23 al 25 de marzo de 1923, y las de octubre del mismo año, que terminaron con la deportación de Haya de la Torre.

Quedó, entonces, Mariátegui al frente de la campaña con un grupo de obreros y estudiantes empeñosos. La mayor parte de ellos está fuera del Perú. Mariátegui sufrió varias prisiones. *Claridad* dejó de aparecer. Se clausuraron las U. P. G. P. En los primeros días de 1924, Manuel A. Seoane dirigía la Federación de Estudiantes. Seoane que se había opuesto a Haya, enmendó el rumbo y constituyó un grupo beligerante, de franca rebeldía. En la casa de Juan de la Cuba y en la Imprenta Proletaria de la Avenida Grau reinaba gran actividad. Se publicó una hoja estudiantil de la Federación, cuyo segundo número no llegó a ver la luz. Se organizaron Juegos Florales Universitarios con un jurado que soliviantó a los literatos, porque hasta entonces el personal de los jurados era el mismo, y porque acababan de celebrarse otros Juegos Florales, en que salió premiado el señor Guillén, y todo fue almíbar y protocolo.

El jurado de aquellos Juegos Florales estaba constituido por Mariátegui, Gibson, Beingolea, Beltroy y yo. Por esos días, comenzó el ciclo de conferencias organizado por la Federación de Estudiantes, con la del Ministro de México, don Leopoldo Ortiz. Al terminar se organizó una manifestación pública que precipitó la salidad del país de Seoane.

Mariátegui cayó enfermo. Una crisis de su vieja enfermedad, que durante su permanencia en Europa no le había molestado nada urgió que se le recluyese en una clínica. Mariátegui tenía una pierna tullida desde pequeño; renqueaba al caminar. Pero no necesitaba ni del bastón siquiera para ir por esas calles, inquiriendo la vida. Pero en 1924, la crisis se localizó en la pierna sana. Se produjo la amputación. Quedaba inválido José Carlos. Me enorgullezco de que, a raíz de un artículo mío en *Mundial*, invocando la solidaridad de los escritores y re-

tando al público por su olvido y su incomprensión, el Círculo de *La Prensa* organizó una velada, cuyo producto debió ser íntegramente para Mariátegui, pero que a última hora, si no me equivoco, se dividió con otro periodista enfermo el señor Origi Galli.

Tenía Mariátegui a su lado, esposa, amigos, discípulos. Su colaboración versaba sobre tópicos europeos. "Figuras y sucesos de la vida mundial" de la revista *Variedades*, presentaba el panorama político del mundo, a través del criterio y la filiación de Mariátegui. Todo lo que ahí refería se aplicaba a la realidad peruana. Todavía no emprendía lo más agudo de su campaña. Alternaba comentarios literarios con comentarios políticos. En ese mismo año 1924, desde su lecho de enfermo, comenzó a colaborar en *Mundial*. También en *Sagitario* de Buenos Aires. Cuando, con Gibson, fuimos —una noche a las doce, hora de brujas y parrandistas— hasta Leuro para leer los versos presentados a los Juegos Florales, Mariátegui había recuperado su energía; era el mismo espíritu viril de siempre, optimista y agudo. Esa noche se resolvió premiar a Enrique Peña, por *El aroma del silencio*. Como en los días de bohemia, conversamos hasta las tres de la madrugada. Cuando salimos con Gibson, buscamos el chofer que nos había conducido hasta ahí: estaba magníficamente arropado con una manta, y ante una jícara de chocolate. Manta y chocolate que Anita, la esposa de José Carlos, le había brindado.

Eran días de organización, Mariátegui convaleciente de su enfermedad y condenado ya a la silla de ruedas, trataba de encauzar su vida en un camino distinto. Desde este cautiverio obligatorio, se inicia la etapa más fecunda de la vida y obra de José Carlos.

V

Los hechos en derredor de los cuales puede agruparse la acción de Mariátegui, después de 1924, son los siguientes:

1. AGRUPACIÓN IDEOLÓGICA.—Con motivo de la autopolémica de José Santos Chocano sobre un viejo artículo o mensaje de José Vasconcelos, surgieron apasionados comentarios de la prensa nacional. Se repetía, al parecer, el caso de la discusión sobre las dictaduras organizadoras, promovido por el mismo don José Santos Chocano, el año 1922, en que Mariátegui esta-

en la
sombra
1924

ba ausente, y en que muchos tuvimos la ingenuidad de dar beligerancia a las "ideas políticas" de dicho señor. Todos recuerdan perfectamente las incidencias. Vasconcelos había enviado mensaje a los estudiantes hacía varios meses. Chocano sugirió la conveniencia en un diario local, para refutarlo, lucién-dose. Intervención del señor Luciano Castillo, Presidente de la Federación de los Estudiantes del Perú. Agrias respuestas de Chocano. Juego de palabras. Acritud. Trópico. Edwin Elmore habló por radio sobre el Chantecler del gallinero. Un grupo de escritores, entre los que figurábamos Mariátegui, Elmore, Garro, Beltroy, otros que no recuerdo y yo, publicamos una adhesión a la personalidad de Vasconcelos, dejando sentado que discrepábamos de ideas, pero coincidíamos en nuestro res-peto al pensador mejicano. Envío de un artículo de Elmore a un diario. Chocano que se enteró en el taller. Una llamada te-léfonica. Amenazas. Ese día se inauguraba la casa editora "Minerva". Ya había circulado el elenco del futuro *Amauta* Chocano caminaba de chaqué, iba a ver al Presidente, a visi-tar a Mariátegui y llevaba un revólver en el bolsillo. Estuvo charlando violentamente con Mariátegui en la oficina de "Mi-nerva", a donde había ido José Carlos para la inauguración de la casa. Después se produjo la tragedia: el artículo de Mariá-tegui sobre Elmore en *Mundial* significaba un voto de compa-ñerismo y una inquisición en la conciencia del momento.

2. MINERVA Y AMAUTA.—En el escritorio de José Carlos dis-cutíamos una tarde el título de la revista futura, José Carlos, Basadre y yo. El mayor problema era que el título debía de ser algo integral. Basadre sugería algo relacionado con la épo-ca republicana, que es el verdadero crisol de razas, Mariáte-gui defendía la cuestión de autoctonía, ya enamorado del vo-cablo amauta. *Amauta* apareció. Su programa contenía, como primer postulado, crear una revista histórica, con una filiación y una fe. Sin embargo, Mariátegui, con fina perspicacia polí-tica, trató en primer término, de agrupar gentes aún dispa-res a fin de acercarlas a su movimiento. Tener adherentes y sim-patizantes. Basta ver el elenco de *Amauta* y el índice de su colección. Literariamente amparó todo nombre nuevo, porque así contrarrestaba la influencia de los nombres tradicionales. abogó por el vanguardismo literario, como peldaño del avancis-mo político, social y económico.

Tradujo mucho del extranjero. Afirmó el pensamiento socialista. Trató de ampliar el ámbito de sus secuaces. En "Mínera" publicó libros cuya sola enunciación da idea de lo que se proponía. El primero fue *La escena contemporánea*, colección de sus artículos sobre política mundial. El segundo, *El nuevo absoluto* de Iberico Rodríguez profesor nada socialista, pero en quien se enunciaba cierta tendencia anticonservadora, que Mariátegui alentaba. El tercero fue el de Luis E. Valcárcel, proclama encendida en favor del indio y de la revolución proletaria del indio: este libro trajo prólogo de Mariátegui y colofón mío. El cuarto, fue *Siete ensayos de interpretación de la realidad nacional* en que se reúnen los artículos de Mariátegui en *Mundial* sobre el Perú. El quinto: *El movimiento obrero de 1919* por Ricardo Martínez de la Torre, resumen de algunos aspectos de aquel suceso, con carácter francamente sectario. El sexto, *Poesías* de José María Eguren, en que se colecciona la obra de este poeta extra-social, no obstante el carácter anticonservador y antirreaccionario de su poesía. El séptimo, un folleto sobre *La miseria en el Perú* de Martínez. El último, *El Amauta Atusparia* de Ernesto Merino, relato bravío —novela e historia— del formidable levantamiento indígena del 85, en Huaraz, escrito con evidente intención de propaganda e insurgencia. Debía seguir a éste mi *Don Manuel* de Santiago: en él se bosquejaba la vida de González Prada con el objeto de ejemplarizar con la trayectoria de su vida, una obra ideológicamente recta, moralmente pura.

Reyno
Amauta dio votos en contra de determinados movimientos conservadores. Criticó el rumbo de la Universidad en 1927. Trató el elogio de Eguren en uno de sus últimos números. Lanzó a Martín Adán, a Diez Canseco; y a la vez sirvió de vocero a Eudocio Ravínez, en cierta época a Seoane y Haya, de quienes se divorció después; apoyó al Apra en sus primeros números; luego, reaccionó contra ella. Un ensayo sobre la penetración yanqui, la coincidencia con determinados fenómenos de politiquería criolla y el famoso raid de Arco's House, de Londres, trajo como consecuencia la suspensión de *Amauta* la prisión de Mariátegui y de otros. Reabierto la revista, en ella publicó José Carlos su "Defensa del Marxismo". *Amauta* representó no solo el pensamiento socialista, sino el

pensamiento no conservador, en un certero impulso para agrupar a los hombres de izquierda o simpatizantes de izquierda aún cuando no coincidieran en su matiz exacto.

3. **PERUANICEMOS EL PERÚ**—Cuando el señor Aramburú director de *Mundial* regresó a Europa, a principios de 1925, encontró a Mariátegui como colaborador de su revista. Inició entonces una sección, titulada “Peruanicemos al Perú”, que se encargó a Ezequiel Balarezo Pinillos, quien también había regresado al Perú después de varios años de ausencia en México y Cuba.

Balarezo no siguió escribiendo la sección, y entonces Aramburú le pidió a Mariátegui que él se encargara de mantenerla, circunscribiéndose a temas nacionales, en vez de los panoramas mundiales que publicaba entonces. José Carlos inició su “Peruanicemos el Perú” con un artículo de crítica literaria, “motivos polémicos”, “procesos” de la literatura, de la instrucción, de la religión, de la tierra, etc.¹, que iba pensando, estudiando y madurando semana a semana, en su retiro de la calle Washington. *Amauta* es posterior a “Peruanicemos el Perú”, en la aparición, no en la idea.

4. **EL INDIIO Y NUESTRA POLÉMICA**.—Resulta fastidioso ocuparse de sí mismo, pero no hay otro remedio al bordear el tema del indio en Mariátegui. La prédica de Valcárcel y un grupo de cusqueños puso de moda un criterio regional y belicoso, escindidor, dije entonces: la sierra contra la costa; la provincia contra Lima; el indio contra el mestizo y el blanco. El aluvión retórico que irrumpía amenazando verbalmente al resto del Perú, tenía su punto de partida en la ciudad imperial. Muchos se sintieron contagiados de ello. *Amauta* en su propio título traía la promesa de su indigenismo. Escribió López Albújar un artículo medio anti-indianista. Escalante dió a la estampa su “Nosotros los indios”. Comentando aquello, y dando un voto en contra, porque me parecía lógico tratar de unir espíritus afines, en vez de separar por razas y regiones, publiqué en *Mundial* un artículo titulado “Batiburrillo indigenista”; Mariátegui, aludido, me replicó a la semana siguiente, clasificándose “agonista”, “con una filiación y una fe” y, usando de

1 Todo este periodo está documentado en los libros *Haya de la Torre y el Apra* (1955) e *Historia del Apra* (en preparación), ambos de Luis Alberto Sánchez.

un término mío, me llamó "espectador". Repliqué insistiendo —entre algunas puerilidades— en la necesidad de totalizar y de considerar al mestizo— como lo repetiría en el colofón a *Tempestad en los Andes* y en artículos publicados en Cusco y Piura. Mariátegui hizo su dúplica. Yo cerré con otro artículo. Luego vino "El proceso de la tierra" referente a lo mismo, y otro artículo mío. En seguida una nota agresiva en *Amauta* titulada "Polémica finita". Ahí se hablaba de los críticos "pequeño-burgueses". A pesar de ello, no nos divorciamos, y así colaboré después en tres ocasiones en *Amauta* pasado algún tiempo: un artículo sobre Euguren, uno sobre "Perú en 3 tiempos", que algunos tomaron como inventario incompleto, y un capítulo de mi *Don Manuel* que salió mientras yo estaba en Chile y coincidiendo con la muerte de Mariátegui. Esto, para explicar cómo se puede polemizar sin romper lazos personales y estimaciones intelectuales. En el fondo, el criterio de José Carlos se encaminaba a justificar la necesidad de buscar en el indio solamente, el soldado proletario y revolucionario de mañana, y en el problema de la tierra andina, la raíz de las desigualdades y levantamientos posibles.

En mi, el deseo ^{de} incorporar al cholo —sobre ello insistí en 1929— a todo movimiento, por ser raza nuestra y raza representativa, y considerar el problema de la tierra en la costa tan arduo como el serrano. Insisto en que el gamonalismo costeño es igual o peor que el serrano. Mariátegui irrumpía, pues, decididamente campeonando en el problema indígena. Su "Proceso del gamonalismo" de *Amauta* es una prueba elocuente de ello.

5. LOS ARTISTAS.—No perdió, ni aun en plena campaña, sus vínculos con el arte. José Sabogal, Julia Codesido, Carmen Saco, Camilo Blas, colaboraban en *Amauta*. Concurría a conciertos, a exposiciones de pintura. En la Mallanca sentó su tienda durante varios días. Iba al cine. Admiró y elogió a Chaplin. Popularizó a Diego Rivera. Comentaba libros de toda índole. Una de sus últimas notas —publicada en *La vida Literaria*— se refiere a *Chopin ou le poète* de Guy de Portalés.

6. LABOR.—Mientras en *Amauta* reunía simpatías y adhesiones, en *Labor* semanario obrero, publicado por la misma casa "Minerva", realizó su campaña más activa y eficaz entre

el obrerismo. El proletariado halló en *Labor* su eco, su guía, su intérprete. *Labor* ampliaba su radio día a día. Ahí se traducían, mejor que en parte alguna, la pasión socialista de José Carlos. Este socialismo tuvo como antecedente inmediato el aprismo. Al iniciarse el Apra (Alianza Proletaria Revolucionaria Americana), contra el imperialismo yanqui, por la socialización de la tierra, Mariátegui fue uno de los más entusiastas. Consideraba el Apra como una estancia, como un prodomo, como un punto de partida. En carta de 25 de marzo a Seoane, le decía que consideraba el peligro de fomentar todavía ciertos caudillismos incipientes ciertos "fascismos criollos"; que el Apra no era ni podía ser un partido, sino un momento, una concentración temporal, que la única manera de combatir consistía en integrar el Partido Socialista, el cual se había constituido ya. Seoane, comentando aquello, acusaba la divergencia creciente entre Mariátegui, socialista sobre todas las cosas, y Haya y él. Hay un dato elocuente en *Renovación*, siguiendo a la muerte de Mariátegui.

Además, Mariátegui creía en la necesidad de agrupar y formar conciencia de grupo antes de cualquier acción. Charlando con Waldo Frank, la víspera de que éste dejara el Perú, el 10 de diciembre de 1929, le oí decir a Mariátegui: "mi opinión es que antes que todo empeño, hay que organizarse seriamente y formar conciencia de clase". Frank aprobaba aquello, contra el criterio que exige acción inmediata con cargo de improvisación.

7. LOS INVITANTES DE FRANK—Fue esta una prueba interesante que surgió de Mariátegui, en gran parte. Algo hay sobre ello, en sus cartas a Glusberg.

Pero, hay más aún en los hechos mismos que rodearon la venida de Waldo Frank. El grupo de invitantes, que tanto trabajo costó organizar, coincidía con la concentración de un núcleo de escritores, pintores, músicos y escultores guiados del deseo de constituir una organización nacionalista e independiente. De otro lado se constituía la sociedad "Arte y Cultura" hoy "Cultura y Arte" nacida a imagen y semejanza de los "Amigos del Arte" de Buenos Aires, en el seno de un club social, aristocrático y con elementos sociales, sedicentemente aficionados a las artes y a la cultura. Procedimos a organizar a los

invitantes de Frank con prescindencia de matices ideológicos. Se quería tener a los hombres capaces de determinada actitud. Coincidió con el anuncio del éxito de las gestiones, la reclusión de Mariátegui en su casa, algunas perturbaciones políticas y el deseo —luego convertido en arrepentimiento— de la sociedad de “Arte y Cultura” de traer ella a Frank. Este vino con el grupo. Así lo reconoce en el prólogo a su “Primer Mensaje”. Frank retempló enormemente el optimismo de Mariátegui. Signo de la admiración de aquel, es su reciente artículo y un estudio que insertará en el libro que prepara sobre la América Española.

La experiencia fue favorable. Mariátegui constató con satisfacción que era posible aún unificar a las gentes.

8. ARGENTINA.—Frank y Glusberg le animaron a viajar a la Argentina. Tenía además el deseo de curarse definitivamente. Cuando partí para Chile, traté de indagar sobre la posibilidad de algunas conferencias suyas en Santiago. La muchachada chilena aclamó su nombre cuando así lo anuncié en la Universidad. La última carta que de él tengo es del 26 de marzo, momentos antes de partir. En Santiago, vi las que les dirigió, en esa misma fecha, a Joaquín Edwards Bello y a Eduardo Barrios. Este, relevando las palabras de J. C. M. henchidas de esperanza en el restablecimiento de su salud y en sus obras futuras, comentó: “Hay tan desesperado optimismo en esta carta, que tiene un sabor a testamento”. Era el 10 de abril y se sabía que Mariátegui estaba en la clínica. Tuve la noticia de su muerte —leyendo la de su sepelio— el 19 de abril, en el Callao. A la velada en su homenaje y en beneficio de sus hijos, acudió modestísima concurrencia, como a las conferencias de Frank. A su sepelio, una muchedumbre de obreros y estudiantes, con rojas banderolas ~~y~~ cantando “La Internacional”. De los homenajes rendidos a su memoria, el más significativo de todos ha sido el de la Argentina; luego el del Uruguay, el de Chile y el de Cuba. En Estados Unidos se realiza también colecta pro-hijos de Mariátegui. El más insignificante de los homenajes y el más incomprensivo, el de la prensa del Perú.

Bueno es tener presente que en 1925 se propuso el nombre de José Carlos para una cátedra universitaria de su especialidad, pero ~~que~~ se le vetó. Hay quien le ha enrostrado, des-

pués de muerto, el haber sido dueño de un bello estilo, sin reparar que más bella fue su actitud moral y que, bajo el estilo, aflúa un pensamiento robusto y definidamente sistematizado y porvenirista. Para enterrar su cuerpo hubo que realizar una colecta entre los amigos más allegados. Deja tres libros inéditos, varios hijos, el socialismo iniciado en el Perú y la discusión en torno a su figura. Además, un punto de concentración, pese a todas las discrepancias: la de que fue un Hombre.

Presente, julio 1930¹.

1 *Presente*, revista intemporal de la que sólo salieron tres números. Pretendió continuar la obra reagrupadora de *Amauta*, pero apareció en mal momento editorial —la caída de Leguía— y su equipo se dispersó. Lo formaban Jorge Basadre, José Díez Canseco, César Barrio, Carlos Raygada, Emilio Romero, Carlos Sánchez Málaga y Luis Alberto Sánchez. El tercer número estuvo a cargo solamente de Raygada. El Partido Comunista se fundó el 20 de mayo de 1930, el Partido Aprista Peruano el 20 de setiembre del mismo año.

I N D I C E

<i>Advertencia del compilador</i>	7
<i>La polémica sobre el indigenismo</i>	9

I PRELIMINARES DE LA POLÉMICA

<i>Sobre la psicología del indio, Enrique López Albújar</i>	15	<i>Amante N°4</i>
<i>El problema indígena, Luis E. Valcárcel</i>	22	<i>Amante N°5</i>
<i>El indigenismo en la literatura nacional I,</i> <i>José Carlos Mariátegui</i>	31	<i>Mundial 345, 21 ene 1927</i>
<i>El indigenismo en la literatura nacional II,</i> <i>José Carlos Mariátegui</i>	34	<i>Mundial 346, 28 ene 1927</i>
<i>El indigenismo en la literatura nacional III,</i> <i>José Carlos Mariátegui</i>	36	<i>Mundial 347, 4 feb 1927</i>
<i>Nosotros los indios... , José Angel Escalante</i>	39	<i>La Prensa, 3 Feb 1927</i>
<i>La nueva cruzada pro-indígena, José Carlos Mariátegui</i>	52	<i>Amante N°5</i>
<i>Estatutos del Grupo Resurgimiento</i>	55	<i>Amante N°5</i>
<i>Literatura indigenista, José Angel Escalante</i>	57	<i>Mundial 351, 4 mar 1927</i>
<i>Un insensato anhelo de demolición, Luis Alberto Sánchez</i>	59	<i>Mundial 348, 11 feb 1927</i>
<i>Un loable esfuerzo por el arte incaico,</i> <i>Ventura García Calderón</i>	62	<i>Mundial 352, 11 marzo 1927</i>

II LA POLÉMICA

<i>Batiburrillo indigenista, Luis Alberto Sánchez</i>	69	<i>Mundial 349, 18 feb 1927</i>
<i>Intermezzo polémico, José Carlos Mariátegui</i>	73	<i>Mundial 350, 25 feb 1927</i>

Munchal 351
4 marzo 1927

Respuesta a José Carlos Mariátegui, <i>Luis Alberto Sánchez</i>	77
Réplica a Luis Alberto Sánchez, <i>José Carlos Mariátegui</i>	81
Punto final con José Carlos Mariátegui, <i>Luis Alberto Sánchez</i>	86
Polémica finita, <i>José Carlos Mariátegui</i>	91
Más sobre lo mismo, <i>Luis Alberto Sánchez</i>	94
"Isomos" contra "Isomos", <i>Luis Alberto Sánchez</i>	97

III INTERVENCIONES EN LA POLÉMICA

El indio está de moda, <i>Maquiavelo</i>	103	Munchal 352, 11 marzo 1927
El indio y otra cosa más, <i>Pitucha</i>	104	
Una polémica interesante, <i>Manuel M. González</i>	107	
Carta al Grupo Resurgimiento, <i>Manuel A. Seoane</i>	111	

IV RESONANCIA DE LA POLÉMICA

El problema de la tierra I, <i>José Carlos Mariátegui</i>	123
El problema de la tierra II, <i>José Carlos Mariátegui</i>	126
Se han sublevado los indios, <i>Luis Alberto Sánchez</i>	128
Prólogo a <i>Tempestad en los Andes</i> , <i>José Carlos Mariátegui</i>	134
Colofón a <i>Tempestad en los Andes</i> , <i>Luis Alberto Sánchez</i>	140
La literatura peruana por <i>Luis Alberto Sánchez</i> , <i>José Carlos Mariátegui</i>	146
Carta de Mariátegui	150
Datos para una semblanza de <i>José Carlos Mariátegui</i> , <i>Luis Alberto Sánchez</i>	151

LUIS ALBERTO SANCHEZ

... los clamoreos de la caterva pseudo indigenista. Y digo caterva porque no son muchos los que entre ella conocen la sierra y al indio, ni se han preocupado de estudiar los problemas incluso con la calma y la hondura precisas; porque hay excesiva improvisación y alarde retórico entre no pocos de los defensores del indio, que así le traicionan, y porque no es posible oír sin impaciencia a tanto “redentor” cuyos sospechosos aires de propagandistas sectarios hacen dudar de que su meta sea el provecho del indio antes que el provecho de ellos mismos. (Febrero, 1927)

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Para ahorrarse todo equívoco —que no es lo mismo que equivocación— no me llame Luis Alberto Sánchez “nacionalista”, ni “indigenista”, ni “pseudo-indigenista”, pues para clasificarme no hacen falta estos términos. Llámeme, simplemente, socialista. Toda la clave de mis actitudes —y, por ende, toda su coherencia, esa coherencia que lo preocupa a usted tanto, querido Alberto Sánchez— está en esa sencilla y explícita palabra. Confieso haber llegado a la comprensión, al entendimiento del valor y sentido de lo indígena (...) por el camino —a la vez intelectual, sentimental y práctico— del socialismo. (Febrero, 1927)



No sólo Mariátegui y Sánchez intervinieron en la memorable y hoy poco menos que desconocida polémica del indigenismo que aquí se rescata: también participaron en ella Enrique López Albújar, Antenor Orrego, Darío Eguren Larrea, Manuel Seoane, Ventura García Calderón, Manuel M. González, Roberto Mac Lean, Luis E. Valcárcel, José Angel Escalante, el Grupo Resurgimiento. El compilador de este tomo ha buscado ese material disperso y lo pone ahora, todo junto, al alcance de la mano.

MOSCA AZUL EDITORES